



JOSÉ LUIS MUÑOZ

EL MAL AB[⚡]OLUTO



Eva Steiger, periodista de la ZDF, especialista en temas de actualidad, entrevista para un documental de televisión al magnate del acero Günter Meissner. Durante la guerra mundial fue un temible y cruel oficial de la SS de Auschwitz pero ahora se ha convertido en un respetado y reputado empresario. Durante la entrevista, el ex oficial nazi trasmite en todo momento la imagen de un tipo elegante, educado y encantador; nada que ver con un torturador o un verdugo, aunque a Eva le inquieta mucho la frialdad con la que contesta sus preguntas, rebate sus acusaciones o intenta justificar sus crímenes. Días después, la periodista mantiene también un extensa y detallada entrevista con Yehuda Weis, superviviente del campo de exterminio que la afecta y remueve profundamente. Cuando la ZDF emite el documental por televisión Weis reconoce en Meissner al hombre que lo condenó y salvó cuando estuvo confinado en Auschwitz. Pero éste se siente incapaz de llevar a cabo su venganza.



José Luis Muñoz

El mal absoluto

ePUB v1.0

Rayul 09.06.11

más libros en espaebook.com

Editorial Algaida

Colección Novela

Primera edición: febrero de 2008

© José Luis Muñoz, 2008

© Algaida Editores, 2008

Un jurado compuesto por Carmen Fernández-Daza, Marta Rivera de la Cruz, Fernando Marías, Manuel Pecellín y Miguel Ángel Matellanes, concedió a la novela El mal absoluto, de José Luis Muñoz, el XI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz.

Para Verónica Vila-San Juan, amiga que siempre
creyó en esta novela y fue su máxima defensora

Para mí, Auschwitz no es una experiencia excepcional. Es la máxima verdad sobre la degradación del ser humano en la historia moderna.

IMRE KERTÉSZ

Capítulo 1

Herr Günter Meissner esperaba aquella tarde a los periodistas en su casa de campo a las afueras de Múnich. La residencia de los Meissner había pasado de padres a hijos y las propiedades habían ido creciendo a lo largo de los años en progresión geométrica. Los casi dos mil metros cuadrados de robusta construcción y las tres plantas de aspecto granítico hubieran sugerido un castillo feudal si no fuera por los más que amplios ventanales que llevaban la luz de los jardines al interior de la casa, y estaban rodeados, en perfectos círculos concéntricos, por viñedos meticulosamente cuidados que daban una excelente uva blanca que luego se transformaba en vino con cuerpo y afrutado, ideal para degustar con truchas o salmones. Los Meissner comercializaban, como hobby, una variedad de caldo bajo la etiqueta Langonfeldersen, perfectamente equiparables con los Reh Kendermann, Lingenfelder y St. Ursula, en botella alargada que inducía a cierta confusión al relacionarla con los vinos de la cuenca del Rin. Pero los Lingenfelderer, especialmente los de la añada 2002, que habían adquirido un precio interesante en el mercado y habían obtenido un resultado sobresaliente en cuantas catas a ciegas se sometieran, eran vinos secos a años luz de los azucarados Liebfraumilch y similares, causantes del desprestigio de los caldos alemanes y de que la cuota alemana en el mercado británico hubiera descendido del veinte por ciento a menos del diez por ciento en los siete últimos años. Por esa

razón, por ese amor al vino, que para la familia Meissner era como una segunda religión, el visitante que se acercaba a la residencia era inevitablemente invitado a saborear una copa y a exponer libremente su opinión.

Los Meissner eran una acaudalada familia alemana tradicional, de origen bávaro y católica practicante, que desde principios del siglo pasado habían orientado sus negocios —el vino era solo un exquisito hobby que daba lustre a la familia— a toda la industria relacionada con el acero, desde la extracción hasta la fabricación, pasando por la comercialización y la exportación a terceros países. Vivía Günter Meissner con su esposa Greta, una antigua actriz de teatro ya retirada que tuvo algunas opciones en el cine alemán de la UFA y en la posguerra, y el matrimonio formado por Johan Meissner y Melissa Henreid, que tenían dos encantadores hijos pequeños: Vilhelm, de siete años, y Adler, de diez, blancos ambos de piel, más ario el segundo que el primero, que arrastraba una ligera cojera y un leve atraso mental; un clan familiar orgulloso, desde la cuna, de lucir el patronímico familiar como una divisa patriótica.

—¿A qué vienen esos periodistas, Günter?

Greta, pese a la edad, conservaba la hermosura de antaño. Hay dos clases de mujeres: las que son bellas cuando son jóvenes —tremendamente hermosas, hasta quizá en exceso: hay una belleza que daña la vista, que ahoga a quien la contempla—, pero que luego tienen una madurez decadente, frustrante, convirtiéndose lo que orgullosamente exhibían en su época de juventud en una pesada losa para esos años de madurez; y hay mujeres que no han sido tan bellas, pero cuyo deterioro, involución física ineludible pese a los parches que se le quieran poner a la degradación de la edad, se ha desarrollado dentro de unas pautas de armonía consigo misma, y en este segundo grupo entraba la señora

Meissner con sus algo más de ochenta años, una edad más visible en las manos y en el cuello que en el rostro o en el cuerpo, que seguía manteniendo una envidiable agilidad. No era ajena a ese perfecto estado de conservación, amén de los muchos cuidados que tenía con su físico —rigurosas horas de sueño al día, alimentación metódica y sana exenta de grasas y azúcares, estancias en balnearios, veraneos buscando el sol en las alejadas Canarias o en el exótico Túnez, tratamientos de talasoterapia en el Mar Muerto, etc.— las recurrentes visitas que hacía al cirujano plástico de la familia, el doctor Künstler, amigo de la infancia, hombre de absoluta confianza, que eliminaba arrugas, grasa superflua y manejaba el bisturí con una habilidad asombrosa, sin dejar una sola huella de su paso por la piel.

De ahí el aspecto altivo, aristocrático, de la señora Meissner y el que sus amistades se dirigieran a veces a ella denominándola, familiarmente, *nuestra Silvana Mangano*, pese a ser esta una actriz italiana, estar muerta y haber sido, en su juventud, voluptuosa, cosa que nunca fue la delicada y femenina señora Meissner de cuello de cisne y andares de bailarina.

—No me has contestado, querido. ¿Por qué esos periodistas?

Günter Meissner dejó de mirar a través de la cristalera de aquel enorme salón.

Sus dimensiones eran palaciegas, su decoración, versallesca, aunque el dinero invertido en él y, en general, en el resto de la mansión, no pudiera ocultar un cierto mal gusto: el de quien, a pesar de nadar en fortunas y haberse criado entre algodones durante buena parte de su vida, no consigue asimilar conceptos estéticos y eso se hace especialmente evidente en la baja calidad de los cuadros —lienzos comprados en subastas de segunda fila, en anticuarios poco escrupulosos, botines de desahucios— que tapizaban literalmente paredes con motivos

cinagéticos, paisajes, bodegones, algún retrato de prohombre desconocido, o en la ausencia de armonía que existía en los papeles que cubrían los muros de la mansión —demasiados ornamentos florales, volutas, vasijas helenísticas que simulaban relieve para salir de la pared en donde permanecían pegadas—, o en las desmesuradas y poco prácticas arañas de cristal que colgaban de techos excesivamente altos. Günter retiró la vista del ampuloso y bien cuidado jardín que daba la vuelta a su casa para fijarlos en los retocados y algo inmóviles ojos de su esposa, a quien recientemente el cirujano plástico había liberado de ojeras que los afeaban, lo que había rebajado su edad aparente en cinco años por lo menos. Avanzó dos pasos, en silencio, sobre la mullida alfombra con motivos de tapiz oriental, una típica escena de serrallo con mujeres desnudas y un turco violento armado de alfanje —una compra a precio de ganga tras casi un día de regateo en el zoco de Estambul, hacía diez años, con dos vendedores ariscos que le atiborraron de té—, abrió el mueble bar y se sirvió un Porto Vintage.

—Querida, creo que te lo dije ayer, durante la cena. Me llamó el director de informativos de la cadena ZDF, estuvo muy amable conmigo y me pidió que me prestara al tormento paciente de sus periodistas... someterme a una entrevista —paladeó el Porto, hizo un gesto de agrado mientras daba la espalda a su esposa y fijó su mirada en el jardín—. Quieren saber cosas de la guerra. Eso es todo. No somos muchos los supervivientes, según van pasando los años, y dentro de poco ya no habrá testimonios directos de lo que pasó. Y me imagino que quieren contrastar opiniones, trazar un fresco de ese período, lo que no me parece mal.

—Pero, Günter. ¿Qué te aporta? ¿A estas alturas de la vida te emociona salir por televisión? —la señora Meissner se acercó a su marido y tomó su mano libre entre las suyas—. Esa caja estúpida es más bien

fuente de desprestigio que de otra cosa. ¿La ZDF no está organizando uno de esos espectáculos grotescos, un Gran Hermano? Yo no hubiera aceptado. Además ya sabemos qué clase de individuos son los periodistas y cómo lo distorsionan todo a conveniencia, para hacer subir la audiencia de sus programas. ¿Vas a hablar de tus vinos? Eso sí sería positivo.

—Puedo colar referencias al Langonfeldersen entre pregunta y pregunta —dijo, sonriendo, pero luego cambió la expresión de su cara y la adecuó a lo que trató de expresar a continuación—. Creo servir a mi país con mi testimonio; eso es historia.

Yo hice parte de esa historia y fui, fuimos, responsables de los aciertos y los errores.

Si quieres que te diga la verdad, es eso lo que me ha convencido —vacío la copa y la dejó sobre una mesita redonda con un solo pie barroco, en forma de pezuña de dragón—. Y además, los reportajes de la cadena ZDF se caracterizan por su rigor.

La señora Meissner se deslizó por el salón y llegó a donde morían las cortinas de cretona que caían a ambos lados del enorme ventanal mirador, como la melena rojiza de un enorme rostro cuadrangular. Su mano, delgada, ornada por anillos y pulseras de oro, cuya piel, eso sí, era incapaz de traicionar la edad que tenía —manchas, arrugas, venas resaltadas— acarició la caída de la cortina y, sin mirar a su esposo, sentenció.

—Confío en que sepas lo que haces, querido. Al príncipe de Hannover siempre le sacan fuera de contexto.

—Es que ese borracho está todo él fuera de contexto, mi querida Greta.

—Creía que era pariente tuyo.

—Lejano, muy lejano. Un primo segundo al que nunca invitaría a visitar mis bodegas porque las secaría con su pésima educación enológica.

—Y se mearía en tu jardín —terminó Greta, riendo nerviosamente.

Capítulo 2

Pueden escoger el lugar que más les apetezca para la grabación —dijo Herr Meissner tras estrechar amablemente la mano de la periodista Eva Steiger, y de los cámaras Adolf Koesler y Bergen Szavo. Saludó a distancia —pues se dio cuenta de que no podía atender a todos, estar con cada uno de ellos exquisitamente amable— a la maquilladora, a los técnicos de sonido, a todo el inmenso equipo de grabación que se ponía en marcha detrás de cada evento, por pequeño que fuera.

—¿Podemos subir al piso de arriba?

—Por supuesto —contestó Herr Meissner a la señorita Steiger—. Disponen de toda la casa. Confío en su profesionalidad. Se pueden mover con total libertad. La escalera está al fondo. Lo único que les ruego es que no entren en las habitaciones en donde está mi esposa. Si ven unos niños alborotadores por allí, son mis nietos.

La señorita Eva Steiger se volvió a los dos cámaras y les dijo:

—Investigad qué posibilidades hay de grabar arriba. Adolf Koesler, treinta años, grueso, pelo largo, barba de vikingo y aspecto desaliñado, es decir, de artista, y Bergen Szavo, hijo de húngaros, bajo, delgado, ojeroso, con el pelo muy corto y un aro vistoso perforando su oreja derecha, subieron a zancadas y sin ruido —ambos llevaban zapatillas

deportivas Nike— las escaleras de doble tramo, después de dejar las pesadas cámaras de vídeo digital en el suelo del vestíbulo, en equilibrio sobre los trípodes.

—Pero, señorita Steiger, de todas maneras yo creo que el lugar idóneo para celebrar la entrevista es el salón. ¿Me acompaña? Quiero que lo vea.

Siguió al amable anfitrión. Eva Steiger se había documentado durante los quince días anteriores al encuentro, sobre la personalidad de Günter Meissner. Había muchos Günter Meissner en el país, pero quizá ninguno había llegado a escalar tan alto después de estar en el bando de los perdedores y sin hacer ostensibles actos de contrición sobre su pasado, lo que era todo un desafío. No militaba en el NPD, pero tenía algunos de sus mejores amigos en la cúpula del partido, lo que veladamente le hacía simpatizante del nacionalsocialismo, pero no tenía constancia de que asistiera a esas concentraciones nostálgicas de los antiguos miembros de las SS en donde la cerveza corría a raudales, se despolvaban los elegantes uniformes grises y se cantaban viejas canciones de camaradería. El magnate del acero, junto a los Krupp, Thyssen, Schindler, Lazlo y algunos otros, representaban el poderío industrial alemán, que había sobrevivido a la derrota y había renacido de las cenizas. Manejaba el empresario desde esa lujosa finca próxima a Múnich, a la que se llegaba por una carretera particular y después de atravesar un hermoso y tupido bosque de cedros, un imperio de siete fábricas con sus fundiciones enclavadas en los cuatro puntos cardinales, hasta en la antigua Alemania del Este, y extendía sus tentáculos financieros fuera del país, por otros lugares de Europa en vías de desarrollo, como Rumania, y captando clientes dentro del mundo árabe, los únicos capaces de pagarse manufacturas caprichosas y únicas con los ingentes beneficios del petróleo. Era un marido ejemplar, no se le conocía ningún tipo de

escándalos sexuales, buen padre y mejor abuelo, y allí estaban, certificándolo por toda la casa, sus fotos con los nietos cuando eran recién nacidos, sus fotos con ellos cuando empezaban a andar, paseando por los bosques de la Selva Negra o navegando en un barco de vela por el Rin. Un personaje ejemplar cuyo interés periodístico, al margen de sus éxitos empresariales, residía en que hizo la guerra, la perdió y siempre se negó a hacerse cómplice del revisionismo hasta el punto de que no le avergonzaba decir que apoyaba al vecino Haider de Austria. Y de eso iba ese programa que pretendía entrevistar, en la Alemania del siglo XXI, a los supervivientes de la última gran contienda, para revelar lo que hacían en la actualidad, cómo habían encauzado sus vidas después de ese enorme desastre que dejó enfangado de sangre los campos de media Europa, y mostrarlo a los ojos de las nuevas generaciones.

—¿Qué le parece el salón?

Era difícil no asombrarse. La magnitud del salón definía al personaje. El fuego ardía en una chimenea de mármol de Carrara y las cortinas abrazaban un amplio ventanal que mostraba el precioso jardín con cerezos cuidadosamente podados por jardineros parisinos. Allí había luz, a pesar de que el día estaba gris y caía una fina y fría lluvia a punto de empezar a cristalizar en copos de nieve.

—Es perfecto —afirmó Eva Steiger después de deambular con gesto de admiración por aquel amplísimo salón.

—Antiguamente era sala de esgrima —precisó Günter Meissner—. De ella guardo los espejos que hay en las paredes. Yo llegué a practicar ese deporte en mis años de juventud. Es una forma elegante de bailar, es una noble forma de luchar.

—Muy bien. Voy a avisar a mis compañeros para que dejen de hacer prospecciones por su casa y bajen al salón. Definitivamente aquí se grabará la entrevista.

—¿Le gusta el vino?

Eva Steiger se detuvo sorprendida cuando ya iba a salir de la habitación en busca de sus compañeros.

—Sí, me gusta.

—Una copa no le hará daño. Permítame.

Günter Meissner sacó del botellero climatizado un vino de la añada 2002 y se lo mostró a su invitada.

—¿Conoce esta marca?

—De vinos blancos conozco los Riesling, pero no me haga decir marcas.

—Este le gustará —dijo Günter Meissner descorchando la botella y llenando la copa de Eva Steiger—. Lo produzco yo en mi heredad.

La periodista enarcó las cejas, sorprendida, tomando la copa y mirándola al trasluz: era un blanco casi transparente, limpio, con una ligera tendencia a mostrar una coloración algo verdusca según la inclinación del líquido.

—El servicio de documentación no me dijo nada de sus aficiones vinícolas.

—Son mi orgullo —suspiró—. Brindemos.

La copa del octogenario Günter Meissner chocó con la de la veinteañera Eva Steiger. Luego, ambos bebieron con la solemnidad de los entendidos, degustando más que bebiendo, demorando el paso del líquido fresco y afrutado por la garganta.

—¿Qué le parece?

—Hum —murmuró la entrevistadora de la ZDF—. Creo que es exquisito.

—Perfecto. ¿Sabe una cosa? No soy capaz de entenderme con alguien que no sepa de vinos, no soy capaz de hablar con alguien que no beba, con un abstemio, a los que aborrezco en silencio. El vino es cultura, es savia de la uva, es sangre de la tierra. Me identifico con mi vino como lo hago con esta casa, heredada de mis tatarabuelos. Recuérdeme, cuando acabe de entrevistarme, de darme su dirección: le enviaré una caja de la cosecha de 2002, la mejor añada.

—Gracias, Herr Meissner —acertó a decir Eva Steiger, algo confusa por aquella súbita complicidad.

Capítulo 3

Dos hombres, a quienes Herr Meissner solo saludó de lejos, encendieron dos focos situados en los extremos del salón y la luz convergió sobre su rostro. Entró en acción la maquilladora, una mujer madura, menuda y enérgica, que le rogó que cerrara los ojos mientras extendía por frente, nariz y mejillas polvo suficiente para que la piel no brillara. Adolf Koesler, el cámara con aspecto de vikingo que se encargaría de obtener los primeros planos de su rostro, se acercó a medir la luz e hizo un gesto de satisfacción profesional. Bergen Szavo se encargaría de los planos generales y medios y se entretenía, mientras tanto, en grabar detalles del salón, como las desmesuradas arañas de cristal, los dibujos de la alfombra persa o la luz que entraba por el amplio ventanal.

—Ya está —dijo la maquilladora, después de extender el polvo con el algodón por la cara de Herr Meissner.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, amablemente, la periodista que le iba a hacer la entrevista.

—Pues un poco tenso después de toda esta parafernalia. Me siento actor ante una primera representación. Seguro que mi esposa, que fue actriz en tiempos de la UFA, estaría mucho más tranquila que yo en estos momentos.

—¿Su esposa era actriz?

—Sí, pero dejó la interpretación para dedicarse a sus hijos. Somos una familia tradicional.

—Bueno —Eva Steiger situó el magnetófono encima de una pequeña mesa de caoba, a pocos centímetros de donde estaba sentado Herr Meissner—. Creo que nuestro director de programas ya le dijo de qué iba a ir la entrevista. Y también yo le hablé de ello.

—Me informó de forma genérica. Pero sí, me insinuó que había que revivir el pasado doloroso de Alemania, el de una época oscura sobre la que pocos de los que intervinieron de una forma más o menos directa, están dispuestos a hablar.

—Exacto. Estamos haciendo este programa entre los supervivientes de la última gran guerra, para que no se olvide lo que pasó y nosotros, la gente de mi generación precisamente, que habla de oídas, reciba directamente sus testimonios.

—Me parece perfecto. No debe olvidarse nunca ese momento histórico y creo que habría que analizarlo en profundidad, omitiendo apasionamientos. Este tipo de análisis es ahora precisamente cuando se pueden hacer, con la perspectiva de los años transcurridos.

—Y su caso, Herr Meissner, es un caso paradigmático, por cuanto es usted un triunfador desde el punto de vista social —empresario de éxito, dueño de una de las más importantes industrias del acero con un gran volumen de exportaciones—, un ejemplo de esa Alemania que nació de sus cenizas, sin complejos de ningún tipo, que no reniega de su pasado como sí hacen otros que prefieren olvidar el papel que jugaron, las responsabilidades que tuvieron.

—Perdone la pregunta de un lego en la materia. ¿Es esto la entrevista?

—No, todavía no he pulsado el botón de grabación, señor Meissner. Las cámaras obtienen planos generales pero no estamos grabando sonido.

Dos niños hicieron irrupción en la sala, gritando alocadamente, y se detuvieron estupefactos cuando vieron a su abuelo rodeado de semejantes aparatos de filmación e iluminado por unos focos que a ellos los deslumbraban y les hacían cerrar los ojos.

—¿Qué es eso, abuelo?

Adler, el de diez años, era el más arrojado de los dos. Era alto, delgado, llevaba el cabello muy corto y lucía un típico traje bávaro de peto y pantalón corto color pardo. Clavó los ojos en la periodista y, acercándose a su abuelo, le preguntó:

—¿Qué hace aquí esta chica?

—Perdonen la interrupción —se excusó Herr Meissner cogiendo al muchacho en brazos y sentándole sobre las rodillas mientras Wilhelm, que tenía una ligera defor-midad física, el pecho hundido, la espalda sobresaliente, nada grave que no pudiera enmendarse con gimnasia y natación diaria, y una leve cojera que se hacía más evidente al correr, miraba a ambos—. Esta señorita es periodista y va a preguntar a tu abuelo sobre cosas de la guerra.

—¿Qué bien! ¿Podemos quedarnos?

—Me temo que no. Esta es una reunión entre adultos y será muy aburrida. Id con la abuela. Los dos. Vamos. Idos.

—Pero nos gustaría verte, abuelo! —protestó Adler.

—Lo podrás ver —acudió Eva, para solventar la situación— dentro de diez días, en la televisión, y podrás sentirte entonces orgulloso de lo que dice tu abuelo. Pero ahora sé obediente y hazle caso, coge a tu hermano y ve con la abuela.

—¡Muy bien! Nos vamos. Hasta ahora.

Se marcharon corriendo por la puerta del fondo. Estuvieron a punto de tirar al suelo y hacer añicos una hermosa escultura de alabastro que representaba a una dama que se cobijaba de la lluvia bajo un paraguas mientras se recogía con la mano libre la punta del vestido, para no mojárselo.

—Tiene usted unos nietos obedientes —reconoció la periodista.

—Han salido a su abuelo. Sobre todo Adler, el mayor. Son muchachos disciplinados.

—¿Y el otro? ¿Por qué no habla?

Por primera vez apareció una expresión de dureza en el rostro amable del señor Meissner; duró unos segundos, luego se relajó para responder.

—Nació con una serie de malformaciones, pero esperamos recuperarle. Va a una escuela especial y estoy seguro de que dentro de tres años será un chico perfectamente normal como lo es su hermano.

—Perdone —se excusó la entrevistadora de ZDF— no se lo habría preguntado si lo hubiera sabido.

—La creo, señorita Steiger. Es usted muy educada. Es usted, si me lo permite, el prototipo de una buena alemana: fuerte, hermosa y decidida. Y el que entienda de vinos —la amplia sonrisa de Herr Meissner evidenció la calidad de sus prótesis dentales— la acerca a la perfección.

—Me hace ruborizar, señor Meissner. En fin. Cuando quiera, empezamos.

—Me someto gustoso a su interrogatorio. Sé que este tipo de entrevistas es, al fin y al cabo, una especie de cuestionario policial. Hablaré libremente, pese a la tortura.

Y Eva Steiger pulsó el botón de grabación del magnetófono.

Capítulo 4

Tras vanos intentos —se notaba que ella estaba ausente, hubiera sido como hacer el amor a una estatua, y en el amor se exige un cierto entusiasmo por parte de la pareja, porque es un juego de placeres compartidos, y si no, para eso está el onanismo que es amarse a uno mismo—, Pete desistió y se tumbó al lado de Eva.

—Hoy no es mi día. Ya lo veo —protestó mientras buscaba debajo de las sábanas el slip oscuro y metía las piernas de nuevo en él.

—Oh, Pete. Lo siento. De veras, lo siento. No me odies.

—No, si te comprendo. Hay días que se tienen ganas, y días que no.

Se volvió hacia él y le tocó con los dedos la mejilla.

—Si vas a estar muy malhumorado toda la noche, puedes hacerlo. Cierro los ojos y dejo que me hagas lo que quieras.

—No me voy a morir por abstenerme, Eva. Gracias. Eres muy amable, pero no voy a aprovecharme de tu invitación.

—Eso me dijo él. Que era amable, hermosa y fuerte, prototipo de la mujer alemana. Me estremezco al pensarlo.

—Creo que exageras, Eva —Pete, sentado en la cama, se disponía a levantarse; alargó el brazo para rescatar el pantalón y, con él puesto y anudado a la cintura, recorrió la habitación en busca de su camisa.

—Tenías que haberlo visto. Bueno, lo verás si no se corta. Veremos lo que dice el jefe de producción. Temo sus tijeras y que al final quede como algo *light*, y odio todo lo *light* en televisión.

—No sé por qué te extrañas, cariño. El país está lleno de gente como ese Günter Meissner: adorables monstruos. Es un estereotipo que siempre se repite. Los asesinos en serie tienen un aspecto inofensivo, alguien a quien invitarías a cenar y con el que departirías durante la sobremesa. ¿Qué es lo que dicen sus vecinos cuando los entrevistan? Parecía una bellísima persona. Sí, claro, pero descuartizaba y se comía a sus víctimas. Esa gente suelen ser grandes seductores.

—Meissner, Günter Meissner.

—Es un enfermo. Un paranoico.

—No, Pete, no lo es, y eso es lo más espantoso. Es un señor educado, elegante, juicioso, bien situado, con una familia maravillosa que le adora, un negocio familiar que le funciona, es inmensamente rico y es feliz a pesar de todo, lo que puede provocar indignación. Y además cosecha un vino extraordinario del que me ha prometido enviarme una caja de su mejor añada.

—Bueno, pues estupendo. ¿No te habrás enamorado de un octogenario?

—No sé cómo puedes frivolarizar con esos asuntos.

—La culpa fue mía al enamorarme de una periodista de informativos. Creía que cuando te sacaron de la guerra de Irak ya estabas fuera de peligro. Pero no, tú vas de un asunto espinoso a otro más.

—No, Pete. Günter Meissner no supone ahora ningún peligro, es un hombre encantador. Lo espantoso es su pasado, del que no renuncia. Pero yo tengo la teoría de que en un cuerpo viven, a lo largo de la vida, varias personas y se suceden una serie de vidas encadenadas.

—Me aturdes con esa teoría. ¿Qué demonios quieres decir?

—Muy fácil. Tú ya no eres el niño de cinco años, esa persona murió cuando pasaste a ser adolescente, y ese adolescente que fuiste murió al acceder a la madurez, y este hombre joven y que me atrae en estos momentos, que aguanta mis neuras con paciencia, lo que quizá sea una señal inequívoca de que me quiere, será un maduro al que no reconozca, quizá, un anciano que poco tendrá que ver, salvo que hereda recuerdos, con aquel niño del principio. Vivimos muchas vidas a lo largo de nuestra existencia y hasta el cuerpo es distinto en cada uno de esos períodos. No sé hasta qué punto se le pueden pedir responsabilidades éticas al octogenario Herr Meissner en el año 2005 de lo que hizo el joven teniente Meissner en la década de los años cuarenta.

—Te entiendo. Yo adoro a la joven y guapa Eva Steiger. No me he planteado qué es lo que haré con la anciana y gruñona Frau Steiger que se desplazará con muletas por un frío piso con pañales a causa de su incontinencia urinaria.

—¡Idiota! Me dijo incluso, al despedirme, que él y su esposa estarían muy contentos de que fuera un fin de semana a su casa, que tienen una finca de caza.

—No caces con ellos —se abotonaba la camisa ante el espejo y la metía luego por debajo del pantalón cerrándose, a continuación, el cinto—. Podrían tomarte por su pieza. ¿No tenían ninguna cabeza humana junto a la de un ciervo o un jabalí?

—Una espera, cuando tropieza con esa clase de personas, tener ante sí un deleznable y repugnante criminal y no a alguien simpático y amable que te ofrece una copa de buen vino. No cuadran las cosas. Llevo días pensando en ello y por mucho que me esfuerzo no consigo explicarme qué maléfico mecanismo convierte a un ser humano como nosotros en un monstruo.

—Nació monstruo.

—No, Pete. Le hicieron monstruo. Seguro que tuvo una infancia terrible, que su padre le maltrataba...

—Eso son tópicos, Evita. Mi padre bebía más de la cuenta y no era muy agradable con nosotros. Yo no reproduzco sus hábitos, todo lo contrario, me alejo de ellos. No sé, hay varias teorías acerca de eso. El germen del crimen lo lleva uno desde el nacimiento, como el de la belleza, la sensibilidad, la bondad. No tiene entonces mérito en ser lo que se es. Estamos predeterminados fatalmente. Pero hay otra teoría más inquietante: todo individuo lleva dentro de sí el germen de la maldad y solo necesita la tierra de cultivo necesaria para que aflore. Nuestros antepasados encontraron el campo abonado del Tercer Reich. La maldad es natural. El hombre reprime, mediante la educación, una serie de respuestas violentas desde que nace. Si alguien te insulta, le pegas; si alguien te pisa, le estampas una buena patada. A un tipo cuya geta te desagrada, de buena gana le tirarías un tiesto en la cabeza cuando pasa por debajo de tu ventana. A los vecinos que te incordian con el tocadiscos pues vas, llamas, entras, lo coges y lo destrozas. Pero nos han enseñado que todo eso no es bueno, no es práctico hacerlo, no hay que dejarse llevar por los impulsos naturales que suelen ser bastante perversos. Los niños matan a los pájaros, y si un niño no actúa de esa forma es que hasta lo miran mal, como un bicho raro. Pues los nazis, mi querida Eva, autorizaron la expresión más violenta de esos oscuros deseos que anidan

en lo más profundo del ser humano pero que reprimimos por educación, porque está mal visto, porque ya hay unas leyes que regulan todos estos supuestos.

Llegan los nazis y dicen que todo está permitido contra los judíos, desde quemar sus tiendas, insultarlos, apalearlos, quedarse con sus viviendas y echarlos de las ciudades. ¿Qué hace la gente? Se suma alborozadamente a esa forma de dar escape a sus pasiones más bajas y primarias que, encima, están bendecidas por el nuevo orden social. Creo que podría escribir un libro sobre todo esto.

—Yo jamás hubiera sido nazi.

—Eso no lo podrás saber nunca. Yo no soy tan categórico. Algunos turcos, con los que me cruzo, me caen bastante mal y yo creo que a ellos les produzco el mismo efecto. Estos turcos están en Alemania, tienen pasaporte alemán, pero cantan, comen, bailan, se casan como turcos y viven entre turcos. ¿Quién te dice que no acabarán siendo los nuevos judíos?

—¿Hay que matarlos, Pete, porque no te guste cómo cocinan?

—No, pero les pediría un poco más de respeto por la cultura alemana, que hagan un esfuerzo de integración como nosotros haríamos si fuéramos a vivir a Estambul.

—Me sales racista, Pete. Pete es del NPD —chilla Eva desde la cama apuntando a su novio con el índice de su diestra.

—¿Follarías con un turco? ¿Te meterías en la cama con un tipo que, después de hacerte el amor, te despreciara por haberte entregado tan fácilmente a él y te llamara puta? Son ellos los intransigentes.

—Me estás dando dolor de cabeza, Pete —se queja Eva sepultando su cabeza debajo de la almohada para no oírle—. Anda, dame una aspirina.

—¿Te vas a quedar en la cama? Te invito a cenar y seguimos esta apasionante conversación en un restaurante. Podemos ir, incluso, a un restaurante turco.

Eva se sentó en la cama y pidió a Pete que le pasara el sujetador y las bragas.

Luego se cerró la falda a la cintura y metió la cabeza por un grueso jersey de lana negra que la despeinó.

—Me gusta tu pelo así, salvaje —bromeó Pete, hundiendo sus manos en su cabellera y dándole un mayor aspecto de abandono.

—Ese hombre, Günter Meissner, forma parte del tejido empresarial de este país, es un miembro destacado. Hizo lo que hizo, pero no le afecta. Hay más arrepentimiento en un violador, en un asesino que esté purgando su culpa en una cárcel, que en él. Y eso me fascina: el que no sienta nada. Él cree que esa forma de ser insensible le hace superior.

—Deja a ese Günter en paz. Dedícate a montar la entrevista y entregarla. A lo mejor te dan el Pulitzer por ella.

—Solo hay algo que no entiendo. Bueno, no entiendo nada. Pero hay algo que no deja de darme vueltas a la cabeza, una y otra vez.

—Eva —Pete la cogió por los hombros y la zarandeó suavemente— te he dicho que lo dejes. Te invitó a un *goulash* en un restaurante húngaro. Cambiamos el turco por la *papikra* de Budapest.

—¿Por qué habló? No me lo explico. Podía haber callado, no haber respondido, pero habló. ¿Por qué? Admitió cosas espantosas, Pete. Tú no lo has oído, pero yo sí.

Una cosa es saberlo, haberlo leído, pero muy distinto es escucharlo por boca de uno de ellos. Me dejó en estado de *shock* profundo. Había pasado una semana y tenía ganas de vomitar recordando algunas de sus respuestas. Y fui muy dura con él, no creas. En realidad no estoy muy segura de que me envíe esa caja de botellas de su mejor añada.

—En fin. Creo que no hay más remedio que este para cerrarte la boca.

Pete la ciñó por la cintura y la besó en los labios. No la dejó hasta mucho más tarde.

—¿Has olvidado a Günter Meissner? No quiero oír hablar de ese tipo hasta los postres. ¿Has oído, mi pequeña Eva?

Capítulo 5

Eva Steiger y Karl Kelmer —a quien cariñosamente los colegas de los medios de comunicación llamaban Gordo Kelmer, o Cervezas Kelmer una vez posaban los ojos en el perímetro torácico de su estómago—, se encerraron una vez más, la tercera en lo que iba de día, en la sala de montaje, y se aprestaron a diseccionar la entrevista que una semana antes, ni un día más ni un día menos, la joven y prometedora periodista, especializada en temas de candente actualidad, había realizado al magnate del acero, el empresario Günter Meissner. Para Eva era la séptima vez que veía íntegro aquel reportaje de casi dos horas de exhaustivas preguntas, elocuentes silencios y cuestiones que quedaban sin respuesta con el que soñaba una noche sí y otra también. Cuando empezaron a proyectarse las imágenes, por enésima vez, en el enorme monitor de la sala de montaje de la ZDF, Gordo Kelmer tuvo a bien encender un cigarrillo, para calmar su estrés hacia lo que consideraba, no sin razón, una bomba informativa. Se hizo el silencio en aquel cuarto oscuro y quedaron, resaltados, los matices de esa tensa conversación que, conforme iba avanzando, se convertía casi en un interrogatorio policial y tenía momentos álgidos en los que parecía que el interrogado-entrevistado fuera a levantarse y dar por zanjada aquella confesión pública. De forma casi obsesiva, Eva Steiger escudriñó el rostro de Günter Meissner tratando de ver en él, en algún momento de esas dos horas de

conversación, algún gesto que indicara pesar, vergüenza, dolor, asco que le hubiera pasado inadvertido cuando le entrevistó. No lo vio. En ninguno de los momentos, ni tan siquiera en los más dramáticos y comprometedores, en los más repugnantemente obscenos de esa catarsis privada que, sin embargo, dejaba totalmente indiferente a uno de sus principales actores, tembló su voz, se cubrió la frente de sudor o parpadearon sus hermosos ojos azules que aún mantenían el mismo brillo de antaño, esa determinación que exhibía en la foto sepia en la que aparecía vestido de militar y que no tuvo ningún pudor en mostrar ante las cámaras, para que la recogieran.

—Señor Meissner, el objeto de este reportaje, en el que la ZDF le entrevista a usted como lo hace con otros supervivientes de la Segunda Guerra Mundial, es recabar testimonios veraces de personajes anónimos que, con mayor o menor responsabilidad, intervinieron en hechos dramáticos que han marcado para siempre la historia de nuestro país y de los que no nos sentimos especialmente orgullosos.

Usted, según consta al equipo de documentación de la cadena para la que trabajo, se enroló voluntariamente en las SS, la fuerza de elite militar del nazismo. ¿Qué le movió a ello?

—El profundo idealismo y el amor a la patria alemana —contestó sin parpadear y con voz rotunda—. Ante todo el nacionalsocialismo era un movimiento patriótico con raíces sociales y una de sus principales aspiraciones era la unión de los territorios habitados por los alemanes que habían sido fragmentados e integrados en diversos países por medio de disposiciones que no los habían tenido en absoluto en cuenta y resultaban inaceptables. Tenga presente que cientos de miles de jóvenes alemanes creyeron que había llegado el momento en que había que hacer algo por su país, de que nos encontrábamos en una encrucijada histórica muy importante después de haber sido ninguneados durante siglos por

nuestros vecinos europeos y haber sufrido una derrota humillante que nos condenaba a ser una nación de segunda fila, no determinante en el mundo, sin ejército y a expensas del capricho de nuestros vecinos. Había una enorme fuerza y determinación en todos nosotros, y esa energía colectiva cristalizó en un personaje único, en una persona que capitaneó con mano de hierro la nave del país y la lanzó contra mares tempestuosos. En esos momentos decisivos las sociedades alumbran a los líderes. Él lo era, sin duda.

—Habla de Hitler como si fuera un héroe. ¿Reivindica su figura aun ahora?

—En la actualidad causa escándalo decirlo, casi te detienen por ello, pero es que en aquella época todos le considerábamos un líder excepcional, sin duda el mejor capacitado para conducir al pueblo alemán, porque tenía una visión del pangermanismo que conectaba con la raíz de nuestro pueblo que se sentía muy humillado por razones históricas y por acuerdos políticos que yugulaban nuestra nación. Mire esa película que han estrenado, *El hundimiento* creo que se llama, basada en el libro del escritor y periodista Joaquim Fest, a quien ya hay paranoicos que acusan de militar en las filas del NPD, y fijese en el revuelo que ha armado, un revuelo absurdo, infantil, porque en ella se presenta un Hitler humano. ¿Alguien lo dudaba? Claro que Hitler era humano, y tenía las grandezas y miserias de todo hombre. No debemos olvidar nunca que Hitler era Alemania, y que Alemania era Hitler. Eso era así en aquella época —insistió con vehemencia— y quien quiera discutirlo es que miente ex profeso.

—He visto la película, señor Meissner, y si ese Hitler era el que se dujo al pueblo alemán debo mostrarle mi sorpresa.

—Vamos, vamos, es una película a fin de cuentas. Pero ese chico, Bruno Ganz, se mete en el personaje, pese a que debe de detestarlo en su

fuego interno porque creo que es comunista. Ese era el Hitler crepuscular, acorralado, vencido, pero nosotros conocimos a otro Hitler inspirado, con una energía extraordinaria y unas dotes de comunicación soberbias, electrizantes, el conductor de todo un pueblo como, en el otro espectro político, lo había sido Lenin.

—Pero condujo a Alemania a la ruina, Herr Meissner.

—¿A la ruina? No creo que Alemania, en estos momentos, sea una ruina. Hay cosas que detesto, claro, pero seguimos siendo un gran país, la locomotora de Europa pese a haber salido derrotados de dos guerras mundiales. A Hitler le cegó el exceso de ambición, la falta de mesura y sus consejeros. Quizá un error suyo fue el no hacer política. Desde mi punto de vista no fue una buena idea enemistarse con Inglaterra, y menos con Estados Unidos al que deberíamos haber intentando seguir manteniendo en la neutralidad o haber atraído a nuestro bando para aplastar a la Unión Soviética.

—¿Estaban conformes con las guerras expansivas? ¿Estaban de acuerdo con invadir Polonia, Francia...?

—Hay que situarse en la época. Alemania había sido humillada y el Führer era el único hombre capaz de sacarnos de ese túnel oscuro y devolvernos la dignidad perdida. Años de depresión nacional, de desempleo, de pobreza, el miedo a convertirse en un país satélite del bolchevismo, todo eso saltó por los aires gracias a la visión de futuro de Adolf Hitler. Existía un gran descontento entre las clases medias europeas empobrecidas por la inflación de 1932; los patriotas alemanes se hallaban desesperados y enfurecidos por las condiciones humillantes en que se había firmado el Tratado de Versalles, y luego existía un miedo real a que el bolchevismo, que estaba muy organizado en Alemania en torno al potente Partido Comunista, una auténtica hidra, se hiciera con el poder. Había enquistados dentro de la nación alemana una serie de grupos

enemigos, además de los enemigos políticos y enemigos del pueblo potenciales, como los judíos, que siempre se autoexcluyeron, que no trabajaban para la nación sino para sus propios intereses, y diversos cuerpos asociales como los testigos de Jehová, los homosexuales o los gitanos que carecían de esa visión nacional. Todo ese mar de fondo dio como resultado a Hitler, un personaje providencial fruto de las circunstancias del momento. Toda la nación, tanto los que luchábamos en el frente, como los que lo hacían en la retaguardia, formábamos parte, orgullosamente, del cuerpo alemán. El Fhürer era la cabeza, desde luego, pero nosotros, los millones de alemanes dispuestos a dar la sangre por él, re-sueltos al sacrificio, éramos las células imprescindibles de ese organismo inmenso que se disponía a dar un zarpazo importante a sus vecinos desleales.

—¿Había un afán de revancha?

—Sin duda lo había. Y la historia se hace por afanes de revancha. Y no es nuevo.

Hitler prometió bienestar a una clase media empobrecida que abrazó el nacionalsocialismo para salir de la miseria. Tengo imágenes de alemanes pobres, de familiares propios que vivían poco más o menos en la indigencia, mientras los comerciantes ju-díos prosperaban. Eso creó odio. ¿Que nos cegó el optimismo? Sí, claro, eso lo podemos decir aquí, y ahora, pero no entonces, cuando la maquinaria de guerra alemana resultaba imparable. Son los imperios, y sus caídas, los que hacen mejorar el mundo. No creo que los bárbaros, y entre ellos los pueblos germánicos, estuvieran muy conformes en ser pisoteados por las huestes del Imperio Romano, pero a la larga esas invasiones que se tuvieron que hacer, como es lógico, a sangre y fuego, porque el dominado siempre impone una resistencia numantina, resultaron fructíferas, y hoy en día muchos pueblos de Europa, no el nuestro, hablan lenguas derivadas del latín,

conservan instituciones del Imperio Romano, exhiben orgullosos sus ruinas.

—Pero, en cambio, señor Meissner, no conozco ningún país de Europa que se enorgullezca de haber sido invadido por la Alemania hitleriana. El único legado que dejamos fue el de la muerte y la destrucción.

—Es pronto para eso. Las heridas tardan en cicatrizar. Tienen que pasar generaciones para que se vea si ha habido fruto. Me puede tildar de loco, pero la idea de una Europa unida y fuerte ya la tuvo Hitler, que fue un gran visionario.

—Hitler, al contrario que muchos emperadores romanos o el mismísimo Napoleón, es un personaje detestado universalmente. Pocos se atreven a defenderle en público. Su perfil psicológico es el de un perdedor, un fracasado absoluto, que ni triunfó en sus aspiraciones artísticas, relegado a la función de pintor de brocha gorda, ni hizo carrera en el ejército en donde no fue más que un simple cabo.

Imagino que usted también tiene presentes estos aspectos tan poco positivos de la personalidad de su líder político.

—En eso reside la grandeza del personaje, mi querida amiga, en su capacidad de superación, en la lucha triunfante contra todo tipo de adversidades. Hitler se esculpió a sí mismo como muchos venerados personajes del *self made man* americano a los que todo el mundo admira ahora.

—¿Sabía usted que Hitler fue mendigo, que los residentes del asilo de pobres de Viena le pusieron el apodo de Ohm Kruger, y que luego se convirtió en un chivato?

¿Ese es el héroe del pueblo alemán?

—He oído muchas patrañas tratando de desprestigiarle. Algunas son realmente increíbles y creo que escasamente documentadas como las que me acaba de citar y, de ser ciertas, no invalidan al personaje, sino todo lo contrario. Precisamente sus fracasos le hicieron renacer y propiciaron el surgimiento del nuevo ser. A mí no me interesa el Adolf Hitler pintor de brocha gorda fracasado, sino el Adolf Hitler que toma el poder y convierte en pocos años Alemania en un país poderoso, en el eje alrededor del cual gira el mundo.

—Sin embargo, por lo que he leído, fue un personaje oscuro y lleno de complejos, con graves problemas afectivos. Su abuela había trabajado como sirvienta en la casa de un comerciante judío, del que tuvo un hijo biológico al volver a su pueblo natal y casarse: Alois, el padre de Hitler, que creció con el rencor a los judíos y se lo transmitió a su hijo Adolf al que maltrataba física y psíquicamente a diario.

Ello explica el odio de Adolf Hitler a todo lo judío y que se convertiría en un adulto ultraviolento cuyo fin último era librar a toda Alemania de la sangre judía que corría por sus propias venas. Objetivamente, según sus propias teorías, era un tullido moral de sangre semítica. Hubiera tenido que empezar exterminándose a sí mismo para ser consecuente con sus teorías de pureza racial.

Herr Meissner se pasa el dedo pulgar por sus labios y se aprisiona luego con la mano su mandíbula cuadrada. Abre y cierra los ojos antes de responder. Mira a su interlocutora con una mezcla de condescendencia y paternalismo.

—La veo cargada de prejuicios, de clichés prefabricados, de un odio que poco dice a favor de la ecuanimidad que debe tener todo periodista. Eran otros tiempos, señorita, otra época. Esa infancia que usted retrata no era tan distinta de las infancias de todos los niños de Austria y

Alemania en donde los adultos habían sido educados en la creencia de que para disciplinar a un niño había que aplicarle castigos físicos. Y

no solo en nuestra patria: eche un vistazo a los colegios británicos. Hitler es el ogro, el asesino en serie, Drácula, el jefe de una secta... Seamos un poco serios. Habría que revisar al personaje con equidad, sin dramatismos. Hitler procuró lo mejor a la nación alemana, veló por su grandeza, tuvo un sueño pangermánico, fue el primer europeísta, pero hizo un cálculo completamente errado de nuestro potencial: resultaba imposible abarcar toda Europa, debió convencer más aparte de vencer. Con la humillación del vencido no se puede contar para un proyecto de nación tan ambicioso.

—Una Europa dócil bajo su bota, modelada a su gusto, aria.

—Las cosas, mi querida jovencita, eran así en aquella época y ya sé lo que les cuesta entenderlo a las nuevas generaciones, que no tuvieron que vivir esos delicados momentos históricos, lo difícil que es comprender lo que pasó. Tenga en cuenta que Alemania era una cerrada e inexpugnable piña, que los alemanes hervíamos de fervor patriótico, que teníamos, con orgullo, un concepto de nación que hoy en día puede sonar a trasnochado.

—Usted, por lo que me dice, era un convencido nacionalsocialista.

—Sí, y no me avergüenzo, como hacen otros, en proclamarlo. El nazismo fue, en parte, el intento de una nación de declararse como el inicio de una nueva cultura, de crear un nuevo tipo de hombre que suplantara la idea del humanismo por otro adiestrado en el poder, en la obediencia y la fidelidad. Soñábamos con el superhombre nietzscheano frente al mediocre proletario leninista porque para mejorar la condición humana hay que poner el listón arriba y no al nivel del suelo y hay que excluir a los que no son capaces de saltarlo. Fui nacionalsocialista

gracias a la influencia de mi padre que, cuando tenía catorce años, me alistó en las Juventudes Hitlerianas y recuerdo ese período, desde la perspectiva que da el tiempo, como uno de los más plenos y gozosos de mi época, y no solo porque era joven y se tiende a mitificar ese período de la vida, sino porque en esa época de instrucción que viví, en un régimen casi militar, fui endurecido con la disciplina espartana, viví en contacto permanente con la naturaleza y recibí su didactismo directamente de las fuentes. El nacionalsocialismo, mi querida periodista, era un movimiento ecologista antes de que llegaran esos payasos de Greenpeace con sus proclamas salvadoras del planeta.

Nos movían las leyes de la naturaleza, la naturaleza nos daba sus clases magistrales, y así sabíamos lo importante que era la fortaleza física, la agilidad mental, o lo nocivo que eran para la especie los elementos degenerados o enfermos, la sabia ley que prima al más fuerte sobre el débil, porque la humanidad no era igual, como no era igual el reino animal, y había hombres fuertes y hombres débiles, y allí, en esos campamentos en donde reinaba una extraordinaria camaradería porque todos éramos iguales, en donde hice las mejores amistades de mi vida, con algunas de las cuales aún sigo viéndome, se forjó mi mentalidad, el coraje, la ausencia de miedo, el desprecio al dolor, al que nos habituábamos en duros ejercicios diarios, y allí se constituyó el germen de ese ejército invencible y temido que actuó en Europa como una máquina feroz. Nos hicieron cachorros para el combate y fuimos forjados en el concepto de lucha permanente para evolucionar. Imagínese miles de niños educados de una forma espartana, predestinados a una empresa nacional, entrenados hasta convertir sus miembros en el más puro acero, sin miedo, con determinación, con claridad de metas: esos niños de esos campamentos fueron el germen de la Wehrmacht; esa disciplina nos hizo invencibles.

—¿Les enseñaron a ser violentos, insensibles, máquinas inhumanas?

—No tergiversemos las cosas. Todos somos violentos. O casi todos, porque también los hay incapaces, mansos; fíjese que la palabra *manso* tiene una connotación de insulto, es peyorativa, y tiene que ser Jesucristo quien se vea obligado a redimirlos otorgándoles una bienaventuranza. Nos enseñaron a ser duros con nuestro cuerpo, a dominarlo, a vencer al hambre con dietas increíbles, a subsistir con escasez de medios, a soportar el dolor físico sin delatar a nadie. Éramos luchadores. Éramos los miembros de un cuerpo. Yo, que era un chico débil, apocado, al que las peleas de patio de colegio aterrorizaban, me convertí en un muchacho combativo, fuerte, con una impecable musculatura que ejercitaba a diario. Pero no éramos insensibles, ni mucho menos. Apreciábamos los paisajes de nuestro país, su música extraordinaria, los maravillosos castillos, la belleza de nuestras mujeres arias, el placer que produce la conquista de un pico inaccesible. Amábamos nuestra extraordinaria cultura, nuestros literatos, pensadores, músicos. Un pueblo que daba a Goethe, a Mahler, Wagner, pensadores de la talla de Nietzsche, era más que una simple nación destinada a ser dominada.

—¿Se da cuenta de que eso ya no es así?

—Y lo acepto. Vivimos otra época. La vida es más fácil. Ya nadie lucha.

Estupendo. Y se vive más o menos bien, tan bien que somos pasto de emigrantes que nos invaden y están cambiando la composición étnica de nuestro país. ¿La raza aria? Ja. Un sueño, una utopía. Desapareció. Lo acepto. A mis ochenta y cinco años no voy ya a cambiar el mundo, solo aspiro a vivir entre los míos, hacerlos felices. Aquello fue un bonito sueño de juventud, la utopía de un momento muy especial.

—¿Un bonito sueño de juventud que costó millones de muertos, que arrasó países, que exterminó a una raza? ¿No fue una locura?

—¿Locura? Fíjese usted en una cosa: estamos denostando toda una época de nuestro país, que definimos como oscura, terrible, y no sé cuántos más epítetos siniestros, sencillamente porque el final de esa empresa se saldó con el fracaso, porque Alemania perdió la guerra que desencadenó. Observe, y creo que usted es suficientemente inteligente para hacerlo, que eso se produce exclusivamente porque Alemania no ganó esa guerra, y subrayo esa frase. ¿Qué hubiera pasado si la hubiera ganado? Pues exactamente lo contrario. ¿Quién se habría sentado en el banquillo en los juicios de Nuremberg? Pues no lo dude, el presidente Truman por haber borrado del mapa

Hiroshima y Nagasaki con la espantosa bomba atómica, Winston Churchill por haber bombardeado con fósforo Dresde, Stalin por sus espantosas deportaciones, sus orgías de sangre, las violaciones masivas de mujeres alemanas a manos del desenfrenado y anárquico ejército ruso. ¿Sabe cuántos inocentes murieron en Dresde? Cuatrocientos mil en dos días de bombardeos implacables, abrasados tras espantosos dolores. ¿Por qué no se consideró crimen de guerra la violación sistemática de mujeres por la horda de Stalin? La respuesta es simple: vencieron. La historia es así. Solo se juzgan las barbaridades de los perdedores, pero se exoneran todas las brutalidades de los vencedores, por lo que uno deduce que lo peor de esa Segunda Guerra Mundial, lo monstruoso de ella, fue que la perdimos. Pero esto, afortunadamente, cambia, y ya se habla del sufrimiento del pueblo alemán, de las matanzas injustificadas de la población civil de Dresde, de cuyo bombardeo se cumplen ahora sesenta años.

—Usted estuvo en el frente del Este.

—Sí, hasta bien entrado el año 1942. Fue una temporada muy dura, en la que me curté militarmente, pero en la que me sirvió de mucho mi aprendizaje en las Juventudes Hitlerianas. Tenía entonces veintidós años. Yo estaba hecho al frío más extremo. Uno de los ejercicios que hacíamos, en la época de campamentos, era sobrevivir una serie de días a la intemperie, en pleno invierno, durmiendo al raso, procurándonos el alimento. Desarrollé las enseñanzas que había recibido en las Juventudes Hitlerianas en el frente soviético.

—Fue una campaña especialmente dura. He visto imágenes del sitio de Stalingrado verdaderamente pavorosas, miles de cadáveres enterrados en la nieve.

Imagino que vería caer a muchos camaradas.

—Muchísimos. Sufríamos una terrible mortandad, no solo por el fuego de los soviéticos, que estaban en su tierra y la conocían al dedillo, sino por el general invierno, quien finalmente nos derrotó. La nieve nos sepultó, impidió nuestro avance, anuló todo nuestro potencial de fuego. Combatir en esas condiciones extremas exige un esfuerzo tremendo por parte del cuerpo, es como cuando un escalador ataca los últimos cien metros del Everest, que se queda sin aliento. Los movimientos, las reacciones bajo un frío extremo son mucho más lentas, uno se convierte en un blanco fácil.

—Le hirieron.

—Sí, en un pueblo cercano a Sebastopol. Era una lucha muy encarnizada, casa por casa, con un enemigo renuente a perder posiciones, que era esquivo, que actuaba como francotirador. Cayeron cuatro compañeros de mi pelotón, entre ellos el mejor amigo de mi infancia, el cabo Otto Kruger, con la garganta reventada por una bala, que se desangró entre mis brazos...

—¿Qué sintió entonces?

—No hay tiempo para sentir, ni para conmoverse. Si lo haces eres hombre muerto. Le cerré los ojos, sí, eso fue lo que hice, y le puse el casco sobre la cabeza, y reaccioné con ira, eso fue lo que me perdió. Recibí un impacto de bala en el pecho, del que aún tengo la cicatriz. Fue mi primera herida importante, pero seguí luchando, con una rabia feroz. Entré, lo veo con mis ojos, en una habitación totalmente destruida y vi un par de sombras al fondo. Disparé a ciegas, sin detenerme, sin notar que tenía ya la guerrera empapada de sangre. Los debí de matar a todos, porque oí sus lamentos en ruso, sonoras imprecaciones, maldiciones. Subí luego, a trompicones, a la segunda planta de esa casa en ruinas cuyas paredes estaban horadadas como un queso Gruyere. El cerebro no te guía en esos momentos, es el cuerpo, el corazón, que te sale por la boca, que late a una velocidad suicida drogado por la adrenalina —en ese momento la cara de Günter Meissner se iluminó por el fulgor de sus ojos azules. Hablaba y su mandíbula cuadrada se estremecía con violencia. Corría su mente hacia el pasado, a la velocidad de la luz, reviviendo aquellos episodios con una fidelidad documental y renegó la mente de ese cuerpo viejo y achacoso que no reconocía suyo—. Recuerdo, la veo, como la veo a usted —

prosiguió, fijando la mirada en Eva Steiger que se resistía a ser hipnotizada por su vehemencia— a una chica rusa, joven, bien parecida, rubia, que se cubría el cabello con un gorro de lana y llevaba botas militares. Me disparó con su *tokarev* en cuanto me vio aparecer, una ráfaga que levantó miles de esquirlas en la pared que tenía a mi espalda. La muerte silba a tu lado y realmente no lo adviertes, porque la reacción natural e inteligente sería huir. Para mí, en aquellos momentos, aquella muchacha no era una mujer, simplemente era un enemigo, causante de la muerte de mis camaradas. Caí sobre ella, con todo el peso de mi cuerpo;

era una luchadora brava, que estaba dispuesta a vender cara su vida: me mordió desesperadamente en las manos, pero yo ya estaba decidido. Luego fue cuando me di cuenta de la gravedad de la herida y unos camaradas me trasladaron a la retaguardia.

—¿Mató a la chica?

—Por supuesto. No lo hice con el fusil ametrallador, que se me había encasquillado durante la refriega, ni con la pistola, sino con el machete. Un golpe decidido en el pecho que le rompió el esternón.

—Horrible, ¿no?

—La guerra está llena de esos momentos que usted dice horribles. Cada día, mi querida amiga, los que sobrevivíamos volvíamos a nacer una y otra vez.

—Hábleme de lo que pasó después.

—Pues fue mortalmente aburrido después de aquellos meses en el frente de batalla ruso. Mis heridas revestían cierta gravedad e incluso, ahora, cuando cambia el tiempo, siento punzadas en el pecho. Me pasé un mes a cuerpo de rey en un hospital de Berlín, una especie de balneario de la retaguardia que parecía un premio a mi comportamiento valeroso. Y fue allí, precisamente, donde conocí a mi esposa que era enfermera del centro sanitario. Fue un maravilloso flechazo. Ella era muy delgada y enérgica, y hermosa como una valquiria wagneriana. Creo que tengo alguna foto de Greta en aquella época.

Se levantó. Recorrió el salón. Abrió un cajón cerrado con llave. Regresó con dos fotos color sepia en la mano. Las alargó ambas a la periodista que hizo un gesto a quien manejaba la cámara para que hiciera un primer plano de las instantáneas.

—Mi mujer, que luego fue una afamada actriz de teatro e hizo sus pinitos en el cine de la UFA, fue niña prodigio en una conocida película de la época, *Die Drei von der Tankstelle*, de Wilhelm Thiele, hasta que se quedó embarazada, y este soy yo, con mi uniforme —dijo, orgulloso, señalando las viejas instantáneas restauradas.

Ambos tenían los labios finos y los pómulos marcados. Gentes de guerra.

Coincidían en el azul metálico de sus ojos. Ambos eran hermosos, biológicamente puros. Günter, en especial, pensó la periodista, repasando una y otra vez esa foto sepia en la que su interlocutor, con sesenta años menos, posaba con la barbilla levantada, sonrisa dental, vistiendo con orgullo el elegante uniforme gris de las SS.

Hasta Greta, que era muy femenina, delicada, frágil, no ocultaba el aire marcial que la época requería. Miraba la foto, las fotos, e imaginaba a Günter abriéndose paso con su machete en el pecho de aquella anónima rusa que no recibiría sepultura y que luchaba por defender su casa, su familia, su patria, de esa disciplinada horda invasora que arrasaba todo con su furia.

—Entonces, señor Meissner, fue cuando usted entró en las SS sección de la Calavera.

Hubo una pausa, una décima de segundo de duda en el entrevistado, mientras los ojos azules del magnate del acero se deslizaban por la cara suave e inocente de Eva Steiger. Quizá le engañase el aspecto dulce y añado de su interlocutora y la hubiera subvalorado. Ella era una hermosa aria rubia de pelo fuerte y ojos azules, no demasiado voluminosa, más bien menuda y de cuerpo suavemente redondeado, la hija que no tuvo y con la que soñó.

Pero no era ninguna bisoña. La había visto, meses atrás, corriendo riesgos en Bagdad, con chaleco antibalas y micrófono en la mano mientras estallaban coches bomba que despedazaban civiles y aterrorizaban a los muchachos imberbes que enviaba Bush a la tierra del petróleo para cimentar su imperio. Había visto muerte y destrucción a su alrededor y quería empaparse de la muerte y destrucción del pasado ante el cual el presente era un juego de niños. La guerra era una sinfonía ensordecedora de cañonazos que demolían los muros de las casas, y los cadáveres, amasijos sangrientos entre las ruinas. Vio nieve y surcos de sangre sobre el manto níveo, dibujando un cuadro abstracto; vio esculturas de hombres congelados, con la barba y el cabello endurecidos por el hielo, que los miraban con sus ojos de muerto; y uniformes quemados y vacíos de los que huyó la carne tras las explosiones.

—Está en un error. En 1944 las SS Armadas contaban con alrededor de novecientos diez mil hombres bien entrenados y perfectamente per trechados con las armas más sofisticadas del momento. Yo ya estaba entonces encuadrado en ellas como fuerza de elite y combate en ese cuerpo formidable y valeroso que era la punta de lanza de la Wehrmacht. El hombre de las SS reaccionaba con dureza ante todo tipo de sentimientos humanos, era duro consigo mismo y con los demás. Con esa mentalidad, el hombre de las SS se destacaba conscientemente de la gran masa formada por los camaradas del partido. Los mejores, la elite guerrera y mejor preparada para el combate. Pero la gravedad de mis heridas desaconsejaba mi nuevo envío al frente en donde habría perecido o hubiera sido una rémora para mis compañeros. No se trataba de forjar héroes, sino de ser útil al Reich en cualquiera de los cometidos. Nosotros no importábamos, lo importante era Alemania. Yo lo hubiera deseado, volver al frente ruso, pero era consciente de que no sería útil en primera línea y que debería reservarme para labores de retaguardia.

—Como vigilante en el campo de concentración de Auschwitz. Usted era miembro de las Unidades de Calavera de las SS, responsables de la vigilancia de los campos de concentración.

Primerísimo plano del rostro de Günter. Sus ojos. No se apreciaba parpadeo. Su boca. Ralentizaba la respuesta, otra vez, después de la verborrea sin respiro con que había narrado sus hazañas en el frente del Este. Por un momento Eva temió que, llegado ese momento, el crucial, al que había estado deseando arribar desde que se inició la entrevista, esta quedase en el aire, el anfitrión se levantase y abandonase el ring dejando nulo el combate. Era un riesgo y lo asumía. Le había ocurrido con otros.

Pero Günter era distinto.

—La permanencia en el campo de concentración se consideraba un servicio en el frente contra los enemigos del Reich. Estaban los enemigos externos, fácilmente identificables, y los enemigos internos, que intentaban mezclarse entre nosotros.

Llegué a Auschwitz cuando era un simple campo de concentración para prisioneros de guerra polacos. Entre Cracovia y Kattowitz, junto a Vístula, existía un viejo campamento militar abandonado conocido como Oswiecim, antiguo cuartel de la monarquía austro-húngara, ubicado en un terreno pantanoso pero con favorables vías de comunicación. El complejo comprendía un territorio de cuarenta kilómetros cuadrados, del que también formaba parte un coto vedado muy extenso. Bajo el mando del primer comandante del campo, Rudolf Hoess, se empezó a construir en mayo de 1940 el campo, que más tarde se conocería como Auschwitz I o campo central, con los primeros presos que llegaban del campo de concentración de Dachau.

Esta primera ampliación estaba pensada para albergar a siete mil presos y comprendía veintiocho edificios de ladrillo de dos plantas así como otros edificios adyacentes de madera. Por término medio el número de presos ascendía a dieciocho mil. Dos alambradas de espino, con corriente de alta tensión, cercaban la totalidad de la superficie para hacer imposibles las fugas. Por orden de Heinrich Himmler se empezó a construir el campo de Auschwitz II-Birkenau en octubre de 1941, cuya principal finalidad era utilizar como mano de obra a los prisioneros polacos y a los que habrían de llegar del frente ruso, que era mucho más extenso que el campo central y comprendía doscientos cincuenta barracones de madera y piedra. El número más elevado de presos en Birkenau ascendió en 1943 a aproximadamente cien mil personas. Auschwitz III se construyó con posterioridad, era el campo exterior en donde estaban ubicadas las empresas agrarias e industriales, como Buna-Werke en Monowitz, verdaderos complejos fabriles —relataba Günter Meissner con precisión matemática, sin olvidar ningún dato, por nimio que pareciera. Hablaba como si tuviera el complejo de Auschwitz incrustado en el cerebro, impreso, y lo estuviera viendo con sus ojos tal como era cuando llegó a él. Describía su plano mentalmente, a falta de papel—. La vida era bastante rutinaria, deprimente, mucho más para alguien, como yo, curtido en la acción; Auschwitz, no era un destino apetecible bajo ningún concepto, pero lo acepté por disciplina. Tenía grado de teniente y mi función era vigilar que nadie tratara de escapar. No, no me siento especialmente orgulloso de mi etapa en la retaguardia, pero cumplí con mi deber de soldado y de alemán.

—Sin embargo maltrataron a esos presos polacos. Mataron a muchos de ellos.

¿No es cierto?

—La llegada del primer transporte de algo más de setecientos presos polacos se produjo en 1940. Yo los recibí y puedo decirle que no se les trataba con excesivo rigor. Murieron por el trabajo, por el frío y porque no iban bien alimentados, pero Auschwitz no era un hotel y estábamos en guerra. El lema del campo era que el trabajo les haría libres. Y trabajaban, claro, de sol a sol, para que así no pensarán en fugarse y estuvieran lo suficientemente cansados para causarnos problemas. Entre 1940 y 1945 fueron internados en Auschwitz cuatrocientos cinco mil detenidos, en su mayoría polacos, soviéticos y gitanos, y le puedo asegurar que el establecimiento tenía, sobre todo, una función económica. En las proximidades del campo de concentración de Auschwitz estaban ubicadas diferentes industrias que alquilaban a los presos como mano de obra. La empresa IG-Farben, ubicada en la periferia de Monowitz, fabricaba, por ejemplo, goma sintética. Para los presos que trabajaban allí, las SS construyeron el 31 de mayo de 1942 el campo externo de Auschwitz-Monowitz, que se convirtió a partir de diciembre de 1943 en el campo central del complejo Auschwitz III. Además las SS explotaban sus propias empresas y minas. En total había cincuenta comandos externos de este tipo, grupos de internos trabajadores que podían salir fuera del recinto. Y también le diré una cosa que no debería sorprenderla, y es que los propios presos colaboraban en la administración del campo. Las tareas encomendadas aumentaban cada día y la dirección del campo dependía de la colaboración de los presos porque los alemanes no teníamos tiempo ni ganas de implicarnos en ello, les dábamos una cierta autonomía. El sistema de la autoadministración controlada estaba estructurado según el principio del Führer: veterano del campo, veterano del bloque, *kapos* de los *kommandos* de trabajo. Como consecuencia, entre los presos se estableció una serie de jerarquías y le sorprenderá si le digo lo que peleaban entre ellos para tener una consideración social más elevada.

Había frecuentes disputas entre los presos criminales, los alemanes delincuentes, y los políticos, los disidentes y los comunistas, por hacerse con el control interno del establecimiento. No era tan terrible al principio.

—El ingreso en los campos de concentración se llevaba a cabo en contra de toda base legal —Eva Steiger abrió su carpeta de tapas oscuras y extrajo un documento mecanografiado que leyó—. Por medio del decreto provisional «Para la protección del pueblo y del Reich» del 4 de enero de 1934, las autoridades policiales en el Reich alemán podían arrestar preventivamente a personas, sin juicio y por un tiempo ilimitado, «para combatir toda aspiración antiestatal», leo textualmente. En general, la central de la Gestapo y del RSHA de las SS en Berlín debía dictar auto de prisión preventiva, sin embargo esto solo se tenía en cuenta en el caso de personas del Reich alemán.

—Estábamos en una situación especial y era necesario el recorte de libertades para proteger a la nación de los enemigos externos, pero también de los internos —

Günter mira a continuación fijamente a su interlocutora—. Usted como periodista informada debe saber, y sé de buena tinta que eso es así porque, si no me equivoco, ha estado en Irak, que hay momentos excepcionales en la vida de un país que exigen un recorte drástico de los derechos ciudadanos para salvaguardar la comunidad. ¿Le suena claro? No nos escandalicemos porque es exactamente lo que está haciendo en estos momentos en Estados Unidos el señor George Bush.

—Las comparaciones pueden resultar odiosas y nos llevarían muy lejos de lo que nos interesa. Volvamos al pasado, señor Meissner, y le aseguro que lejos de mí está defender al presidente Bush. Luego Auschwitz se amplió considerablemente, ¿no es cierto?

—Sí, con la llegada de Rudolf Hoess como director del campo. Tras pasar por Dachau y Sachsenhausen, se premió su lealtad ascendiéndole a Hauptsturmführer de las SS. El fue el artífice de lo que conocemos como Auschwitz; vino con arquitectos, ingenieros, construyó un enorme complejo de cuarenta y dos kilómetros cuadrados, filas de nuevos barracones para albergar a muchos prisioneros. Posteriormente se amplió a Birkernau comandado por Josef Kramer. No se puede imaginar usted las dimensiones de aquello. En el campo de concentración de Auschwitz I, a los presos, que fueron quienes edificaron el campo y gran parte de las instalaciones industriales adyacentes, se los alojaba en antiguos cuarteles de ladrillo. Había veintiocho bloques, pero no todos estaban destinados a los presos. En el campo de concentración Auschwitz II-Birkenau, que se construyó con posterioridad, había diferentes tipos de barracones, de ladrillo y de madera, que eran antiguos barracones-caballerizas. Cada barracón disponía de dos pequeñas habitaciones, una para el decano responsable del orden y otra que servía para almacenar el pan, y sesenta paredes divisorias entre las que se encontraban literas compuestas por tres camastros respectivamente con un total de ciento ochenta plazas. En los barracones de ladrillo los camastros estaban cubiertos con una fina capa de paja. En los barracones de madera había sacos para dormir; eran de papel y estaban rellenos de paja y viruta. Además a los presos también se les entregaban mantas. Reinaba la austeridad, claro, pero es que estábamos en tiempos de guerra y nosotros no vivíamos mucho mejor, y peor estaban los que combatían en el frente de Rusia con el hielo como lecho.

—¿De qué modo controlaban a esa ingente población penitenciaria?

—Si se refiere a si las SS estaban constantemente encima de los presos, le diré que no. Había una cierta independencia. La organización interna del campo de concentración, también con respecto a los presos,

obedecía a la estructura nacionalsocialista de autoadministración. El mando lo tenía el decano, el preso más veterano del campo, elegido por las SS. Debido a la extensión del campo y a la gran cantidad de campos adyacentes, había más de un decano. Estos decanos eran los responsables del campo ante las SS, y como tales, las SS siempre se dirigían directamente a ellos con sus disposiciones. Cada bloque tenía su decano de bloque, cada dormitorio su decano de dormitorio. Una condición para ser decano es que hablara perfectamente alemán y sirviera de interlocutor con el resto de la población penitenciaria. En principio todos los presos tenían que trabajar. Eran reunidos *enkommandos* de trabajo, dirigidos por los *kapos*, presos responsables de un comando de trabajo o bien de un servicio que se les distinguía porque llevaban brazaletes; por lo general eran presos alemanes los que preferentemente desempeñaban estas funciones, pero también había judíos. En los *kommandos* grandes había un *kapo* superior y un *kapo* inferior. Los *kapos* no tenían que trabajar, sino que tenían que procurar que las marchas se realizaran debidamente y también eran responsables del rendimiento de su *kommando* de trabajo. Como verá, era una organización jerarquizada cuyo funcionamiento era perfecto.

—¿Qué recuerda del que fue su jefe? ¿Cómo era el máximo responsable del campo?

—Duro y justo a la vez. La dureza es inherente a la condición de militar. Era disciplinado, no se cuestionó ninguna orden que recibí, y era creativo, me refiero a que tenía ideas nuevas de cómo desarrollar el trabajo que le habían encomendado, lo que motivó su posterior ascenso como coordinador de campos. No le traté mucho en el ámbito personal, pero le puedo decir que era un hombre que estaba orgulloso de su ejemplar vida familiar y de la dedicación a sus hijos y sus mascotas. Era un

fanático del deber. Se cuenta que una vez se vio obligado a irse de una celebración navideña con su familia para atender las tareas del campo.

—Un planificador concienzudo.

—Ahora se le tildaría de tecnócrata. En efecto. Siempre se cita la eficacia alemana, hasta en eso. Hoess, el jefe del campo, estaba muy preocupado por llevar a cabo el trabajo que las máximas autoridades del Tercer Reich le habían confiado; por un momento creyó no poder asumir la enorme responsabilidad que cayó sobre sus espaldas, pero no era un hombre que se sintiera derrotado por las dificultades, sino que estas le motivaban. Era un militar de la escuela prusiana.

Eva Steiger observó a su interlocutor antes de intervenir. Hasta ese momento quien escuchase la entrevista y viera el rostro relajado, ligeramente bronceado de Herr Meissner, en el marco de su salón de estar y con el fondo de la chimenea crepitante en donde ardían dos leños cruzados, no tendría datos para desentrañar que el octogenario empresario, cuando hablaba con orgullo de ese enorme complejo fabril del que daba toda clase de detalles técnicos, lo hacía de un monumento a la infamia del hombre. En palabras de Günter Meissner, Auschwitz era una fábrica algo más dura que las habituales en donde los obreros trabajaban gratis.

—¿Una fábrica? Parece evitar decir lo que realmente era Auschwitz, Herr Meissner —dijo Eva Steiger endureciendo su mirada—. Nadie ignora lo que representa ese campo de concentración y cuál era su función. ¿Por qué no dice claramente lo que era? Todo el mundo lo sabe, pero sería interesante que saliera de sus labios. Hicieron de Auschwitz una «fábrica de la muerte», con procesos rigurosamente calculados para matar eficientemente al mayor número de personas en el menor tiempo posible. Hablemos de cuando empezaron a llegar los judíos, Herr Meissner, esos cuatro millones de seres que nunca fueron matriculados, que no figuran en las listas, porque estaban de paso. Usted me está hablando

de un programa técnicamente perfecto para cometer asesinatos en masa, pero elude la palabra *asesinato*, que es para lo que se edificó ese complejo del que habla con inexplicable orgullo.

Nuevo silencio. Günter Meissner mira a la periodista con desconfianza. Pero sonrío.

—¡Ajá! Este es el verdadero motivo de la entrevista, Auschwitz y su aniversario.

Me lo podía haber dicho. Es usted, mi joven amiga, bastante tramposa. Cuando me invitaron a su programa quedamos que hablaríamos de la época en que me tocó vivir. Los campos de concentración fueron una anécdota dolorosa.

—En efecto, porque el 27 de enero de 2005 se cumplen 60 años de la liberación del campo, a cargo del Ejército Rojo de la entonces Unión Soviética, descubriendo al mundo el horror que encerraban sus muros. ¿No quiere hablar de ello? ¿Se avergüenza?

—¿Avergonzarme? No. No tengo nada de qué avergonzarme. Nada. Fui un buen soldado alemán. ¿He de avergonzarme por ello? ¿Usted se avergüenza por ser una buena profesional? No tengo inconveniente en hablar de ello. Fue en septiembre de 1941 cuando se hicieron los primeros experimentos con el gas Zyklon B en Auschwitz que afectaron a seiscientos prisioneros de guerra soviéticos y a doscientos noventa y ocho presos enfermos.

—Que fueron asesinados. Si me permite, aquí llevo un informe que me gustaría leerle por lo clarificador que es y que espero que usted me confirme —Eva sacó de su cartera de plástico negra un manojo de hojas grapadas—. Es un informe titulado *«El Reasentamiento de los Judíos»*, en el que el Sturmbannführer de las SS Gricksch daba la siguiente información al Coronel de las SS von Herff y al Reichsführer de las SS

Himmler, tras la inspección realizada entre el 14 y el 16 de mayo de 1943: «El campo de Auschwitz tiene un papel especial en la resolución del problema judío. Los métodos más avanzados permiten la ejecución de la orden del Führer en el menor tiempo posible y sin despertar demasiada atención. La llamada «acción de reasentamiento» tiene los siguientes pasos: los judíos llegan en trenes especiales (vagones de mercancías) hacia el anochecer y son llevados por vías especiales a áreas del campo específicamente diseñadas para este fin. Allí se hace bajar a los judíos y un equipo de doctores examina su capacidad de trabajar, en presencia del comandante del campo y varios oficiales de las SS. En este punto cualquiera que pueda ser incorporado de alguna manera al programa de trabajo es llevado a un campo especial. Los enfermos que tengan curación son llevados al campo médico y se les devuelve la salud con una dieta especial. El principio básico que está detrás de todo es conservar la mano de obra para trabajar. El tipo anterior de «acción de reasentamiento» ha sido rechazado, dado que es demasiado costoso destruir una preciada energía de trabajo continuamente».

Cuando acabó de leer alzó los ojos y buscó la mirada de Meissner.

—Es un informe veraz. Verá, Auschwitz fue pensado, ante todo, como un enorme complejo fabril, una enorme infraestructura económica de producción para el Tercer Reich con mano de obra gratuita que trabajaba a cambio de comida y atención.

—El informe describe después el destino de aquellos sin la suficiente suerte como para ser considerados apropiados para ser mano de obra esclava o enfermos con curación, y da algunos detalles sobre el proceso de exterminio. Resultados de esta «acción de reasentamiento» —eufemismo del asesinato en masa— hasta la fecha: quinientos mil judíos. Capacidad actual de los hornos de la «acción de reasentamiento»: diez mil en 24 horas. La producción de Auschwitz era muerte.

Hábleme de los judíos, cuando llegaron.

—¿Es de eso de lo que quiere hablar? Bueno, pues hablemos, no tengo inconveniente. Todo el mundo lo sabe. Los judíos constituían indiscutiblemente el mayor grupo de presos de Auschwitz a partir de 1942. Llegaban en trenes, sí, como las bestias. Los vagones, cuando abrían las puertas y dejaban la carga, hedían de una forma bastante desagradable. Algunos no resistían el viaje y se pudrían entre la paja de los vagones. Algo sucio, pero yo ya había visto de todo en el frente de Rusia como para que mi estómago se alterara. La guerra, señorita, no es otra cosa que una sucesión de atrocidades y suele ganarlas quien se comporta con el contrario de la forma más atroz posible. No hay guerras elegantes, no se hacen las guerras a los acordes del Danubio Azul, por Dios —subraya esta última frase con una elevación del tono de voz.

—Usted hacía la selección.

—¿Qué selección?

—La de los que debían morir y la de los que podían seguir viviendo para morir más tarde. Estaba en el *Kommando* de bienvenida.

—Sí. Estaba en el comando de selección. Nos guiábamos, únicamente, por criterios de viabilidad. Seleccionábamos a los ancianos, a algunas mujeres no aptas para el trabajo. Integraban el grupo *meerschaum*.

—¿Qué quiere decir?

—Los *meerschaum*, espuma de mar, eran los que debían desaparecer sin dejar rastro. Los demás, los *natch und nebel*, noche y niebla, morían de otra forma.

—Enviaba a una muerte atroz a inocentes que no le habían hecho nada.

—Es difícil de entender desde su perspectiva. El Tercer Reich era un sistema muy planificado, con una filosofía racial, y dentro de ese sistema no tenían cabida los judíos. Mi percepción de ellos era la de un grupo étnico degenerado, al que había que excluir. Tendría que verlos con mis ojos y quizá podría llegar a entenderme: se retorcían de miedo, imploraban como bestezuelas y, lejos de provocar compasión, los odiabas aun más por ese comportamiento indigno de la especie humana. Yo no me inventé la solución final. Fue en agosto de 1941 cuando Heinrich Himmler ordenó a Rudolf Hoess la supresión de judíos en Auschwitz.

—Pero la aplicó sin pestañear.

—Cumplí con mi obligación. Un ejército no funciona con opiniones privadas; si se cuestionan por sistema las órdenes, deja de haber ejército.

—¿Supresión? Me aterra la perversidad del lenguaje, los eufemismos para tapar la monstruosidad. Supresión por exterminio, asesinato masivo.

—No se haga la candorosa, señorita. Ahora se hace lo mismo con el lenguaje.

¿Guerra preventiva? Una invasión. ¿Operaciones encubiertas? Actos ilegales. ¿Armas inteligentes? Armas letales. Cuando a un marine norteamericano le entrevistaba usted ¿qué le decía? ¿Qué estaba matando a inocentes, a niños iraquíes, a ancianos indefensos, a mujeres? No, le decía que estaba haciendo un buen trabajo, y el trabajo era mejor mientras más letal resultara.

—¿Una obligación era asesinar a millones de seres inocentes que no tenían ni una sola opción para defenderse? No eran partisanos con armas en la mano sino civiles inermes.

—Sí, en esos momentos era mi obligación, como meses antes había sido combatir en el frente ruso.

—Enviaba a familias enteras a la muerte. ¿Qué sentía?

—Nada.

—¿No le conmovían? ¿No sentía piedad por toda esa gente a la que se asesinaba?

—Yo era un eslabón de la cadena. No se me permitía pensar, y no quería pensar.

—¿Ni una sola vez se replanteó lo que estaba haciendo?

—Era un soldado, mi joven amiga, y esa era mi tarea que debía cumplir lo mejor posible.

—Asesinando.

—En las guerras se cometen actos terribles. Es la esencia de la guerra.

—No eran ningún peligro, eran gente pacífica, sin armas, mansos.

—Los judíos representaban el peligro de la disgregación del estado. El que fueran mansos no los exoneraba. Corrompían, con su presencia, la esencia de esa gran Alemania que estábamos construyendo.

—¿Había que matarlos en masa?

—Usted lo ve de una manera, yo de otra. Quizá no logremos entendernos nunca.

Hay clases de seres humanos; es una solemne idiotez decir que todos somos iguales.

Eso lo decían los bolcheviques y están en el basurero de la historia. Ni usted ni yo somos iguales, a pesar de ser ambos arios. Sería un

crimen horrendo matarnos entre nosotros, entre los buenos alemanes, pero los judíos eran un corpúsculo ajeno incrustado en el tejido social de Alemania, y se ideó la fórmula drástica para extirparlo. Ninguna operación quirúrgica se hace sin sangre.

—¿Nunca tuvo compasión?

—En Auschwitz había que dejar la compasión en la entrada.

—¿Disparó alguna vez contra ellos?

—Alguna vez.

—¿Por qué?

—Era terriblemente monótona la vida en el campo.

—Según los informes de las SS, podían ser quemados cuatro mil setecientos cincuenta y seis cadáveres a diario.

—Esa cifra que maneja creo que está desfasada.

—¿Es exagerada?

—No, hubo momentos puntuales en que se triplicó el número de incineraciones.

—Y desde la distancia, pasados los años, ¿no se arrepiente de lo que hizo?

—No sirve de nada el arrepentimiento.

—¿No sueña con los actos atroces que cometió?

—No. Procuero no pensar en ellos.

—Se enviaba a la gente engañada a la muerte, se les envenenaba con gas, se les mataba tras horribles sufrimientos.

—No es cierto. No tiene ni idea. La muerte por gaseamiento era rápida, segundos de agonía, y en nada comparable a otros sistemas de ejecución que Hoess rechazó. El comandante se enfrentó a problemas técnicos de una gran envergadura.

Los fusilamientos masivos, que se utilizaron en un primer momento, resultaban costosos y sangrientos porque teníamos que emplear armas de fuego. Los fusilamientos no representaban el medio apropiado por los altos costes de la munición, el ruido de los disparos y el estrés psíquico que producían en los hombres de las SS encargados de llevarlos a cabo. Hoess detestaba la sangre porque no había estado en el frente, era un hombre de retaguardia, un burócrata eficaz. Como consecuencia, las SS decidieron poner en práctica la eliminación por veneno, que era inyectado a los presos, pero seguía siendo una tarea larga y laboriosa. El descubrimiento de las propiedades del Zyklon B, que exterminaba los piojos de la ropa, fue un verdadero bálsamo para todos. Yo odiaba estar en los piquetes de ejecución, créame, no es nada agradable dar el tiro de gracia a alguien que permanece tendido en el suelo desangrándose. En enero de 1942, en Birkenau, en una granja reformada situada dentro del terreno del campo de concentración Auschwitz-Birkenau, se produjo el primer ensayo de un programa que técnicamente era perfecto y que iba a facilitar las cosas. El Zyklon B nos quitó un enorme peso de la cabeza, hizo viable una operación que parecía imposible. Digamos que ese gas letal hizo más dulce la operación diseñada en Berlín el 20 de enero 1942, en la Conferencia de Wannsee, en donde se tomó la decisión drástica contra los asociales.

—En donde estaban Reinhard Heydrich y Adolf Eichmann.

—Sí, así es. Heydrich fue quien diseñó la operación, Eichmann redactó el acta. Se estaba decidiendo la suerte de once millones de judíos.

—Habla de asesinatos masivos, Herr Meissner, como asuntos de logística.

—Técnicamente era muy complejo. Había que eliminar, pero era necesaria una cierta discreción. Hoess se abrazó al Zyklon B.

—En Auschwitz tuvieron lugar espantosos experimentos médicos. Varios de los setenta o más proyectos de investigación médica llevados a cabo por los nazis, entre otoño de 1939 y primavera de 1945, tuvieron lugar en Auschwitz. Estos proyectos incluían experimentos realizados con seres humanos contra su voluntad, y se empleó, al menos, a siete mil personas, basándonos en los documentos existentes y los testimonios personales; sin duda hubo muchos más que fueron utilizados sin que quede ningún documento o testimonio.

—Se consideraban adecuados para el Reich y resultaron positivos en cuanto a la prevención de enfermedades o la erradicación de malformaciones. Tenga en cuenta que esos experimentos se solían hacer con seres enfermos. Unos doscientos médicos alemanes participaron en los experimentos de los campos de concentración, encargándose de las *selektionen* para la investigación, y le puedo decir que mantuvieron lazos profesionales estrechos con el resto del colectivo médico de la nación, y usaron las universidades e institutos de investigación de Alemania y Austria para su trabajo. No sé si me entiende lo que le quiero decir: que toda Alemania estaba involucrada en el gran proyecto del Führer.

—¿Cuál era la dinámica de esos experimentos?

—El doctor Ernst Robert Grawitz, Oficial Médico Jefe de las SS, recibía todas las peticiones de autorización de un experimento, y pedía dos opiniones antes de presentárselas a Himmler con su recomendación. Grawitz recurría al doctor Karl Gebhardt, el médico personal de Himmler, para una opinión, y a Richard Glücks y Arthur Nebe para la

otra. Después le pasaba su informe a Himmler, que tenía un gran interés en los experimentos y con frecuencia intervenía en su desarrollo. No se dejaba nada al azar ni a la improvisación.

—¿Qué tipo de experimentos se llevaban a cabo?

—Los experimentos se llevaron en aras del desarrollo de la ciencia y para llevar a cabo ciertas investigaciones antropológicas. Había tres grandes clases de experimentos. La Luftwaffe realizaba experimentos en Dachau y otros lugares sobre supervivencia y rescate, incluyendo investigaciones sobre los efectos de la gran altitud, las bajas temperaturas y la ingestión de agua de mar. El tratamiento médico era la segunda clase, y tenía que ver con la investigación en el tratamiento de heridas de guerra, ataques con gas, y la formulación de agentes inmunizadores para tratar enfermedades contagiosas y epidemias. Finalmente, había una tercera clase de experimentos raciales, incluyendo la investigación sobre enanos y gemelos, la investigación serológica y el estudio del esqueleto.

—Utilizaban cobayas humanas que luego asesinaban.

—Iban a morir de todas maneras, duraban menos, pero morirían y, mientras tanto, prestaban un servicio a la sociedad.

—He tenido acceso a una serie de informes que demuestran la existencia de un tráfico de cadáveres con fines experimentales, lo que hace suponer que se asesinaba a prisioneros de Auschwitz para suministrar cuerpos: «Berlín, 2 de noviembre de 1942.

Secreto. Al Obersturmbannführer de las SS doctor Brandt. Querido Camarada Brandt: Como usted sabe, el Reichsführer de las SS ordenó hace un tiempo que se proporcionara al Hauptsturmführer de las SS profesor doctor Hirt todo lo que necesite para sus investigaciones —ya he informado al Reichsführer de las SS de este asunto—; se necesitan ciento cincuenta esqueletos de prisioneros o judíos, y el campo de

concentración de Auschwitz es el que ha de proporcionarlos. Con saludos de camaradería, Heil Hitler, suyo atentamente, Sievers». El segundo documento es un informe realizado por el profesor Hirt: «Respuesta a: suministro de cráneos de comisarios judeobolcheviques para su estudio científico en la Universidad de Estrasburgo». Cito: «Se dispone de amplias colecciones de cráneos de casi todas las razas. Solamente en el caso de los judíos no hay suficientes cráneos disponibles para la ciencia como para que el trabajo con ellos permita llegar a conclusiones seguras. La guerra en el Este nos ofrece ahora la oportunidad de resolver esta deficiencia. Con los comisarios judeobolcheviques, que pertenecen a un repulsivo y característico tipo de subhumano, tenemos la posibilidad de elaborar un documento científico fiable al hacernos con sus cráneos».

—No tengo ningún comentario que hacerle, solo le diré que esos experimentos fueron beneficiosos para la ciencia médica.

—Lo que sigue a continuación —Eva esgrimió los documentos que tenía entre las manos— es el detalle de un procedimiento escalofriante para garantizar la provisión de esa materia prima. El sistema para asegurar esta provisión de cráneos fue ordenar a la Wehrmacht la entrega inmediata a la policía militar a todos los comisarios judeobolcheviques que capturase. La persona encargada de vigilar este material, al parecer un joven médico o estudiante de Medicina que perteneciera a la Wehrmacht, preparó una serie previamente especificada de fotografías y mediciones antropológicas de los sujetos que iban a ser sacrificados. Tras ser asesinados a sangre fría para esa macabra provisión, las cabezas de los judeobolcheviques debían ser cercenadas de tal forma que quedaran intactas y sin heridas, y una vez separadas del tronco tenían que ser enviadas, sumergidas en algún líquido de conservación, en botes bien sellados, fabricados para este fin, a la dirección indicada. Con esta

frialdad espeluznante se detalla el macabro procedimiento, relegando a los seres humanos al papel de cobayas.

—Me está hablando de anécdotas irrelevantes, señorita Steiger, y de actividades de las que no tuve ningún conocimiento y, por tanto, no puedo rebatirle.

—Pero que son determinantes para valorar el comportamiento de las SS durante la guerra de exterminio, de sus modos despiadados.

—Su partidismo, señorita Steiger, no casa con su profesión periodística. Odia a los nazis, a Hitler, a aquella Alemania que no pudo ser y hurga en el basurero. Hable también de lo positivo, del nivel económico que consiguió el Tercer Reich.

—¿Qué me dice de los experimentos llevados a cabo por el profesor Cari Clauberg?

—Clauberg era una eminencia reconocida. Llevó a cabo experimentos sobre esterilización, tanto en Auschwitz como en Ravensbrück, inyectando sustancias químicas en vientres durante exámenes ginecológicos normales. También en Estados Unidos se realizaron pruebas pavorosas con la población reclusa para medir la fuerza letal del arma nuclear. Pero ellos no han perdido ninguna guerra, no tienen que dar explicaciones al mundo acerca de Hiroshima o Nagasaki.

—Miles de mujeres judías y gitanas sufrieron ese tratamiento.

—Clauberg trató de responder a la pregunta de Hitler de cuánto tiempo llevaría esterilizar a mil mujeres, y le informó de que, con los métodos que había desarrollado, un equipo formado por un médico y diez asistentes podría hacer el trabajo en un día.

—Pero las inyecciones destruían totalmente las membranas del vientre y dañaban seriamente los ovarios de las víctimas, que eran después

extirpados y enviados a Berlín para probar la efectividad del método. Las pacientes morían después de sufrir espantosos dolores.

—Moría la gente en el frente, en las ciudades, en la retaguardia. Le repito: es irrelevante lo que me pregunta.

—¿Qué me puede decir de la doctora Mandel?

—Venía de Ravensbrück, un campo de concentración femenino a noventa kilómetros de Berlín. No sé más de ella salvo que era austríaca y amaba con delirio la música.

—Dirigió el campo de mujeres de Auschwitz. Las prisioneras la llamaban «la bestia». Por su participación en las selecciones para la cámara de gas y los experimentos médicos, y por las torturas que infligió a incontables prisioneros, fue condenada a muerte en 1947 como criminal de guerra. ¿Melómana? Sí, ordenaba a la orquesta que tocara mientras ahorcaban a los sentenciados.

—Me consta que trataba humanamente a sus presas, sobre todo a las que tenían conocimientos musicales.

—¿Cómo puede decir eso si asesinó a quinientas mil mujeres de etnia judía y gitana y a presas políticas?

Günter Meissner suspira y se cubre un instante la cara con las manos.

—Viene aquí extraordinariamente documentada, con un montón de datos que no son contrastables, que son aproximativos. ¿Quién le ha dicho todo esto? ¿Los libros? ¿Ese famoso Internet propagador de mentiras? Yo estuve allí, señorita Steiger, y le puedo decir que solo el diez por ciento de lo que dice se aproxima a la verdad.

—Negar la evidencia es una de sus armas. ¿No es cierto? Sí, por supuesto que vengo documentada, porque es mi obligación, por

supuesto que durante meses he estado removiendo archivos de toda clase, de Auschwitz y de todos los campos de exterminio y he recabado información al estado de Israel, al museo del Holocausto, porque es mi obligación.

—Mire, todos, absolutamente todos, estábamos dentro del engranaje. Y la doctora Mandel, le repito, era una de las más condescendientes que pasaron por Auschwitz: creó una orquesta, puso un poco de humanidad en el infierno de la guerra. En marzo de 1942 se estableció en el campo central Auschwitz I la primera sección para mujeres, separándola del campo de hombres por un muro de ladrillos de dos metros de altura. Las primeras presas fueron unas mujeres procedentes de Ravensbrück que llegaron con la doctora, y poco más tarde fue desmantelado y las mujeres fueron trasladadas a Birkenau.

—Para ser exterminadas. ¿Cuántas mujeres fueron asesinadas?

Günter Meissner se revuelve incómodo en su asiento mientras medita la respuesta.

—Serían entre cuatro y siete mil las mujeres sometidas a tratamiento, casi todas ellas enfermas terminales, por lo que se trató de un acto de eutanasia masiva, de ahorrarles sufrimientos innecesarios y economizar gastos, pues de todas maneras iban a morir. El primer campo de mujeres en Birkenau pronto se quedó pequeño, de forma que tuvo que ser ampliado aprovechando una parte de las instalaciones que hasta aquel momento habían sido destinadas a los hombres. En 1944 fue de nuevo ampliado con otras partes del campo de hombres. Tuvimos un problema organizativo que resolvimos de la mejor forma posible. En Birkenau solo se encontraban internadas unas pocas presas políticas alemanas, de forma que el campo disponía de muy pocas funcionarias, por lo que tuvimos que recurrir a las prostitutas alemanas y a unas pocas

judías eslovacas que disfrutaban de un estatus especial pese a ser *untermenschen*.

—¿Untermenschen?

—Seres humanos inferiores.

—Y llegamos al doctor Mengele que promovió experimentos médicos con prisioneros, especialmente con enanos y gemelos. Se dice que supervisó una operación en la que dos niños gitanos fueron cosidos el uno al otro para crear gemelos siameses; las manos de los niños sufrieron graves infecciones en los puntos en los que unieron las venas, se gangrenaron. La única evidencia directa de estos experimentos proviene de un grupo de supervivientes y de un médico judío, Miklos Nyiszli, que trabajó con Mengele como patólogo. Mengele sometía a sus víctimas —gemelos y enanos a partir de dos años de edad— a exámenes clínicos, pruebas sanguíneas, rayos X y mediciones antropológicas. En el caso de los gemelos, hacía perfiles de cada gemelo para compararlos. También inyectaba a sus víctimas diversas sustancias, y echaba productos químicos en sus ojos, intentando cambiar el color de estos.

—La intención de Mengele era establecer las causas genéticas del nacimiento de gemelos para facilitar la formulación de un programa que doblara la tasa de nacimiento de la raza aria. Todos sus trabajos iban destinados al mejoramiento racial. Los experimentos que llevó a cabo el doctor hubieran sido de una importancia crucial si aquella guerra se hubiera ganado porque habría multiplicado el número de arios en Europa. Mengele se adelantó a su época. ¿Acaso no se quieren clonar ahora seres humanos para evitar que sufran malformaciones?

—El mismo les mataba inyectándoles cloroformo en el corazón para después realizar exámenes patológicos comparativos de sus órganos

internos. Los experimentos con gemelos afectaron a ciento ochenta personas, tanto adultos como niños.

—Pero olvida que su monstruo Mengele también realizó un gran número de experimentos en el campo de las enfermedades contagiosas, fiebres tifoideas y tuberculosis, para averiguar cómo los hombres de distintas razas podían enfrentarse a estas enfermedades, para salvar vidas humanas y mejorar las existentes. Como siempre, su visión, señorita, es sesgada.

—Utilizando a gemelos gitanos para este fin. Los experimentos de Mengele supeditaban la investigación científica a los fines racistas e ideológicos del régimen nazi. No le interesaba el hombre en sí sino el hombre ario. Sus experimentos médicos conllevaban el asesinato de sus pacientes.

—Mengele murió en Paraguay. ¿Qué importa ya? Einstein inventó la bomba atómica y todo el mundo le adora. Claro, porque era judío. ¿Para qué remover todas estas historias?

—Para fundamentar la naturaleza criminal del régimen nazi. Señor Meissner,

¿qué pasó con el tren de los niños?

—Mi querida amiga, la veo especialmente interesada en las anécdotas morbosas.

¿De qué niños me habla?

—Llegó un tren a Auschwitz con cuatro mil quinientos niños y sus madres.

Guardó silencio unos momentos mientras suspiraba. Luego se revolvió con cierta incomodidad en su asiento, cuando contestó.

—Sí, lo recuerdo. Venían de Cracovia.

—¿Qué fue de ellos?

—Fueron apilados en camiones.

—¿Para qué?

—Para ser llevados a las cámaras de gas.

—¿Lloraban? ¿Gritaban?

El rostro desencajado de la periodista contrastaba frente al rostro inmutable del entrevistado. Günter Meissner voló al pasado, a una gélida noche, a ese transporte fantasmal entrando en la estación de Auschwitz entre nubes de humo, abriendo las puertas y vaciando el cargamento humano ruidoso, implorante. Madres congeladas que apretaban sus retoños entre sus brazos, que protegían entre sus miserables trapos a infantes que ya eran cadáveres. Le molestaba esa turba, y le molestaba que hubiera llegado a esa hora intempestiva, que le hubieran sacado de la cama. Se paseaba entre los niños y sus madres con la fusta entre las manos. Gritaba a derecha e izquierda y los guardianes de las SS descargaban golpes terribles de culata sobre los cráneos de algunas madres. Ya nadie gritaba. Ya reinaba un silencio sepulcral que acrecentaba el rugido incesante del horno crematorio cercano, ese mugido de bestia insaciable que devoraba todo lo que le echaban. Y dio la orden de separar a las madres de los niños y de que estos fueran amontonados como simples mercancías en la cabina de carga de los camiones que esperaban transportarlos a las cámaras de gas.

Los cogieron como carne, los estrujaron entre las manos, los golpearon contra la carrocería del camión, los lanzaron agonizantes como fardos a su interior y abrieron fuego contra las madres que se

rebelaron por no compartir el destino de sus vástagos. Empezó a hablar y su voz era neutra, su mirada muy fría.

—Sí, se quejaban, protestaban. Trataban de escaparse algunos y había que correr detrás de ellos.

—¿Qué edades tenían?

—Siete, doce años.

—Como sus nietos.

—No confunda las cosas. Eran judíos. Sí, niños, pero crecerían y serían judíos.

Eran la mala simiente. Eso es lo que creíamos entonces, quizá estábamos equivocados, pero toda Alemania lo estaba, toda Alemania sabía qué se estaba haciendo con los judíos, no seamos hipócritas, y miraban hacia el otro lado. ¿Cree que la gente no sabía lo de los hornos crematorios? Aquellas columnas apestosas de humo eran vistas por todos, hasta por los aliados que nunca bombardearon el campo a pesar de conocer exactamente su ubicación. No merecíamos su atención, nos dejaron acabar nuestro trabajo. ¿Qué hacía el vecino cuando la Gestapo deportaba a una familia judía y ya no se volvía a saber más de ella? ¿Protestaba? No, claro que no, se quedaba con su casa.

—¿Qué hacían con los niños de ese tren de Cracovia?

—Los atrapábamos y los arrojábamos a los camiones.

—Como ovejas.

—Sí, no eran niños para nosotros en aquellos momentos, no los veíamos así.

—Muchos morían por los golpes.

—Cierto. Los cogíamos por las piernas y los lanzábamos al interior del camión.

Algunos morían del golpe, con el cráneo fracturado. Pero hubieran muerto después en la cámara de gas.

—¿Se da cuenta señor Meissner, de que está hablando de niños? ¿Se da cuenta de que fue un asesino de niños?

—En Auschwitz, mi querida señorita, no éramos muy respetuosos con los derechos humanos. Ese concepto vino después.

—¿Y no siente nada?

—Nada. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que no puedo dormir por las noches? ¿Que no puedo conciliar el sueño? ¿Que he intentado suicidarme? Pues no, mi buena amiga. Nada. No me conduciría a ninguna parte expresar arrepentimiento de algo que hice. Investiguen con la misma lupa lo que hizo Stalin en su Gulag, o los crímenes execrables de Estados Unidos en Vietnam. ¿Por qué siempre hemos de ser nosotros los villanos de la función?

—¿Considera que obró correctamente?

—Hice lo que tenía que hacer, cumplí con mi deber.

—¿Es consciente de que muchas de sus víctimas que han sobrevivido viven en un infierno permanente a causa de sus secuelas mientras usted disfruta de una vida holgada, tiene dinero, posesiones, familia, etc.? ¿Es eso justo? Ni usted ni los siete mil miembros de las SS al cuidado de los campos de exterminio fueron juzgados como criminales de guerra. ¿Por qué?

—Solo éramos culpables de obedecer. Yo creía que obraba correctamente. En tiempos de guerra se hacen cosas que serían impensables en tiempos de paz. Y el dolor es extensivo a todos los bandos. ¿Sabe

cuántos familiares míos fueron asesinados por los rusos? Más de treinta entre tíos, primos, sobrinos, y no en el campo de batalla precisamente, sino en la retaguardia, violadas antes si eran mujeres.

¿Acaso eso no es horrible, no es un crimen? Se tiende a magnificar el sufrimiento de ingleses, norteamericanos, rusos, polacos, y a minimizar el de los alemanes. ¿No perdimos hijos, acaso? ¿No mataron a nuestras madres, violaron a nuestras hermanas? Los franceses, los ingleses, los norteamericanos pueden enorgullecerse de sus muertos, de que lo hicieron por una causa justa, y ahí están sus cementerios militares para honrarlos, sus miles de cruces blancas bañadas por el aire salobre de Normandía, honrados por los presidentes de turno de las potencias aliadas. ¿Qué ocurre con los caídos alemanes? ¿No lucharon por Alemania, por defender su tierra cuando era atacada por los dos flancos? Pero somos demonios, vampiros sangrientos, monstruos, los malvados sin entrañas y sin escrúpulos de todas las películas en una visión de la historia en que solo hay dos colores, el blanco o el negro, pero se olvidan del gris, de los matices. Hay que pasar página, dejar a un lado las lamentaciones y actuar en positivo para que una situación así no se repita —hizo una pausa y comprobó el efecto de sus palabras en su interlocutora—. Me vanaglorio, me enorgullezco, de mi actuación en el frente del Este, no de lo que sucedió luego. Pero sucedió y se hizo aquello de una forma organizada, sin fallos, con esa mentalidad alemana que busca el perfeccionismo. Actuaba sin replantearme nada. Había un trabajo que hacer y había que hacerlo rápido, lo mejor posible.

—¿Es justo que usted sea feliz con la cantidad de desgracia que ha causado?

—Me lo he ganado todo con mi esfuerzo. Soy un luchador nato, renazco desde la derrota.

—¿Por qué no le condenaron?

—Porque cumplí con mi deber.

—Le cito algunas de las cifras monstruosas que se esgrimieron en el proceso de Nuremberg contra su jefe Hoess, que en 1923 ya estuvo implicado en un asesinato y fue condenado a cadena perpetua, quedando libre como resultado de una amnistía general en 1928. Las debe de conocer, pero yo se las recuerdo —abrió una carpeta de plástico duro, negra, extrajo un papel mecanografiado, se dispuso a leer ante la mirada de indiferencia de su entrevistado—. «El proceso de Nuremberg condenó a muerte en la horca a su comandante Rudolf Hoess, acusándole de la muerte de: a) alrededor de trescientas mil personas encerradas en el campo en calidad de prisioneros inscritos en el registro del campo; b) alrededor de cuatro millones de personas, principalmente judíos, que fueron llevados al campo en furgones procedentes de diversos países, con el objeto de ser directamente exterminados y que, por esta razón, no figuraron en el registro; c) alrededor de doce mil prisioneros de guerra soviéticos, encerrados en el campo de concentración contraviniendo las prescripciones del derecho internacional sobre el régimen de los prisioneros de guerra; por asfixia en las cámaras de gas habilitadas en el campo, por fusilamiento y, en casos particulares por ahorcamiento, por inyecciones mortales de fenol o a causa de experiencias médicas que provocaban la muerte, por la privación sistemática y gradual de alimentos, por la creación en el campo de condiciones de vida especiales que ocasionaban una mortandad general, por el trabajo excesivo impuesto a los prisioneros y por la manera bestial de tratarlos, causando la muerte instantánea o graves lesiones corporales. El tribunal de Nuremberg le acusó también de crueldad física y moral contra sus prisioneros y del saqueo de sus bienes. Durante su juicio el acusado describió, con el nulo apasionamiento de un robot, cómo gradualmente había aumentado el número de ejecuciones, empezando con unos pocos centenares al día para después, cuando los métodos se habían perfeccionado, subir a mil

doscientos. A mediados de 1942, las instalaciones habían alcanzado la capacidad suficiente como para eliminar a mil quinientas personas en un ciclo de veinticuatro horas con los hornos más pequeños, y hasta dos mil quinientas con los mayores.

Hacia 1943 se logró un nuevo pico diario de doce mil. Según todas las fuentes, en Auschwitz murieron cerca de cuatro millones y medio de personas, en su mayoría gaseadas o quemadas, como se ha dicho, pero también fusiladas, unas veinte mil, ahorcadas y en accidentes provocados. Unas trescientas mil murieron de enfermedad, agotamiento y desnutrición». Su jefe Hoess dijo antes de ser ejecutado:

«Por voluntad del *Reichsführer* de la SS, Auschwitz se convirtió en la mayor instalación de exterminio de seres humanos de todos los tiempos. Que fuera necesario o no ese exterminio en masa de los judíos, a mí no me correspondía ponerlo en tela de juicio, quedaba fuera de mis atribuciones». Y a continuación: «Si el mismísimo Führer había ordenado la solución final del problema judío, no correspondía a un nacionalsozialista de toda la vida como yo, y mucho menos a un comandante de las SS, ponerlo en duda». ¿Hace suyas sus palabras?

—Hoess era un buen nacionalsozialista, un buen patriota que actuó dentro de la ley y cumplió como soldado, sin cuestionarse la idoneidad de lo que hacía, las órdenes.

—Fue ejecutado y colgado como criminal de guerra.

—Es lo que lleva perder las guerras: unos tienen que dar cuenta de sus actos mientras otros se vanaglorian de ellos. Pero con respecto a todas esas cifras que me ha dicho antes, esa estadística que esgrime, le voy a decir que creo que esos datos que usted maneja son falsos. No niego masacres, actos inhumanos y un excesivo celo por parte nuestra con respecto a los prisioneros, pero estábamos en guerra y los parámetros que

rigen la sociedad en tiempos de paz no sirven. Los juicios de Nuremberg fueron terriblemente parciales, como usted reconocerá, fue un juicio de los vencedores hacia los vencidos, se nos observó con lupa, se nos castigó, pero se pasaron por alto las muchas atrocidades cometidas por los aliados, el bombardeo de Dresde, por ejemplo, las violaciones masivas de alemanas por parte del Ejército Rojo de Stalin, las atrocidades norteamericanas de Hiroshima y Nagasaki. No me sirven de mucho los datos parciales y sesgados que usted maneja.

—¿Volvería a actuar del mismo modo?

—Sin duda, si las circunstancias fueran las mismas. Mire la naturaleza. ¿Alguien siente piedad cuando un león descuartiza a un ñu? Nacimos en un mundo cruel y había que luchar para sobrevivir y para que los nuestros vivieran en el mejor de los mundos posibles. ¿Que esto tuvo un coste para otros pueblos? No lo niego, pero había que decidir entre ellos y nosotros, fríamente, y optamos, como patriotas, por nosotros. Y la vida, querida e ingenua amiga, siempre tiene el mismo guión. ¿Qué hacen hoy los norteamericanos en Irak? Matan y torturan por cuestiones geoestratégicas, por controlar los mayores recursos del planeta, y lo hacen porque son fuertes, porque la fuerza es mucho más poderosa que la razón, la fuerza es ciega mientras la razón es cobarde.

—¿No se arrepiente de nada? ¿No hay nada que no hubiera cambiado?

—Sí, me arrepiento de no haber dedicado más tiempo a mi familia, y haber perdido esa guerra.

—Bien. Muchas gracias, señor Meissner por su testimonio.

—Gracias a ustedes. Espero haber puesto un poco de luz en algo sobre una época sobre la que se han dicho toda clase de barbaridades sesgadas y ha primado la pasión sobre la razón.

—¿No era usted el mayor bárbaro?

—Era simplemente un patriota que amaba a Alemania, querida Eva.
¿He de purgar pena por eso?

—Conductas como la suya hacen que gente como yo y todo buen nacido se avergüence de ser alemán, de que nos estremezcamos de horror cuando un extranjero nos pregunta sobre el Holocausto.

Capítulo 6

Del montaje final decidieron suprimir un buen número de planos. Las experiencias bélicas de Günter Meissner cayeron, pese a las protestas de Eva Steiger que aducía que resultaban esclarecedoras para definir al personaje. Y lo mismo sucedió con la mayor parte de las opiniones de la periodista. Andreas Küntzler, director de informativos y programas culturales de la ZDF, la llamó y Eva Steiger cogió el avión para reunirse con él en la sede central de la Zweites Deutsches Fernsehen en Mainz-Lerchenberg.

—No soportaría que el programa cayera —le dijo a Kelmer, el realizador, antes de partir.

—No te hubiera llamado entonces.

El despacho del directivo, sito en una sexta planta de un aséptico edificio acristalado de quince alturas, tenía unas bonitas vistas sobre Maguncia. Desde los amplios ventanales, la panorámica era como un cuadro nevado de Brueghel a aquella hora de la mañana en la que el sol aún no había conseguido fundir el mar de nubes que se cernía sobre la ciudad en donde moría el Main para engrosar con su caudal el Rin. El ejecutivo no la hizo esperar.

—¿Un café?

—Gracias.

Durante un par de minutos permanecieron sentados, separados por una aparatosa y atestada mesa metálica, frente a frente, sin decir nada y esquivando las miradas. Andreas Küntzler había aterrizado en la cadena después de un pasado conflictivo en Los Verdes, y de su radicalismo de antaño quedaba su aversión a usar corbata y la devoción por los jerséis de cuello de cisne como ese negro que llevaba y estilizaba una envidiable figura teniendo en cuenta que cumplía en el próximo mes de marzo los sesenta años. Tomaron las tazas y bebieron. Las dejaron por la mitad.

—¿Bien el viaje?

—Se movió algo el avión.

—Me gustaron mucho tus reportajes sobre Irak. Una mujer valiente. Si no te lo dije antes, te lo digo ahora: nos llovieron las felicitaciones. Ahora no te enviaría. Caen como chinches los periodistas en ese infierno, tanto por el fuego enemigo como por el amigo. Aquello se ha convertido en una ciénaga para periodistas.

—Yo creo que tampoco volvería. Los muertos de Irak pronto dejarán de ser noticia.

—Vayamos al grano. No sé cómo debo decírtelo. Me vas a perdonar si me pongo un poco pedante o si soy agresivo —empezó a hablar el director mientras jugueteaba con un lápiz y Eva permanecía tensa, sentada enfrente de él, algo mareada después de un accidentado vuelo desde Múnich—. El periodismo tiene una serie de preceptos, y uno de ellos es que un periodista no debe implicarse en lo que informa, que un periodista es, a lo máximo, un testigo de lo que sucede a su alrededor y nunca debe intentar modificarlo, como el realizador de documentales sobre la sabana africana, que no intenta salvar de las garras del león a la

indefensa cría de impala; un periodista debe hacer gala de su estricta neutralidad, algo que ya rompiste cuando estabas en Irak, y que vuelves a hacer ahora entrevistando a tu monstruo. Hay que saber deslindar información de opinión. He visto un montaje previo, y me parece un trabajo excelente, de lo más digno que ha salido de esta cadena, un ejercicio de responsabilidad con nuestros telespectadores, especialmente los de tu generación, los más jóvenes, de higiene democrática hacia nuestro detestable pasado. Pero dicho esto, también te voy a explicar todo lo que de negativo veo en tu trabajo. No hace falta que subrayes la conducta criminal del personaje, eso resulta obvio, me sobra, Eva; serán los telespectadores los que saquen sus propias conclusiones cuando lo oigan. En la entrevista te comportas como si estuvieras en medio de un duelo personal con Herr Meissner, una batalla privada, y no queremos ver peleas, como tampoco que nos alecciones sobre conductas morales. Te diré más, he recibido una llamada suya de queja; ha estado muy educado pero se le notaba bastante enojado y me ha dicho haberse sentido engañado e instrumentalizado.

—Era imposible permanecer neutral, Andreas —acertó a decir Eva Steiger—. He conocido a tipos criminales, violentos, a asesinos de la guerra de Bosnia, pero nunca a una persona tan cínica, tan fría como ese individuo. Sí, puede que tengas razón, que tengo la piel muy fina todavía.

—En resumen: que no vamos a dar buena parte de tus intervenciones, pero vamos a mantener casi íntegras las respuestas. De algo habrá servido tu virulencia a la hora de entrevistarle: le has provocado y ese hombre ha dicho cosas que seguramente callaría en otras circunstancias. Espero que no te importe.

—No me importa —dijo Eva, levantándose y yendo hacia la puerta—. No soy ninguna estrella televisiva, no voy a estar pendiente de mis planos. Y además, no soy fotogénica.

—Una pregunta. ¿Por qué el superviviente de Auschwitz se negó a mostrar su rostro?

—Por dignidad. No quiere dejar constancia física de su dolor. Nos costó mucho que accediera a ser entrevistado, y la entrevista resultó para mí durísima.

—Lo creo. Vamos, lo he visto. Pero hay una cosa que no deja de llamarme la atención, un detalle curioso que me deja perplejo. El veredicto, fíjate bien, se muestra, hasta cierto punto, orgulloso, y su víctima se esconde, como avergonzada. Tendría que ser al revés. La víctima aparece manchada por el delito que se ha cometido contra ella mientras el delincuente aparece relajado. Habría que reflexionar sobre ello.

Andreas la acompañó hasta la puerta de su despacho e inclinó su casi metro noventa de estatura para dar un beso a su más joven colaboradora en la mejilla.

—¿Sabes una cosa? Estoy seguro de que va a ser una bomba, un verdadero éxito.

Y tú serás la responsable.

Las cosas en televisión funcionaban así. Había que ensamblar la entrevista al magnate del acero con imágenes de documentales sobre el Tercer Reich y el Holocausto que se ofrecerían como violento contrapunto a lo que decía el teniente de las SS de Auschwitz. Cuando Eva Steiger le preguntaba a Günter Meissner si no se arrepentía de nada, si no experimentaba remordimientos por todas las atrocidades que había cometido, se insertaba un elocuente plano de una excavadora arrojando

cientos de cuerpos, literalmente en los huesos, a una gran fosa común, o el humo de las chimeneas de los hornos crematorios, el símbolo de la industrialización de la muerte.

—Solo queda un último detalle antes de emitirlo. La fecha indicada será el aniversario de la liberación de Auschwitz por el Ejército Rojo. ¿Qué te parece?

Eva Steiger miraba al Gordo Kelmer con aprensión. Se había manipulado su trabajo, se había partido la entrevista dotándola de un mayor efectismo, como si las palabras dictadas con esa frialdad absoluta e inhumana por ese verdugo de modales impecables no fueran lo suficientemente horribles para helar la sangre de los telespectadores.

—La fecha me parece correcta.

—Querida Eva, no te enfades. Un documental para televisión nunca debe tener más de dos horas de duración o debemos darlo partido, y yo creo que este se debe dar íntegro, en horario *prime time*, después de las noticias. Tu trabajo como entrevistadora ha sido excelente, y tu estómago extraordinario. Yo no hubiera podido permanecer impasible ante ese tipo. ¿Cómo pudiste contenerte?

—Soy profesional. Pero Andreas me ha reprochado mi partidismo. El nazi, al parecer, también ha descolgado el teléfono para quejarse.

—¿Y no te entraron ganas de matarle?

—Pasó algo curioso. Mi desprecio hacia él me salpicó directamente. Esta entrevista me ha hecho sentirme culpable. La de Günter Meissner ha sido un poco una voz acusadora, delatora, de nuestra ineficacia, de nuestra indiferencia hacia el horror, de la espantosa hipocresía que a todos nos concierne.

—¿A qué viene eso?

—Günter Meissner hacía el trabajo sucio, se manchaba las manos de sangre, pero otros, quizá tu padre o el mío, miraban en aquellos momentos para otro lado o se aprovechaban de la situación en que habían caído los judíos. Es muy fácil achacar la culpa de lo sucedido a un personaje nefasto, la reencarnación del mal, Adolf Hitler, o a una secta diabólica, el nazismo. Es una simplificación. Lo que sucedió fue producto de una enfermedad del pueblo alemán, de una borrachera de odio étnico, de nuestro delirio imperialista hábilmente azuzado, pero no por ello somos menos culpables como pueblo ni creo que en un futuro podamos sacarnos esa lacra de encima.

—Quizá tengas razón, pero ¿a qué conduce revisarlo todo?

—A que otro crimen de esa clase no sea posible.

—Ruanda.

—Está en África.

—Bosnia. Tú estuviste. ¿Cuántos años?

—Me rindo a la evidencia. Lo de ex-Yugoslavia fue espantoso, pero no de esa extraordinaria magnitud. En la medición del horror la estadística no resulta una frivolidad.

—Pero a lo que iba, Eva. Tendrías que hablar con tu querido señor Meissner. Es una cuestión de mecanismo.

—¿Otra vez? ¿Para qué?

—No hace falta que le veas, llámale. Tienes que preguntarle si quiere que distorsionemos su voz o su imagen o prefiera dar la cara.

—El quiere dar la cara. ¿No te has dado cuenta? Se siente hasta orgulloso de lo eficaz que llegó a ser como verdugo.

—Pero debes preguntárselo.

—De acuerdo, lo haré.

—Y debe enviarnos un documento firmado de su puño y letra. No quiero problemas luego.

Cuando Eva llegó a su apartamento, situado en Schafferstrabe 114, Pete estaba en la pequeña cocina condimentando un *goulash* de olor apetitoso.

—Hola, cariño. ¿Eso que huele es para mí? —preguntó dejando el abrigo colgado detrás de la puerta.

—Y para mí. ¿Cómo va el documental?

—Se va a emitir el día 27 de enero, aniversario de la liberación de Auschwitz.

—Espero que te den el Pulitzer.

—Pero Cervezas Kelmer quiere que hable, antes de emitirlo, con ese asesino en serie.

—¿Para qué?

—Hay que preguntarle si quiere salir a pecho descubierto o bien debemos distorsionar la voz y la imagen.

—Ese hijo de puta está muy orgulloso de lo que hizo. Y hasta quizá tenga fans en este mundo enloquecido y al revés en el que nos toca vivir.

—Sí, pero de todas maneras hay que pedírselo, y ha de contestar por escrito.

—¿Por qué razón?

Eva comenzó a desvestirse pensando en una contestación. Pete entró de nuevo en la cocina y soltó una maldición.

—¡Se está quemando el guiso! ¡Maldita sea! ¿Por qué razón? —preguntó a gritos.

Eva, desnuda, se anudaba el batín y buscaba con los pies las zapatillas que debían de estar debajo de la cama.

—No sé. Imagina que lo ve alguien que le conoce. Alguien que sufrió algún tipo de vejación cuando ese tipo estaba en Auschwitz. ¿Qué harías? Imagina que Yehuda Weis, a pesar de su edad, su ceguera, su apatía por este mundo, averigua que Meissner era uno de sus torturadores.

Pete salió armado con un cuchillo de cocina.

—Abrirle el cuello, sin duda. Yo eso es lo que haría.

—Pues eso es lo que quiere evitar la cadena, no tener responsabilidad en lo que pueda pasar cuando se emita el programa. Voy a llamarle. Aunque odio hacerlo. Me produce escalofríos oír su voz.

—Creía que te había seducido el monstruo, que ibas a ir a cenar con él una noche de estas.

—Pete, no hay que bromear con las cosas serias.

—Pues tenía cierta curiosidad por saber cómo era su vino.

Se encerró en el dormitorio, se sentó en la cama, sacó del cajón de su mesilla de noche su agenda y buscó el número en la letra M. Una mujer cogió el teléfono; debía de ser una de las criadas de la mansión.

—Con Herr Meissner, por favor.

—No sé si se encuentra. ¿Quién le llama?

—Eva Steiger. Dígale que soy la periodista que le entrevistó días atrás y que es urgente.

—Un momento. Voy a ver.

La espera la puso nerviosa. Llevaba varios días, desde que grabaron la entrevista, obsesionada con ella. Soñaba con Meissner, con el campo de exterminio, con los fúnebres trenes que arribaban y desembarcaban su carga de carne presta a convertirse en humo. El asunto siempre le había horrorizado, pero conocerlo directamente a través de uno de sus verdugos había acabado traumatizándola.

—Querida amiga. ¿Qué tal?

La descolocó, una vez más, la amabilidad y locuacidad del monstruo. Herr Meissner era seductor. Su apostura juvenil se había convertido, con el paso de los años, en un modelo de distinción.

—Le llamaba por dos cosas. Una, para decirle que la entrevista se emitirá el próximo 27 de enero...

—El día que entraron los rusos en Auschwitz.

—Y otra, para preguntarle si quiere que distorsionemos su imagen y su voz a fin de que no se le reconozca.

Hubo un silencio elocuente al otro lado del hilo telefónico.

—No acabo de entenderla. Supone que me siento avergonzado. ¿No es eso? Que habrá gente que me deje de saludar, que pase de acera cuando me vea por la ciudad y todas esas cosas. ¿No es cierto? Pues me da exactamente lo mismo, no tengo nada de qué arrepentirme salvo, como ya le dije, de no haber sido capaz de ganar esa guerra.

—¿No teme que sea reconocido por algún superviviente?

—¿De Auschwitz? No, no me dan miedo. Sé la clase de gente que pasó por allí, y quien se arrastra entonces se arrastra siempre. No, no me da miedo, pero, de todas formas, le agradezco el interés que se toma por

mi seguridad. Imagino que habrá testimonios del otro lado. ¿Me equivoco?

Le había ocultado que él no era el único entrevistado del documental, que había en él otro personaje crucial para desmentir algunas de sus inexactitudes y desenmas-carar su cobardía.

—No se equivoca. La cadena necesitaría un documento manuscrito con su firma autorizando a emitir sus imágenes.

—Ajá. Se quieren ahorrar la póliza de seguros. Muy bien. Hoy mismo la redacto y se la envío. ¿Me da su dirección?

—Mejor que la envíe directamente a la cadena.

—¿Me tiene miedo, mi joven amiga?

—No me llame «mi joven amiga», por favor, que me produce un profundo desagrado.

—Está bien, como quiera. Usted cree que yo soy un monstruo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Al margen de mi profesión de periodista, como persona, opino que usted es la reencarnación del mal. El mal absoluto.

—Sueno muy grandilocuente y solemne lo que me dice. El mal absoluto —repitió, subrayándolo con el tono de voz—. ¿Es un título de novela? ¿De una ópera?

Me gustaría invitarla a cenar cuando pase todo esto, cuando se haya emitido el programa. Quiero que cambie de opinión. No espero que comparta mis ideas, eso es imposible, porque tenía que haber nacido en aquella época y haber estado en las calles de Alemania siendo testigo de acontecimientos cruciales. Usted se centra en lo oscuro, pero lo oscuro fue necesario para que prendiera la antorcha.

—Lo veo difícil. Hay personas buenas y personas malas.

—No me venga con simplificaciones infantiles, querida. El león de la sabana africana no piensa en el bien o en el mal cuando devora a un indefenso ñu. ¿Alguien le dice que es un cobarde porque se vale de su fortaleza física?

—¿Los judíos eran ñúes?

—En cierta medida, sí. Eran víctimas necesarias. Eran sobranste humano. ¿Qué hubiera hecho usted, señorita Eva Steiger, de haber nacido en 1911 y haber tenido veintidós años cuando Hitler subió al poder con los votos de la mayoría del pueblo alemán? Haga un esfuerzo y trasládese a esa época. Imagine las calles de Berlín engalanadas con las esvásticas y al Fhürer desfilando en coche descubierto entre millones de alemanes que le aclamaban o las tropas victoriosas de la Wehrmacht marchando como un solo hombre, con una disciplina perfecta, marcando el paso con sus relucientes botas que resonaban por el asfalto. ¿Qué hubiera hecho usted, señorita Eva Steiger? ¿Sería bolchevique o nacionalsocialista? Piénselo.

—Nunca me habría puesto al lado de los verdugos.

Colgó y salió al comedor cuando el *goulash* humeaba en la mesa. Pete advirtió su cara demudada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha dicho ese hijo de puta?

Se dejó caer en la silla y apoyó los codos en la mesa. El *goulash* olía de una forma deliciosa, pero no le prestó atención.

—Ese monstruo ha sembrado la duda dentro de mí. Me ha dicho que yo hubiera hecho lo mismo, que hubiera obrado igual de haber nacido en 1911. Y lo más terrible, Pete, es que quizá tenga razón. Somos... somos tan miserables y mezquinos los seres humanos...

—Ese asesino en serie sigue destilando veneno a pesar de los años transcurridos.

No le hagas caso. Comamos.

—Hitler fue entronizado de forma democrática. ¿No sería esa una razón de peso para desacreditar el sistema democrático?

—No sé mucho de historia, pero por lo que he leído acerca del tema el puto Fhürer era la pieza que los militares alemanes y los capitalistas movieron, aprovechando su don de gentes, para enmascarar los planes de guerra, es decir, los negocios. Luego todo eso se reviste de una ideología delirante, de un patriotismo excluyente, pero los grandes beneficiarios del nazismo, mi querida Eva, son gente respetable muchas de las cuales aún se sientan en los consejos de administración de nuestras empresas.

—¿Por qué? ¿Cómo fue posible?, ¿qué hizo que la llamada nación de poetas y pensadores terminara por producir uno de los mayores horrores de la historia de la humanidad? ¿De qué sirvió la inmensa cultura del pueblo alemán?

—Esa pregunta también me la hago yo —Pete empezó a beber el caldo del *goulash*—. Quizá refino ese horror. ¿No es una imagen aterradoradora los oficiales de las SS, con sus hermosos uniformes grises, con sus elegantes gorras de plato, masacrando impertérritos a hombres, mujeres y niños?

—Me da pavor lo que no entiendo. La nación alemana se convirtió en un nido de serpientes.

Cuando acabaron de cenar no quiso que Pete pasara la noche con ella. No tenía ganas de compañía masculina, ni de sexo. Pete era un personaje formidable, alguien que ella, seguramente, no se merecía.

—Buenas noches, Eva.

—Buenas noches, cariño. Y perdóname.

—Si cambias de idea a lo largo de la noche me das un toque y vengo.

Le acarició la mejilla.

—¿Por qué eres tan increíblemente bueno y comprensivo con esta loca desquiciada?

—Será que te quiero, pequeña.

A las once de la noche Eva Steiger no pudo evitar descolgar el teléfono y llamar a un número de Hamburgo. Esperaba encontrar a su interlocutor despierto y cuerdo.

No se equivocó.

—Hola, papá.

—Hola, mi pequeña revoltosa. ¿Qué es de tu vida?

—Bien. Mucho trabajo. Ya sabes lo que es la televisión, un mundo de locos siempre ajetreado y pendiente de la actualidad. Pero no me quejo. Trabajo y me gusta lo que hago.

—Claro, claro, y yo me alegro de que tengas trabajo. Lo que hiciste en Irak, perdona que te lo diga con retraso, me pareció formidable, aunque cuando lo hiciste te critiqué porque me aterrorizaba tener una hija en el ojo del huracán mientras se desataba la furia. Ahora sería peor con toda esa ola de secuestros.

—Eres muy amable, pero no era muy consciente del peligro que corría. En el periodismo de riesgo funciona la adrenalina. No dormías, ¿verdad?

—No, no dormía. Estaba leyendo *La montaña mágica*.

—Thomas Mann es mi autor preferido, pero creía que ya lo habías leído.

—Lo leí cuando tenía dieciocho años, pero es ahora cuando lo disfruto de verdad, querida, es ahora cuando capto todos sus matices. Un fin de semana podrías coger el avión y dejarte caer por Hamburgo. He hecho reformas en la casa, no la conocerías. He cambiado todo ese horrible papel que detestabas, he puesto parqué en el suelo y he arreglado la cocina.

—Lo celebro. ¿Cómo van los análisis?

—Bien, todas las pruebas que me hacen periódicamente salen correctas, sin alteraciones. Hago mucho ejercicio, bebo mucha agua, como mucha fruta y no voy con mujeres. Una vida de monje, como verás.

—Me alegro.

—Pues no deberías alegrarte, porque es bastante triste: moriré de aburrimiento. ¿Y tú? ¿Cómo te va con Pete?

—Nos vemos de cuando en cuando.

—Creía que ya vivías con él.

—Soy difícil para que alguien conviva conmigo. Me pasa lo que a ti.

—Lo mismo decía tu madre, pero yo estuve a su lado hasta el final—se detuvo y expelió un suspiro—. Tú pobre madre quería morir sola, en la montaña, como los pieles rojas que buscan un bosque como última morada. La verdad es que me cuesta mucho vivir sin ella. Solo valdramos lo que nos falta, y entonces ya es demasiado tarde. ¡La echo tanto de menos! Y eso que trato de entretenerme a diario, que soy

activo, pero ella, hija mía, está siempre presente en mis pensamientos, como si no hubiera muerto.

—Claro. Mamá era formidable. Y encaró su enfermedad con gran valentía.

—Una mujer muy valiente. Me siento orgulloso de ella, Eva, muy orgulloso. Yo soy mucho más débil, yo me hubiera derrumbado el primer día.

—Pues te llamaba, papá, por una tontería. Creerás que estoy loca, pero es una pregunta que siempre he tenido ganas de hacerte y he ido aparcando.

—Bueno. Házmela y veré si te la contesto.

—¿Qué hacías en 1933?

Un silencio al otro lado del hilo telefónico. Una respuesta desconcertada, después.

—No entiendo el sentido de tu pregunta, hija.

—¿Qué hiciste para evitar que el nacionalsocialismo llegará al poder? Estoy metida de lleno en un documental sobre ese período y quiero pulsar opiniones. La tuya es para mí extraordinariamente valiosa por lo cercana.

—No hice nada, querida. No me interesaba por la política.

—¿Qué hiciste durante la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos?

—Pues no me acuerdo. Bueno, sí, pensé que no era muy justo lo que hacían con los comercios de los judíos todos esos matones de las camisas pardas. Aquellos tipos eran realmente odiosos, vulgares bebedores

de cerveza. Reproducían al matón de escuela que siempre está atento para descubrir al elemento más débil del aula para mofarse de él.

—Pero te callaste.

—Nadie hablaba en aquella época. La Gestapo tenía ojos y oídos en todas partes. No es que te arrestaran o te pusieran una multa, es que desaparecías sin dejar rastro.

—¿Qué hiciste para evitar el Holocausto?

—No sabíamos nada de lo que estaba pasando, Eva. Fue una terrible sorpresa cuando lo supimos. Un espanto.

—Pero sabías que deportaban a los judíos, que nunca más volvían, que os quedabais con sus casas.

—Yo nunca hice nada contra ningún judío, ni me quedé con su casa —responde con enojo—. ¿A qué conduce ahora remover ese pasado, hija? La historia de todos los pueblos guarda secretos inconfesables.

—¿A quién votaste? Di. ¿A quién votaste? ¿A quién votó mamá? ¿Por qué fuisteis ambos cómplices de esa monstruosidad? —inconscientemente había elevado su voz, ya no hablaba sino que gritaba a medida que se confirmaba lo que había venido sospechado durante todos estos años.

—Eva, Eva, Eva. Por favor, cariño. Eran tiempos difíciles, la situación económica era desastrosa, había violencia y desorden en las calles, y ese monstruo, como bien dices, se presentaba como un hombre de orden. El Hitler de los años 30 no tenía nada que ver con el que vino luego: redujo el paro y restauró la autoestima nacional.

Alemania era un país en ruina. Nos engañó y luego ya fue tarde.

—Tú también. ¡Joder! Tú también. ¡Maldita sea!

Colgó de golpe y el ruido que hizo el auricular estrellándose contra la horquilla le anduvo zumbando en los oídos un buen rato. No cogió el teléfono cuando sonó, ni lo cogió después, ni siquiera descolgó cuando fue Pete el que la llamaba. Solo se decidió a abrir la puerta de su apartamento cuando llamaron insistentemente a ella.

Y un Pete congelado, con bufanda, gorro siberiano y abrigo, se coló dentro escudriñando su cara.

—Estaba asustado. ¿Por qué demonios no me cogías el teléfono?

—Me he peleado con mi padre.

—¿Por qué? —se quitó rápidamente el gorro ruso, el abrigo, la bufanda y buscó el calor del radiador.

—Votó a Hitler.

—Como todo el mundo.

—Pues todo el mundo es corresponsable de lo que hizo.

—No te digo que no. ¿Y qué quieres hacer? Deja ya de obsesionarte con ese maldito asunto. Deja a Meissner, las SS, tu padre y el Fhürer. Es el pasado y no lo vas a cambiar por mucho que te empeñes.

—Meissner tiene razón. Yo también habría actuado así, yo también habría sido de los que miraban hacia otro lado cuando deportaban a los judíos. A pesar de que los historiadores alemanes se refieran al período del nazismo como una dictadura, las masas que estaban al lado de Hitler estaban más dominadas por el fervor que por el temor. Adoraban a Hitler mientras las botas de sus soldados aplastaban los territorios conquistados, convirtiéndose en un pueblo de verdugos.

—Desengañémonos. Tan masiva fue la participación de la población alemana en el nazismo que muchos de los que ocuparon puestos bajo

Hitler debieron volver a ejercer cargos en la nueva democracia, incluyendo a los que los aliados consideraban criminales de guerra. No podía juzgarse a todo un pueblo por haber colaborado o secundado de forma entusiasta el nazismo. O sea que hay mucha hipocresía, que hay que coger la historia con pinzas y taparse la nariz porque apesta. Fueron los americanos los que contrataron a muchos criminales de guerra para que les ayudaran en sus programas armamentísticos y del espacio. Para fabricar la bomba atómica no había nazis. Pero así son las cosas, mi querida Eva.

—Todo eso es nauseabundo. Alemania no podrá reparar nunca lo que hizo, deberá vivir para siempre con esa vergüenza como una losa.

—Pero es humano.

—[Humano! —chilló, colérica.

—Lo lleva la condición humana, Eva. El Holocausto fue una gran empresa, yo diría que una empresa nacional, no la cosa de dos o tres locos. Para poner en marcha toda esa maquinaria de exterminio se necesitaron no solo verdugos sino también ingenieros, arquitectos, suministradores de sustancias. ¿Has oído hablar de Topf Söhne?

Negó con la cabeza mientras buscaba con desespero un cigarrillo que llevarse a los labios.

—Topf Söhne fue la constructora de los crematorios. Lo hicieron ellos como pudieron hacerlo otros. Emplearon su tecnología para facilitar un asesinato masivo sin tener en cuenta dilemas éticos ni ideológicos. Ni siquiera sus propietarios eran del partido sino empresarios serios y rigurosos que trataron de ser eficaces. Había que llevar a millones de seres humanos a las cámaras de gas y había que hacerlos desaparecer porque no existía suelo en donde enterrarlos. La solución a ese problema logístico la tenía Topf Söhne.

—Me revuelven las tripas esos individuos que rentabilizaban el asesinato.

—Era una empresa radicada en la ciudad de Erfurt, en el este. No solo construyó los hornos crematorios sino que ideó un sistema para purificar el aire con sistemas de ventilación avanzados y así no interrumpir la cadena de exterminio.

—¿No los juzgaron? —Eva Steiger, cigarrillo entre los dedos, abría mucho los ojos, en una muestra de incredulidad y furor.

—No, no los juzgaron. O sí, y uno de los hermanos se suicidó al acabar la guerra.

Ellos no eran nazis ni antisemitas; eran tecnócratas que se ponían al servicio del estado. Si el estado utilizaba su tecnología para el asesinato masivo, ese no era su problema. Incluso te diré que era una empresa modélica que proporcionaba a sus empleados vivienda, seguro social, pensiones y primas. Y sus ideas eran novedosas, sus ingenieros estudiaron sistemas mediante los cuales para la incineración de los cadáveres no hiciera falta otro combustible que no fuera la propia grasa de los cuerpos. Utilizó el mismo modelo de incineradoras para la eliminación de basuras o animales.

—Eso eran los judíos, los homosexuales, los gitanos, los comunistas: basura para el Tercer Reich. Somos corresponsables de toda esa mierda, nos abraza esa inmensa vergüenza. El nombre de Alemania estará indefinidamente asociado a esa atrocidad.

—Vas a enloquecer, cariño. ¡Cálmate! ¿Me quedo contigo el resto de la noche?

—Sí, pero no voy a follar.

—¿Y quién habla de follar!

Eva Steiger, llorando, buscó el abrazo de su amigo Pete. Y Pete se encontró entre sus brazos un cuerpo tibio, trémulo, estremecido de horror, que llevó hasta la cama. La estuvo acariciando hasta que se durmió.

—¿Duermes? —preguntó cuando la vio respirando relajadamente.

Contestó con un gruñido, pero sin abrir los ojos.

—Quiero casarme contigo —le dijo, en voz baja, junto al oído—. Quiero casarme con esta periodista enloquecida y tener niños rubios y gordos con ella. ¿Qué me dices?

—Que estás loco —susurró y, al hacerlo, se movieron los cabellos situados sobre sus labios, flotaron en el aire.

Capítulo 7

Cuando Yehuda Weis abrió la puerta le sorprendió la juventud de la periodista.

No relacionaba la soltura que la muchacha tuvo, cuando habló con él por teléfono, con ese físico; se había imaginado, de acuerdo con la conversación telefónica, a una mujer mucho más mayor y aquella chica que estaba situada bajo el vano de la puerta apenas había dejado atrás la adolescencia. Eva Steiger era menuda, redonda, de expresión agradable y risueña, pómulos que desaparecían bajo la carnosidad de sus mejillas, y la mirada azul. El, a su lado, evidenciaba aún más su ruina física.

—¿El señor Weis? Soy Eva Steiger de la ZDF. Hablé con usted por teléfono.

—Ya me acuerdo. Pase, pase, la casa está hecha un desastre. No sé dónde nos podríamos colocar.

Por mucho que Eva Steiger lo intentó, cuando le llamó por teléfono para solicitarle una entrevista, no logró convencer a Yehuda Weis que sería más efectivo que esta fuera acompañada de imágenes: «Si viene con una cámara de televisión no le abriré» le dijo, con determinación.

Ahora, al verle, empezó a comprender el porqué de ese deseo de solo prestar su voz como testimonio necesario. Yehuda tenía 78 años, pero aparentaba mucho más.

La precedía, por el pasillo, sirviéndose de dos muletas que manejaba con cierta soltura, pero los pies no le respondían y su deterioro físico hacía presagiar que en muy poco tiempo caería en una silla de ruedas. Su rostro era como una especie de pergamino amarillo y rugoso, y el poco pelo que cubría su cráneo le caía por la espalda y le cubría el cuello. Tenía una nariz grande, aristocrática, que sustentaba sus enormes y anticuadas gafas redondas de carey, los labios finos, los ojos pequeños detrás de los enormes cristales de las gafas. Todo en él resultaba elegante y vagamente femenino. Pero quizá lo que más le llamó la atención a la joven Eva Steiger fue el frío permanente que sufría su anfitrión, del que era una prueba evidente la gruesa bufanda que llevaba anudada al cuello, y el temblor de sus manos huesudas, delicadas, con alargados dedos de pianista.

—Quizá estaremos bien aquí.

El habitáculo en donde Yehuda Weis había vivido durante los últimos veinte años era un pequeño piso de la Karlsruestraussen, viejo y mal construido, cuyas paredes filtraban la humedad exterior y se pintaban de un irregular moho grisáceo.

Ese olor a humedad, irremediable, perseguía a Eva que acompañaba, con el magnetófono en la mano, el devenir del impedido por su piso. Finalmente, el lugar escogido para esa difícil entrevista, que había conseguido tras dos meses de arduas negociaciones, fue una pequeña salita cuya ventana daba a un patio interior sin luz.

—Perdone si no le ofrezco nada —dijo, excusándose, mientras tomaba asiento en una vieja silla de mimbre y colocaba las muletas a ambos lados, al alcance de sus brazos.

Eva Steiger tomó asiento enfrente, dejó la grabadora encima de la mesa y miró a su futuro entrevistado que rehuyó sus ojos como si todavía se sintiera víctima.

—Vivo modestamente —dijo, sin levantar la cabeza, como si contara las desportilladas baldosas rojizas que cubrían el suelo y no acababan de soldar entre ellas—. No da para más mi exigua pensión y además, señorita, estoy acostumbrado a toda clase de penurias, me río de ellas. Llega un momento que te preguntas: ¿qué más te puede pasar? Y la respuesta es: nada.

—Creo que ya le hablé, señor Weis, del objeto de este reportaje, pero de todas maneras se lo recordaré. La ZDF me ha encomendado la realización de un documental sobre nuestro oscuro y doloroso pasado conmemorando el aniversario de la liberación el Campo de Exterminio de Auschwitz. Nuestro deseo es dar a conocer lo que sucedió dentro de él, algo de lo que casi todo el mundo tiene constancia, y tratar de explicar, si es que se puede, esa monstruosa atrocidad que avergüenza a la especie humana.

Movió la cabeza, mansamente.

—Queremos dar la visión global más amplia posible, entrevistando a víctimas y también a verdugos de ese campo de exterminio.

—Está bien. Pero me perdonará si soy lento en mi hablar. Realmente estoy bastante fatigado y mi médico de cabecera me recomienda que no me altere, que me tranquilice, cosa bastante difícil, como podrá observar. Duermo poco y mal desde hace muchos años.

—Bien. Vamos a grabar.

—¿Y todo lo que diga se va a reproducir?

—No, todo no. El documental tiene una duración aproximada de dos horas.

Resaltaremos lo verdaderamente importante y novedoso de lo que nos diga.

Pulsó la tecla. La cinta se puso en marcha con un imperceptible silbido. Yehuda Weis, seguramente, no lo oyó, pero clavó sus ojos sin brillo en aquel aparato que iba a recoger su debilitada voz.

—Vayamos hacia atrás en el tiempo, señor Weis. ¿Dónde vivía usted en 1940?

—En Soltzen, una pequeña población cercana a la Alsacia francesa. Mi familia trabajaba en una fundición. Era un pueblo tradicional, católico, tranquilo. Una aldea poco grande donde todos nos conocíamos, donde las puertas no se cerraban. Hasta que llegó Hitler al poder, probablemente votado por muchos de mis vecinos, y la actitud de ellos hacia nosotros cambió radicalmente. No éramos ricos, ese mito de que los judíos atesorábamos riquezas es una vulgar patraña. Mi familia era trabajadora; mi madre fabricaba dulces y los vendía por las casas; mi hermano Salom, algo más pequeño que yo, trabajaba conmigo en la fundición. Mi padre estaba impedido. A mí aquella alegría que suscitó en el pueblo la victoria del nacionalsocialismo me llenó de inquietud, pero no podía imaginar en qué especie de locura iba a derivar esa doctrina que empezó a calar entre la población porque prometía pleno empleo para todos y les hablaba del sueño de un país grande y poderoso. En los primeros años, señorita, el lobo no enseñó los dientes, se limitó a contentar a su base social, a erradicar el desempleo mientras iba calando el mensaje de lo grande que era la nación alemana y lo humillada que

había sido por sus vecinos y se buscaba un animal que sacrificar a los dioses: nosotros.

—¿Cuándo le detuvieron?

—Podimos huir, pasar a Francia, y seguir huyendo, pero no lo hicimos. Pecamos de ingenuos. Cuando se promulgaron las primeras leyes racistas, la hostilidad de nuestros vecinos se hizo notoria. Empezaron a dejar de saludarnos, de vendernos comida, a apartarse cuando caminábamos por la acera como si fuéramos apestados.

Cuando pintaron la estrella de David en nuestra puerta empezamos a sentirnos amenazados; nos sonó aquello a episodio bíblico, como cuando Herodes marcó con sangre las puertas de las viviendas en donde había niños que exterminar. Luego, a los dos meses, la atmósfera era ya irrespirable, nos insultaban por la calle, decían que éramos degenerados, basura, la misma gente que había convivido con nuestra familia toda la vida, envenenados por la propaganda nazi. Vinieron una noche. Estábamos deliberando huir. Desde otras partes de Alemania nos llegaban noticias de alarma por parte de nuestros hermanos. Llegaron en un camión, silenciosos, bajaron de él uniformados de las SS, golpearon nuestra puerta con hachas, hasta abrirla, y nos quedamos quietos, petrificados, ante aquella gente que pisaba fuerte, que con aquel ruido de sus relucientes botas parecía querer decirte que en cualquier momento te iba a pisotear como una cucaracha. No nos miraban como a seres humanos, me di cuenta desde un principio, sino como insectos, una especie de carcoma que había invadido esa casa que iban a desalojar. Un oficial, el que comandaba el grupo, abrió fuego fríamente contra mi padre, le voló los sesos delante de mi madre, de sus hijos, y lo hizo de forma natural, sin un asomo de rabia, que eso fue lo peor... Esa fue la primera víctima del nazismo que vi: mi propio padre.

—¿Cuál fue su reacción?

La primera lágrima rueda por la mejilla árida de Yehuda Weis. Su barbilla tiembla y sus débiles dientes rechinan.

—Nada. No hubo reacción. Estábamos tan asustados, tan aterrorizados, que no nos movimos, que mi madre no se movió de donde estaba, que hasta miró hacia otro lado, hacia el lado opuesto en donde mi padre agonizaba, para no verlo, para no oírlo. Éramos ya, entonces, animales que comprendían que debían sobrevivir a la matanza.

—¿No lloró?

—No. No pude. Lo hice luego, diez años después. Diez años más tarde derramé todas las lágrimas que no salieron en aquel momento. El hombre es un ser extraño que no siempre reacciona ante los estímulos ni lo hace de igual forma. Y lloré por no haber sido capaz de saltar sobre el cuello de aquel asesino, por no haberle matado o intentado, al menos. Lloré por mi propia cobardía, señorita.

—Si me llama Eva me sentiré mucho mejor, señor Weis.

—Pues bien, Eva. Aquella noche fue larga en aquel camión que recorrió varios pueblos a la redonda para acarrear indeseables judíos cuyas viviendas ya estaban marcadas. Atestábamos el camión. Iban niños, ancianos, mujeres embarazadas, enfermos. No importaba la edad, el estado, el sexo. Nos llevaron a una estación, cuando todavía era de noche y reinaba un frío espantoso, con metros de nieve que blanqueaba la oscuridad. Y allí, en los andenes, fueron desembarcando la carga de docenas de camiones que llegaban con ese ganado infame. Allí estaban los soldados de las SS con sus botas y cascos relucientes, con sus perros rabiosos atados con cadenas, seguros de su superioridad, mientras nosotros asumíamos nuestro papel de víctimas, lo interiorizábamos con una suicida predeterminación. ¿Por qué no nos alzamos? Hubiéramos

muerto muchos, pero ¿y qué? En realidad nadie podía imaginarse cuál iba a ser nuestro destino.

—¿Adonde los llevaron?

—Fuimos en vagones de carga cerrados, con poco aire, sin agua, sin luz, sellados, como ovejas. Ahí empezamos a tener la sensación de que no éramos humanos. Allí teníamos que hacer las necesidades durante los cuatro días que estuvimos. Nos prometieron que no nos iba a faltar nada. Fueron largos días de viaje bajo temperaturas extremas. Iban los vagones atiborrados de gente, tanta que era imposible echarse en la paja que los cubría y que apestaba a mierda, a orina, a vómito, al olor de la miseria. En aquel transporte lo que hicieron fue deshumanizarnos, convertirnos en bestias, para hacer más fácil nuestro aniquilamiento. Y llegamos a Auschwitz, un gran complejo, una estructura pavorosa que era el final de una vía que no tenía camino de retorno, un monstruo arquitectónico que emergía entre la niebla. ¿Cómo podía un simple edificio aterrorizarnos, se preguntará usted? Pues aquel nos daba pavor, parecía lo que era, un inmenso complejo industrial de muerte, una fábrica siniestra en la que íbamos a ingresar como simple materia prima a transformar. Y entonces no sabíamos lo que sabemos ahora, que en el inmenso complejo de este campo funcionaron varios hornos crematorios y cámaras de gas, instalaciones donde se asesinó a unos cuatro millones de personas. ¿Se lo imagina? ¿Imagina tantísimo dolor? No es asumible.

Salimos, o caímos, en el andén, bajo focos que nos cegaban y el ladrido de perros rabiosos a los que no veíamos pero cuyos colmillos tenían un brillo amenazador en la oscuridad, dejando nuestro equipaje en los vagones, que más tarde era recogido por los presos para ser llevado al campo Kanada, el almacén del pillaje. Quedaron en los vagones los primeros cadáveres que vi, los débiles que resultaron los más afortunados, que murieron sin saber qué era Auschwitz, un siniestro lugar,

húmedo y caluroso en verano, y gélido en invierno, un escenario en el que, aunque me esfuerce, no consigo ver un sola imagen en color sino todas en un gris ceniciento que lo envolvía todo.

—¿Estaba con su madre y su hermano?

—Sí, no nos habíamos separado durante el interminable viaje en el vagón, pero ahora nos forzaron a hacerlo. Había polacos y rusos, presos veteranos entre los nazis, que nos sacaron de los vagones y nos dijeron «Ah, llegaron ustedes para trabajar, pero realmente van derechos a la muerte». No nos los creímos. Separaron a los hombres de las mujeres, a los enfermos, de los sanos. Mi madre en ese tiempo tenía 38 años y era hermosa; la vi llorar, a ella que era siempre tan fuerte, que era una mujer decidida, se desmoronó en cuanto vio aquello. Gritaban mucho, los recuerdos, de una forma horrorosa, los guardianes de las SS y los *kapos*. Íbamos los tres juntos, cogidos de la mano, entre la turba asustada que se desplazaba hacia aquella entrada del matadero, cuando nos detuvo un oficial alemán, un tipo alto, rubio, atractivo, un distinguido aristócrata que utilizaba la fusta de su caballo como arma. Nos detuvo y nos miró. Entonces no comprendimos lo que quería, pero luego, de verlo hacer, entendí el placer que sentían los nazis en aquellos momentos: eran como dioses designando quién debía vivir y quién debía morir. Le gritó aquel sujeto a mi madre que tenía que escoger a uno de sus hijos, y ella intuyó que era para salvarle. No lo dudó mi madre, no podía hacerlo porque aquel oficial no paraba de gritar para que se decidiera pronto por uno de sus hijos, y eso me dolió siempre, su decisión fue una estaca en mi corazón. Escogió a mi hermano Salom. ¿Por qué lo hizo? ¿Le quería más? ¿Fue porque era más débil y pequeño? No lo sé, ni lo sabré. Mi madre, creyendo salvarle, le condenó y se condenó ella, y a mí me salvó, pero me condenó también de por vida.

—¿Qué ocurrió?

—Los SS, como divertimento, hacían ya la primera selección entre los que bajaban del tren, una norma cuando llegaba un convoy de judíos. Los médicos de las SS, que eran responsables de la salud de los suyos, de la asistencia médica a los presos y del estado de las instalaciones sanitarias, estaban allí, con sus batas blancas, decidiendo sobre la vida de los que llegaban, haciendo la primera selección, la del ganado humano que descendía por la rampa de ese tren infecto. Era habitual ver allí a personajes siniestros que luego han sido famosos, al doctor Mengele, al profesor Clauberg y al doctor Schumann, fieras humanas que realizaron los más inauditos experimentos científicos con los presos que, en su mayoría, morían a causa de las consecuencias. El destino de muchas mujeres fue el de servir como animales para experimentos. Recuerdo que un día un doctor escogió, una a una, a cuarenta mujeres de un baracón que fueron llevadas a Heidelberg; allí se las asesinó con una inyección en el corazón y, una vez muertas, las pusieron en fenol para que los estudiantes de medicina pudieran practicar con sus cadáveres. Pues las envidiábamos. Porque eso, la muerte rápida con una inyección de fenol, era una bendición, señorita. Los más jóvenes, fuertes y sanos de los que llegaban eran apartados y destinados al trabajo. Los más viejos, los enfermos, los niños y sus madres, que eran aproximadamente el ochenta o noventa por ciento de los detenidos, eran conducidos directamente hasta las cámaras de gas, porque no eran rentables, no valían ni la bazofia con la que nos alimentaban. Capitalismo salvaje elevado a la enésima potencia.

—Volvamos al primer día.

—Nos llevaron para desinfectarnos, dentro de esa obsesión que tenían los alemanes por la limpieza que aún nos hacía sentirnos más sucios. Nos sometían a condiciones inhumanas y luego nos reprochaban nuestro desaseo. Era como todo, una forma de deshumanizarnos, de que

nos odiáramos por ser así, poco menos que insectos. Después de la desinfección, mediante una lejía maloliente y de color azul verdosa, no nos conocíamos los unos a los otros. Mi cabeza estaba tan rapada como mi mano. Yo buscaba a mi madre, a mi hermano, pero ellos ya no estaban.

—¿Murieron?

—Sí. Murieron. Tuvieron la suerte de hacerlo el segundo, el tercer día, sin el calvario previo de los maltratos, del hambre, del agotamiento por trabajos forzados a que sometían a casi todos los presos. Mi hermanito tenía once años, solo once años, un niño —su voz se truncó por un sollozo. Tardó en recuperarla—. Mi hermano y mi madre fueron enviados a la cámara de gas y yo, por gracia de aquel oficial alemán, al que llamaban *Cara de Ángel*, me convertí en *kapo*, en el judío traidor y odioso que hacía el trabajo que a los nazis repugnaba, llevar a toda esa gente, mi gente, hasta el matadero, esperar a que se ahogaran, oír cómo arañaban las puertas herméticas, sacar luego los cadáveres y llevarlos en carretillas a los hornos y limpiar con mangueras lo que los esfínteres aterrorizados de los condenados dejaban en el suelo.

A los tres días de estancia en el campo ya empecé en ese macabro oficio; me asignaron un uniforme, bajé con la turba del tren, rogando para no tropezar con mi madre y mi hermano, para no ser yo al menos quien los empujara a la cámara de gas sino que fuera otro, rezando para no toparme luego con sus cadáveres, para no ser el encargado de arrojarlos a las bocas de fuego de los hornos. Estaba horrorizado pero, al mismo tiempo, apegado a la vida como una garrapata. ¿Qué vida? Pero daba igual.

Era espantoso, pero lo que más me espantaba era mi instinto animal de supervivencia que se alegraba de no estar en el grupo de las víctimas aunque fuera como auxiliar de los verdugos. Cuando estás en esa

situación, sobrevivir es tu único motor; es el más básico de los instintos. Haberme negado hubiera supuesto mi condena a muerte. A pesar de ello todavía lloro y me avergüenzo de no haberme negado a tomar parte en aquel horror. La dignidad se perdió en el primer instante.

Aquel día vomité, y mi vómito se mezcló con la mierda espesa, con la infernal orina que humeaba, compuso la pócima del miedo, el perfume que me iba a acompañar durante años. Éramos obreros del *Sonderkommando*, los que llevaban a las víctimas a las cámaras de gas, les ayudaban a desnudarse, se llevaban los cuerpos tras el gaseamiento, sacaban el oro de los dientes con tenazas y los anillos de los dedos que si no salían se amputaban, buscaban en los orificios del cuerpo joyas escondidas, cortaban el pelo de las mujeres y finalmente llevaban los cadáveres a los crematorios, Eva, auxiliares de los carniceros, los que veíamos, tocábamos la muerte, la respirábamos, los que desnudábamos los cadáveres, porque todo se aprovechaba, porque todo se vendía, y las piezas de oro las arrancábamos con nuestras tenazas de esas bocas exangües, observados por los ojos sin vida de los cadáveres, sacábamos los anillos de sus dedos grisáceos y, cuando no salían, nos obligaban a cortarlos. No se imagina cómo crujen los huesos, cómo mana la sangre, te salpica. A todo se habitúa uno para sobrevivir. Al olor de la muerte, al insufrible hedor de la carne quemada, a los piojos, a la sarna, a ver esqueletos caminar por entre los barracones que buscaban el suicidio en la alambrada electrificada. Yo, en todos los años, no vi solidaridad sino miseria, lo peor de la condición humana, por parte de los verdugos, pero también por parte de las víctimas. Nos robábamos entre nosotros, nos quitábamos los zapatos, los cordones, porque un hombre sin zapatos era hombre muerto, porque los pies se infectaban, se llagaban, se quemaban en la nieve, a pesar de los periódicos en los que los envolvíamos, de las vendas hechas con guiñapos de las ropas de los muertos. Una simple llaga en el pie era el inicio de un calvario que podía terminar en el

crematorio, porque la herida no se curaba, se infectaba, la gangrena subía por el tobillo, te afectaba la pierna, apestabas y el médico te separaba para ser sacrificado. Un hombre que perdía su miserable y sucio plato de latón, en donde iba a parar la infecta sopa que nos daban a diario, con algo más de grasa y sustancia la de los *kapos*, era un hombre muerto, porque sin ese sucio plato inmundo ya no podía alimentarse con ese asqueroso caldo en donde los cocineros se orinaban.

Eso de la solidaridad en la desgracia es un concepto falso, yo no lo vi, yo solo veía miseria y seres miserables capaces de matarse unos a otros para sobrevivir, porque a pesar de todo, a pesar de ese infierno de existencia, estábamos apegados a la vida, por vivir éramos capaces de todas las infamias posibles. Y yo, señorita, era un infame más a los pocos meses de estar en el campo. Yo tenía, como todos los *kapos*, un cierto poder sobre mis congéneres, para destinarlos al mejor trabajo o, por el contrario, obligarles a hacer los trabajos más brutales y esperar a que sucumbieran. Los *kapos* éramos víctimas, pero también verdugos. Nuestra subsistencia iba ligada a que nuestros hermanos fueran sacrificados, y nos comportamos como perros con ellos, y sentimos su odio, su desprecio, sus ganas de matarnos si hubieran tenido fuerzas suficientes para hacerlo.

—He leído que normalmente, después de varias semanas de servicio, los miembros de los *Sonderkommando* eran ejecutados, en primer lugar porque eran judíos, pero también para que no hubiera testigos si alguna vez se requerían en un juicio.

No pudo disimular Yehuda Weis lo que le molestó la observación de Eva Steiger.

Movió la cabeza y en su mirada apagada refulgió, por unos instantes, una furia contenida.

—En efecto, solían exterminarnos al cabo de un cierto tiempo, pero no a todos.

Algunos, los que ellos consideraban más eficaces, eran mantenidos en sus puestos.

Yo tuve esa suerte, o esa desgracia, según cómo se mire.

A medida que hablaba, sin pausas, con una energía renovada, se abrían sus ojos, adquiriendo estos una forma redonda, se convirtieron en espejo del espanto que había dentro de su cuerpo. Sus pupilas dilatadas parecían capaces de proyectar sobre la desnuda pared que tenía enfrente el cuadro del horror visto. Eva callaba, enmudecía, no se atrevía a preguntar, dejó que la entrevista deviniera en un monólogo narrativo, que se convirtiera en un acto de penitencia. Yehuda Weis se confesaba, pero no esperaba perdón de nadie.

—También había excepciones. Hace algunos años trabé amistad con alguien que estuvo cerca de mí, una mujer llamada Etká Urztein, que ahora vive en Argentina, y es una sobreviviente del Holocausto que sufrió en carne propia. Vivía en Polonia cuando, en 1939, empezó la guerra. La llevaron al gueto de Lotz, y de allí fue a Auschwitz. Me hablaba del régimen brutal de trabajo, del hambre que pasaban, de las selecciones que había todos los días y los chicos y enfermos que se llevaban para quemar. Su padre desapareció un buen día, cuando se lo llevaron para trabajar, y nunca volvió. Quedó aquella niña con su madre, su hermana, su hermanito y una chica que estaba con ellos porque no tenía padres, luchando para sobrevivir, sin comida, sin nada —Yehuda Weis se detuvo, rememorando—. Recuerdo una anécdota que me explicó y, bueno, era un detalle para reconciliarse con el género humano, porque de vez en cuando había actitudes heroicas en ese cementerio. Cuatro muchachos, muy guapos al parecer de ella, montaron una radio clandestina en un sótano con la que conseguían escuchar noticias del extranjero.

Decían a los demás mentiras piadosas del género «mañana termina la guerra» con la que insuflaban ánimo para vivir a sus compañeros, aunque todo era falso. Hasta que un día los alemanes lo averiguaron y descubrieron el sótano, pero no encontraron a nadie. Para dar con los culpables se amenazó con colgar a toda la gente del gueto si no salían los responsables de la radio. Los hubieran matado a todos, sin lugar a dudas. Pero hubo un muchacho de veintiocho años, que había perdido a toda su familia, que asumió la culpa y se colgó dejando una nota en la que decía «yo lo hice todo, nadie más que yo tiene la culpa». Con su muerte salvó a todos. Un bonito gesto. Una excepción.

—¿Cómo eran sus verdugos? ¿Cómo los veían?

—Evidentemente con miedo; estábamos bajo su capricho, podíamos morir en cualquier momento si estaban de mal humor, si se quemaban con el café o les había salido un sabañón en la oreja. Los nazis convirtieron a los judíos en una suerte de bacteria; se les quitó cualquier propiedad y dignidad humana. Matar a un judío parecía ser una operación semejante a matar una mosca; el grado de brutalidad ideológica para ver a un hombre del todo semejante a ellos mismos como un no humano es, quizás, uno de los hechos decisivos del nazismo. Al convertirnos en miseria humana, en indeseables —nuestro aspecto físico, querida amiga, animaba al exterminio, créame— no sentían piedad al asesinarnos. Éramos como una fea verruga que debían arrancar de su piel. Usted no siente piedad, ni se altera, cuando mata a un insecto, lo máximo que siente es asco. Nosotros éramos esos insectos. Aunque entonces, reducidos en aquel siniestro lugar, no imaginábamos la magnitud de la masacre, teníamos una visión muy reducida de lo que sucedía, parcial, no podíamos creer que la matanza iba a ser total, que se iba a poner esa maldita eficacia germana al servicio de la industria de la muerte, porque una de las características centrales del genocidio nazi fue

la frialdad, la escala, el método y el rigor con que nos exterminaron. Pero lo más terrible, lo realmente espantoso, es que eran hombres, como nosotros, que tenían familias, que tendrían niños de las mismas edades de los que llevaban al matadero, a los que seguramente querrían, colmarían con regalos, que tenían esposas, que amaban la música y a lo mejor se conmovían, hasta podían llorar, con una pieza de Mahler o de Wagner, pero eran incapaces de sentir el menor atisbo de piedad cuando nos mandaban a las cámaras de gas, cuando nos colgaban de los postes y obligaban a la banda del campo que tocara piezas de Chopin. ¿Se lo puede imaginar? Una polonesa alegre mientras un pobre desgraciado expiraba en la horca. ¡Qué escarnio! Pero eran como nosotros, eso era lo más terrible, y a mí me aterraba convertirme en uno de ellos. Lo fui. Lo fuimos todos los *kapos* de Auschwitz.

—¿Cuáles eran los castigos más frecuentes?

—Estar en Auschwitz era el castigo más espantoso, pero ellos añadían otros. Los nazis eran unos sofisticados sádicos que jugaban con el desconcierto que sus medidas provocaban. Su máxima es que nadie, en un solo instante, estuviera seguro. En el campo, cualquier pretexto era bueno para castigar a los presos. Además de las prohibiciones oficiales, existía un sinfín de normas extraoficiales. Muchas de las prohibiciones eran, intencionadamente, de una gran vaguedad, de forma que los vigilantes las interpretaban a su libre albedrío. Se daban órdenes imposibles de ser llevadas a cabo por los presos: por ejemplo era imposible, al hacer la cama, alisar por completo la funda del saco de paja. Otra crueldad de las SS consistía en dictar dos normas contradictorias entre sí, de manera que todo lo que hacía la víctima podía ser interpretado en su contra. Por ejemplo, se sancionaban los zapatos sucios, porque incurrían contra la norma de la limpieza, pero, por otro lado, los zapatos

limpios eran un indicio de que un preso se había escaqueado del trabajo y que había incurrido contra esta norma.

—¿Moría la gente como resultado de esos castigos?

—Por supuesto. Los castigos, ejecutados de manera tan atroz, más bien representaban una condena a muerte encubierta. Un castigo habitual era destinarte a la Compañía Penitenciaria en donde los presos eran obligados a realizar los trabajos extremadamente duros a paso ligero, incluso después de la jornada y en las tardes de domingo, privándosele de comida. Otras veces eran recluidos en celdas de castigo en las que solo se podía permanecer de pie o a oscuras, durante horas o días junto a la puerta de entrada al campo o en la plaza de las revistas. El castigo en el potro se realizaba de la siguiente manera: las piernas de la víctima eran inmovilizadas, dos presos agarraban a la víctima por los brazos, un hombre de las SS o un *kapo* golpeaban al preso con un garrote o un látigo obligándole a contar en alto el número de golpes en alemán, y si se equivocaba se volvía a empezar. Las lesiones que podía sufrir le llevaban muchas veces directamente a la cámara de gas. El castigo en la estaca consistía en atar al preso con las manos a la espalda a la estaca, de forma que sus pies no tocaban el suelo, y tenerle horas suspendido en esa posición. Y luego estaban las ejecuciones a las que éramos obligados a asistir.

—¿Quiere tomarse un descanso, señor Weis? Si así lo desea podemos seguir más tarde.

—No, mejor que ajuste cuentas con el pasado de una sola vez —contestó Yehuda Weis tragando saliva—.

En la plaza de revistas de Auschwitz I se encontraba un patíbulo en el que se llevaban a cabo ejecuciones en presencia de todos los presos. En la mayoría de los casos, en el patíbulo eran ejecutados aquellos

presos que habían intentado fugarse. El condenado, atado, era conducido al patíbulo; allí pronunciaban su sentencia, primero en alemán y después en polaco, allí también le daban las indicaciones a otro preso que tenía que hacer las funciones de verdugo. Yo fui designado muchas veces para ese papel por mi salvador *Cara de Ángel*. Colaborar con ellos era una forma sofisticada de destruirme. La primera vez que ahorqué a uno de los nuestros, a un conocido, precisamente a un buen amigo, me pasé la tarde vomitando, pero fuera de la mirada de los SS que hubieran interpretado mi debilidad como traición y quizá me hubieran ejecutado a la vez. La víctima tenía que subirse a una caja, el verdugo le colocaba la soga, mediante una palanca la tapa de la caja se bajaba, de forma que el condenado caía, pero solo unos centímetros, al vacío. Era una muerte dolorosa, que no sobrevenía en el acto. En la mayoría de los casos, debido a la cuerda demasiado corta al igual que a la altura reducida de la caída, los presos no morían por una fractura de nuca, sino por asfixia o por estrangulamiento. Otro sistema más solemne era el del fusilamiento, que se aplicaba a prisioneros de guerra. El paredón estaba situado en un patio protegido por dos muros, situado entre los bloques 10 y 11, en cuyo fondo se encontraba un muro pintado de negro. Delante del paredón habían echado arena, que servía para absorber la sangre de los fusilados, que debían comparecer desnudos y descalzos. Una vez ejecutados, los cadáveres, chorreando sangre, eran transportados en un camión hasta el crematorio. Estos camiones siempre dejaban tras de sí un rastro de sangre en las calles del campo. Como las bestias. Sin embargo los fusilamientos no solo se llevaban a cabo en el paredón negro. Cualquier pretexto era válido para fusilar a los presos: si un preso no trabajaba lo suficientemente rápido, o si un hombre de las SS interpretaba la mirada de un preso como rebelde, o incluso si un vigilante o un oficial de las SS se aburría. Cuando no se cumplía con la cuota prevista de

muertes, recurrían a los fusilamientos. La versión oficial era que estos presos habían sido fusilados por «intento de fuga».

—Pero la forma más habitual era el gaseamiento.

—En efecto, porque resultaba la más económica y rentable en ese monstruoso lugar en donde todo se medía en términos economicistas. Los primeros intentos de gaseamiento tuvieron lugar en septiembre de 1941 en las celdas de arresto del bloque 11 en el campo principal de Auschwitz. Más tarde, el depósito de cadáveres junto al Crematorio I se utilizó como cámara de gas, pero debido al rendimiento limitado del Crematorio I y a la imposibilidad de mantenerlo totalmente en secreto, las SS se trasladaron en 1942 a Birkenau, donde transformaron dos granjas situadas en un bosque en cámaras de gas. Los cadáveres eran transportados en ferrocarriles de vía estrecha a las fosas, que se encontraban a unos cuantos cientos de metros en donde eran soterrados; sin embargo, en otoño de 1942 los cadáveres fueron desenterrados y quemados. De aquella tarea hube de hacerme cargo yo al mando de *misonderkommando*. El primer cadáver putrefacto que desentieras para ponerlo en la vagoneta te anestesia o te mata. Varios miembros de mi grupo fallecieron infectados.

Pero crecía la demanda, nos llegaba materia prima de todos los rincones de Europa, porque al final, a los hombres, mujeres y niños uno trataba de verlos como eso, como materia prima. Dado que esas instalaciones provisionales tampoco eran suficientes, se empezaron a construir en julio de 1942 las cuatro grandes «fábricas de la muerte» que fueron puestas en funcionamiento entre marzo y junio de 1943. Los propios presos fueron obligados a construir esos lugares de exterminio en los que ellos mismos iban a ser los primeros en desaparecer. Allí todas las fases del proceso se encontraban centralizadas, disponiendo de todos los medios técnicos necesarios.

Cada unidad estaba equipada de cuartos en los que los presos debían desnudarse, de cámaras de gas, así como de hornos crematorios para incinerar a los muertos.

Técnicamente era posible quemar diariamente en los crematorios más de cuatro mil cadáveres. Sin embargo solo se trataba de una cifra teórica, en la que también se incluía el tiempo necesario para el mantenimiento y la limpieza de los hornos. De hecho, en los Crematorios II y III fueron quemados hasta cinco mil cadáveres, en los Crematorios IV y V hasta tres mil cadáveres a diario. ¿Por qué lo sé? Porque tenía que anotarlo, había que llevar una monstruosa contabilidad de la muerte en serie.

Cuando se sobrepasaba la capacidad de los crematorios, los cadáveres eran quemados en hogueras al aire libre. En el verano de 1944, durante la deportación de los judíos húngaros, las SS volvieron a poner en funcionamiento el Búnker II. En aquella época era posible asesinar y quemar hasta veinticuatro mil personas a diario. Las cenizas de los muertos servían de abono para los campos, para el drenaje de pantanos o simplemente eran vertidas en los ríos o estanques de las cercanías.

—¿Ha leído, señor Weis, a Primo Levi?

—Sí, claro que lo he leído. Más, lo he vivido. Yo estaba inmerso en esa zona gris, sabe usted, yo he estado en esos círculos del infierno, he visto de cerca las tinieblas de las cámaras de gas, he separado y clasificado aquella masa de cadáveres que se amontonaban unos encima de otros buscando una rendija de aire respirable mientras salía el veneno por las duchas. ¿El Infierno de Dante? Una frivolidad, señorita, al lado de aquel horror. No hay palabras para describirlo, y hasta a veces no me lo puedo creer, pienso que lo he soñado, y he de palparme el número que tengo grabado en la muñeca para cerciorarme de que ese horror me ha pasado a mí.

—¿Cómo se puede sobrevivir en esas condiciones?

—Al mes estaba anestesiado, muerto. Dejé de pensar y de sentir. Nos moríamos de frío en el interior de esos horribles trajes de prisioneros en cuya pechera llevábamos cosido un triángulo; amarillo, los judíos; azul para los apátridas; morado para los objetores de conciencia; verde para los criminales; rosa para los homosexuales.

Los nazis utilizaban toda la paleta de los colores para clasificarnos. El preso tenía que coser el número que llevaba tatuado en el brazo en el *winkel*, el triángulo de tela, cuyo color indicaba la categoría del preso, a la altura del pecho, en el lado izquierdo de la ropa. Con ese número los presos perdían su nombre y su individualidad. Su obsesión por el orden les llevaba a hacer cosas absurdas, a contarnos una y otra vez, a ducharnos aunque a renglón seguido nos ensuciáramos. Lo primero que hacían, cuando llegábamos, era desnudarnos y tenernos mucho tiempo así, ante la mofa de la soldadesca alemana que se reía de los cuerpos de las mujeres que ya no eran bonitas o eran mayores, para humillarlas. La desnudez, que uno tenía como algo hermoso, se convertía en algo patético, realmente animal. Luego pasaba un peluquero, uno de los nuestros, para afeitarnos la cabeza con una máquina, para arrancarnos los pelos del cráneo, y lo hacía de forma tan brutal que sangrábamos por el cuero cabelludo. La última humillación era afeitarnos los genitales. Después de eso ya nunca más nos sentíamos humanos. Nos degradaban, nos forzaban a tener un aspecto repugnante, infame, para no tener piedad de nosotros. Por eso, cuando nos miraban los hermosos y bien comidos soldados alemanes, cuando veían en qué nos habían convertido, podían dispararnos sin sentir absolutamente nada, porque disparaban a la basura, porque nos habían convertido realmente en lo que ellos buscaban convertirnos: especie degenerada, infrahumanos. ¿Y sabe qué era lo peor? Que lo conseguían, que realmente nos convertían en basura humana.

No había en el *lager* lo que se entiende por solidaridad, sino un egoísmo monstruoso. No todos éramos iguales, los nazis eran maestros en el arte de dividir, y entre los presos había clases sociales a fin de facilitar nuestra insolidaridad. La clase alta de los presos, la así llamada «prominencia del campo», un uno por ciento de la totalidad de los encerrados, generalmente veteranos del campo, veteranos del bloque o médicos del campo, la constituían en su mayoría los presos alemanes que gozaban de privilegios ilimitados y eran tan perros como las propias SS. La «clase media» estaba formada por presos con menos poderes, *kapos*, enfermeros, etc., un ocho por ciento de los presos que vivían en mejores condiciones que la gran masa de presos normales. Y en el eslabón más bajo, los presos normales y los así llamados *musulmanes* que constituían la gran masa que vivía en condiciones infrahumanas. El *musulmán* era un ser humano abatido, derrumbado por la vida en el campo, una víctima del exterminio paso a paso. Se trataba de un preso que solo recibía la comida del campo sin tener la posibilidad de «procurar» nada, y que perecía en el transcurso de unas pocas semanas. El hambre crónica generaba un debilitamiento físico general. Sufría una pérdida de musculatura, y sus funciones vitales se reducían al mínimo existencial. El pulso se alteraba, la presión arterial y la temperatura disminuían, temblaba de frío.

La respiración era más lenta, la voz se debilitaba, cada movimiento significaba un gran esfuerzo. Cuando se sumaba la diarrea provocada por el hambre, el decaimiento se producía aún más rápidamente. Los gestos se volvían nerviosos y descoordinados.

Cuando permanecía sentado, el tronco se tambaleaba con movimientos incontrolados; a la hora de caminar ya no era capaz de levantar las piernas. El *musulmán* ya no era dueño de su propio cuerpo. Le salían edemas y úlceras, estaba sucio y olía mal. El pelo se volvía duro y tieso,

sin brillo, y se partía con facilidad. La cabeza parecía aún más alargada al sobresalir los pómulos y las órbitas de los ojos. También las actividades mentales y las emociones sufrían un retroceso radical. El preso perdía la memoria y su capacidad de concentración. Todo su ser se concentraba en una sola meta: su alimentación. Las alucinaciones provocadas por la inanición disimulaban el hambre atormentadora. Solo miraba lo que se le ponía directamente delante de los ojos, y solo oía cuando le gritaban. Se resignaba sin resistencia alguna a los golpes.

En la última fase, el preso ya ni siquiera sentía ni hambre ni dolores. El *musulmán* moría en la miseria, cuando ya no aguantaba más. Personificaba la muerte en masa, la muerte por inanición, el asesinato psíquico y el abandono, un muerto ya en vida que nos recordaba nuestro destino, porque éramos nosotros dentro de una semana, un mes, medio año.

Un movimiento incontrolado de la mano diestra de Yehuda Weis precipitó una de sus muletas al suelo. Osciló, durante segundos, el bastón en el que se apoyaba para andar, bailando hasta la inmovilidad. Eva Steiger se precipitó a recogerlo y lo acercó a su mano. El viejo judío agradeció su gesto con una mirada apagada, sin vida.

—Debido al duro trabajo, la escasa alimentación y las terribles condiciones del campo, para sobrevivir era necesario ascender rápidamente a la clase media o a la

«prominencia». Oposiciones entre miserables —ironizó—. Y si había que medrar, pisar a alguien, mostrar tu lado más feroz y cainita para esa ascensión social, lo hacías, y lo hacías visible para que los verdugos del campo lo vieran y premiaran la vesania. Nos degradaron de tal modo, hasta tales extremos, que nosotros mismos nos avergonzábamos de vivir. ¿Para qué? —en ese momento se truncó la voz de Yehuda Weis y su mirada se empañó. Guardó silencio mientras recuperaba la compostura y tragaba saliva.

—¿Cómo podían vivir sin autoestima?

—Yo había convertido a mi familia en humo, me habían obligado a ser cómplice de un asesinato en masa y mi rol en el engranaje infernal, el de *kapo*, era el lugar, dentro de la masacre, más detestable: odiados por todos, odiados, sobre todo, por nosotros mismos. Y deseando, en el fondo, que no nos faltara trabajo. Imagine, Eva, un puñado de seres desesperados, conviviendo día y noche con la muerte, que se puso a temblar cuando los envíos del Este empezaron a dilatarse, cuando ya no llegaban más judíos a gasear porque veíamos entonces que nuestro fin se acercaba.

Sin nuestro infame trabajo ya no éramos útiles. Pero ya no importaba. Los nazis nos habían arrebatado toda nuestra dignidad humana, habían hecho de nosotros simples trozos de carne obediente que subsistíamos porque éramos económicamente útiles.

Nunca nos podíamos sentir seguros, porque no había normas, o las normas las cambiaban ellos aleatoriamente, para provocar nuestro desconcierto, para divertirse con nuestras ansias de sobrevivir. A veces los presos que alineaban a la izquierda se salvaban, y los que formaban a la derecha, se condenaban. Pero eso podía cambiar al día siguiente. Sus malditos procesos de selección eran siempre mutables. Delante de nosotros un oficial de las SS, Obersturmführer. Un soldado le llama así.

Supuestamente era médico. Sin bata blanca, sin estetoscopio, de uniforme verde, con una calavera. Salimos de la fila uno a uno. Su voz era tranquila, casi demasiado tranquila. Preguntó por la edad, la profesión, si estábamos bien de salud. Pidió que le enseñáramos nuestras manos. Oí algunas respuestas. Cerrajero, dijo uno. A la izquierda. Administrativo, otro. A la derecha. Médico. A la izquierda. Obrero. A la izquierda. Almacenista. A la derecha. Ebanista. A la izquierda. Entonces le tocó a un hombre mayor. Peón, dijo. Siguió el mismo camino que el

administrativo y el almacenista. Estos supieron, entonces, que no se salvarían, que iban derechos a la cámara de gas y al crematorio. Su inactividad, la de nuestros verdugos, los sumía en un mortal aburrimiento y entonces eran peligrosos para nosotros. Los *kapos* vivíamos en barracones más holgados, con estufas de leña en donde podíamos calentarnos o hacernos café, todo un lujo. Cuando los SS se aburrían, o estaban bebidos, entraban en nuestro barracón por la noche y nos desvelaban con el foco de sus linternas buscando una víctima para divertirse. Lo hacían a diario con el resto de los judíos, pero de vez en cuando lo hacían con nosotros, para que nos diéramos cuenta de que nuestros privilegios se esfumaban a su capricho. Éramos un centenar de corderos escondiéndose bajo las polvorientas mantas, Eva, temblando de miedo mientras escuchábamos cómo el ruido de las botas de la patrulla se acercaba a nuestra litera.

«Este», gritaban, y sacaban a rastras de forma aleatoria a uno de los nuestros, lo llevaban afuera, lo colgaban de un poste, disparaban sobre su cuerpo para hacer puntería. Pero sabe qué era lo más terrible de todo eso, ¿lo sabe?

Que los demás nos alegrábamos, que suspirábamos de alivio cuando oíamos esos disparos que certificaban la muerte de nuestro compañero, porque era ganar una noche más de vida, porque nos habíamos librado y cada minuto contaba en aquel infierno, nos apegábamos a la vida los que estábamos dispuestos a sobrevivir.

Pero ¿qué clase de vida era esa?

El rostro de Eva Steiger se iba demudando. Quizá fuera el efecto de la luz apagada de la miserable vivienda, pero su rostro redondeado, de muchacha sana, parecía alargarse, el color huía de sus mejillas. Incluso titubeó su voz cuando hizo una nueva pregunta.

—¿Cómo era la vida cotidiana? ¿En qué empleaban el tiempo?

—Hoy se hace énfasis de la eficacia alemana hasta en su actividad más monstruosa. Era así. Reinaba en Auschwitz un maldito parámetro de productividad según el cual podías seguir viviendo mientras fueras capaz de trabajar, y todo el mundo trabajaba sin descanso en Auschwitz; todos menos aquellos destinados para la experimentación, y dejabas de hacerlo cuando te agotabas. Los recién llegados al campo eran puestos en «cuarentena», en realidad encerrados durante cuatro semanas en un barracón apestoso, diez personas en una repisa de dos metros de largo, auténticos nichos de donde, cada día, se retiraban los cadáveres de los fallecidos. Los prisioneros eran registrados y recibían un número de identificación que se les tatuaba en el brazo izquierdo cuando salían de la cuarentena en Birkenau para realizar trabajos forzados en Auschwitz o en alguno de los subcampos. Se aplicaba el mismo procedimiento a los prisioneros que eran enviados directamente a Auschwitz I: cuatrocientos cinco mil prisioneros fueron registrados de esta manera. Pero la inmensa mayoría de las víctimas de Auschwitz no era incluida en ninguna clase de registro, los hombres y mujeres que, al llegar a Auschwitz II, eran enviados a las cámaras de gas y asesinados inmediatamente no figuraban en ninguna parte, no existían. Tampoco se incluían en el registro a los prisioneros que eran enviados a trabajar en otros campos de concentración no pertenecientes al complejo de Auschwitz. Y aún había otro grupo de prisioneros no registrados, los que eran ejecutados después de una corta estancia en el campo. Este grupo estaba formado sobre todo por rehenes, oficiales del ejército soviético y partisanos. El trabajo lo era todo, de la mañana a la noche, hiciera el tiempo que hiciera, sin descanso, con guardianes que nos golpeaban con vergajos, las vergas endurecidas de los toros, si nos deteníamos en nuestra actividad. A las cuatro de la madrugada a los presos se les despertaba con el sonido

estridente de silbatos: entonces había que hacer las camas a la manera militar, es decir, las mantas tenían que cubrir del todo los sacos de paja.

Luego los presos se lavaban con la escasa agua que había en el campo. Se pasaba entonces la revista matutina con los presos formados en filas de diez. La duración de las revistas variaba, dependía de cuánto se tardaba en comprobar la presencia de todos los presos. A continuación tenían que marchar al compás de la música de la orquesta del campo como si fueran trabajadores felices de una idílica industria. La jornada de trabajo ascendía a once horas diarias, con media hora de pausa al mediodía para comer. A la vuelta del trabajo los presos eran controlados. Las revistas nocturnas en los campos a menudo duraban más de diez horas, casi siempre como castigo a los intentos de huida o por otro tipo de infracciones, y se llevaban a cabo hiciera el tiempo que hiciera. Los presos se ponían a la cola para la cena a las nueve de la noche. Durante el descanso nocturno estaba totalmente prohibido abandonar los barracones.

Hizo una pausa para tomar aire. Eva aprovechó el breve interludio de silencio para voltear la casete de la grabadora.

—*Arbeit macht frei* era el lema del campo, *El trabajo os hará libres*. Pero el trabajo era, en sí mismo, otra forma solapada de exterminio masivo. En lo que más insistían las SS era en someter a los presos a esfuerzos sobrehumanos, obligándoles a trabajar en un tiempo récord, para quebrarlos y causarles una muerte tortuosa. La fórmula más esfuerzo y menos alimento conducía inexorablemente a la muerte. La esperanza de vida de un preso solo era de seis a nueve meses, debido al trabajo duro y a la alimentación insuficiente. Las labores más duras consistían en la construcción de edificios, carreteras y vías férreas, encauzamiento de los ríos, en la cantera, en campos de castigo. Mano de obra gratis y barata con la que se lucraron muchas de las grandes empresas alemanas que

debieron haberse cambiado el nombre después de la guerra pero no lo hicieron porque no se avergonzaron de su infame papel. Trabajo en empresas privadas, estatales o de las SS. Las empresas podían tomar prestados a presos, por mediación del jefe del campo, disponiendo de la capacidad productiva de aquellos con toda libertad y como contrapartida tenían que abonar a las SS una reducida tasa diaria, entre tres y seis marcos. Debido al trabajo de los presos, en muchas empresas industriales y armamentistas se desarrolló una amplia red de campos externos. Todo estaba meticulosamente organizado hasta el más mínimo detalle.

—Junto al exterminio se dio entonces la explotación económica. Ustedes eran explotados hasta que no servían ya para nada, hasta la muerte —apuntó Eva.

—Por supuesto. Aquello era un negocio terrorífico. Hubo quien vendió a los verdugos las toneladas de gases letales sabiendo que no era para exterminar roedores e insectos sino para eliminar a cientos de miles de judíos. Acabada la guerra, los directores de las empresas insistieron una y otra vez en que habían vendido sus productos para que se emplearan en fumigaciones y en que no sabían que se hubieran usado contra personas. Pero los fiscales encontraron cartas de Tesch, el mayor proveedor, en las que no solo se ofrecían a proporcionar el gas, sino que además daban consejos sobre el uso de los equipos de ventilación y calefacción. El mismo Hoess declaró que era imposible que los directores de Tesch no supieran qué uso se daba a su producto porque le vendieron suficiente como para aniquilar a dos millones de personas. Dos socios de la empresa fueron condenados a muerte en 1946y ahorcados. El director de Degesch, otra empresa vinculada a los campos de exterminio, fue condenado a cinco años de prisión. Y luego estaban los empresarios que se lucraron con esa mano de obra gratuita, Schindler entre ellos.

—Pero Schindler salvó a más de mil judíos.

—Tomó conciencia. Sí, desde luego. Mil judíos eran un grano de arena en una playa. Por eso le santificaron. ¿De qué estábamos hablando?

—De la vida cotidiana en el campo.

—Ah, sí. A cada uno se le designaba un tipo de trabajo, excepto a los *kapos*, los privilegiados del campo, cuya misión era que se cumplieran las normas, que nadie escapara a sus obligaciones, contar una y otra vez a la gente que se almacenaba en los barracones y comprobar, en cada recuento, que faltaba siempre alguien en la lista, que había una boca menos para compartir la infame sopa. ☐Y que uno no cayera enfermo! Había en el campo un barracón tétrico llamado «de la cuarentena» en el que los que entraban lo hacían con la conciencia de que sus vidas se agotarían en muy pocas semanas. Teóricamente el campo de cuarentena debía prevenir la extensión de enfermedades infecciosas en el resto de las instalaciones, pero su verdadero objetivo consistía en quebrar del todo la resistencia interior de los recién llegados, amedrentados y humillados. Nadie les explicaba cómo debían comportarse.

Tampoco existía ningún reglamento escrito. A los que no podían o no querían aceptar esas nuevas condiciones de vida, se les golpeaba o incluso se les mataba a golpes. Los que tenían llagas y costras iban a la chimenea. Todo el mundo en el campo las tenía debido a la pobre alimentación y la falta de vitaminas. El equipamiento primitivo y la saturación de los alojamientos, la suciedad, la ausencia de instalaciones sanitarias así como el terror permanente, tenían un efecto especialmente destructivo en el estado mental de los presos, sobre todo en el de aquellos que pasaban su cuarentena en Birkenau, donde se encontraban las instalaciones para el exterminio en masa. En Birkenau, el engaño era la norma. No siempre era simple o posible, aunque solo sea porque algunos de los deportados habían visto el cartel en el que ponía «Auschwitz»

cuando el tren pasaba por el apeadero o habían visto llamas saliendo de las chimeneas, o habían sentido el extraño y repugnante olor de los crematorios. Pero nadie quería creer lo que era evidente, como el agónico que se niega a aceptar la inminencia de la muerte y así cree huir de ella. Los recién llegados incluso recibían menos alimentos que los presos que llevaban más tiempo en el campo, una política de inanición programada. En Birkenau, la extensión más terrible de Auschwitz, cada mañana el Unterscharführer de las SS Tauber seleccionaba a los que iban a la chimenea. Quien tosía, temblaba, estaba llagado, padecía sarna, había adelgazado más de la cuenta o era viejo e inútil, engrosaba el pelotón que era conducido a la muerte. En realidad se trataba de zonas de exterminio dentro del campo de concentración. Había, dentro de ese gigantesco complejo industrial de muerte, diversas secciones, antecámaras del infierno, en la obsesión que tenían los nazis por compartimentar, por organizado todo de una forma escrupulosa. Uno de esos agujeros negros, de los que nadie salía, cuyo destino era la muerte segura, era Stutthof, mucho peor que Auschwitz. No se habla mucho de Stutthof, quizá porque nadie pudo contarlo. Aquello no era un campo de trabajo, sino una especie de fosa común en donde terminaba la gente. Me llegaba mucha «materia prima» de Stutthof, los conocía por su delgadez extrema. Si iban a morir, ¿por qué había que alimentarlos? Ellos no eran acreedores ni de la inmunda sopa que recibía el resto de la población penal, algo de allí que nunca olvidaré; esa sopa casi fría y grasienta de color marrón que comíamos cada día. Por la noche nos daban un pedazo de pan que justo alcanzaba para cuatro rebanadas finas. Comíamos dos y guardábamos las otras dos para desayunar. El hambre que pasábamos era insoportable. ¿De qué estaba hablando?

—De Stutthof.

—Hubo días que fui varias veces a Stutthof con mis guardianes nazis a buscar gente para llevar al crematorio. Sus barracones, si ello era posible, eran peores que el resto; el hacinamiento, más insoportable; el hedor, más nauseabundo. No había camas ni nada, estaban en el suelo como ovejas. Entraba con los verdugos y recuerdo un día que el teniente que estaba al mando del *kommando* de traslado me dio la prerrogativa de escoger a mi albedrío la gente a gasear. De nada sirvió negarme. Mi intento de no mancharme de sangre solo provocó que aquel individuo me llevara a un rincón del barracón, me abriera la boca, apretándome el cuello, y me metiera su Luger hasta la garganta. «¿Quieres ir tú por ellos?», me preguntó. Me convenció, claro. Eso era lo peor: que te obligaban a compartir sus tareas, que te volvían como uno de ellos, para que te odiaras, para que odiaras a tus compañeros de encierro y sufrimiento, no sintieras la más mínima piedad, la solidaridad te fuera ajena. Lo hice, claro. Anduve entre las literas atestadas de enfermos que tosían, de esqueletos vivientes que rehuían mi mirada, y los fui señalando al azar, cincuenta hombres, cincuenta seres a los que enviaba directamente a la muerte e iba a llevar en las vagonetas hasta las bocas de los hornos. Aquel día me sentí, si cabe, más sucio, más denigrado.

Yehuda Weis suspiró, o quizá tomó aire, mientras se restregaba un ojo lloroso que estaba a punto de expeler una lágrima. Se contuvo y prosiguió.

—La rutina te volvía insensible. Para sobrevivir a aquel horror tenías que empezar a contemplar a los seres que enviabas a la cámara de gas, que recogías en tu carretilla y llevabas hasta las bocas de los crematorios, como simples objetos, como escoria humana. Yo no podía mirar a los ojos de las víctimas, no era capaz de responder a sus preguntas de «¿qué nos va a pasar?» que me hacían. Solo en el caso de las víctimas que se traían de los guetos cercanos del norte de Silesia, y que conocían

Auschwitz, la velocidad era esencial para que no informaran a los demás de lo que estaba sucediendo. Se decía a estas personas que se desnudaran rápidamente por su bien, se les sellaba la boca a culatazos si la abrían. Pero la inmensa mayoría no sabía, o no quería saber, acerca de su destino, como el enfermo terminal que no quiere oír hablar de la palabra cáncer y dice sentirse mejor aunque esté agonizando.

Se les metía en los vestuarios, se les decía que colgaran su ropa en las perchas y que recordaran el número, y se les prometía comida después de la ducha, y trabajo después de la comida. Sin sospechar nada, cogían el jabón y las toallas, y se metían en las cámaras de gas como mansos corderos. En una ocasión se me ordenó que fuera yo el que vertería Zyklon B, un privilegio que se arrogaban los verdugos de las SS, un guiño de complicidad que me hacían para convertirme en uno de los suyos.

Durante un gaseamiento había que verter el Zyklon B por las dos aberturas de la cámara de gas a la vez. Venía en forma de gránulos, caía por encima de la gente al verterlo. Entonces las víctimas empezaron a gritar de una forma espantosa, porque sabían lo que les estaba ocurriendo. No miré por la abertura porque había que cerrarla tan pronto como se vertía el Zyklon B. Tras unos pocos minutos se hizo el silencio. No sabe usted lo que es ese silencio después del ensordecedor y angustioso griterío que lo precede. Después de que pasara un rato, debieron de ser entre diez y quince minutos, se abrió la cámara de gas. Los muertos yacían retorcidos y revueltos por todas partes, amontonados, con trozos de piel en las uñas, porque luchaban por alcanzar unas puertas herméticamente cerradas y se pateaban y golpeaban con saña como los animales en una estampida. Un día, otro día, otro día la misma espantosa rutina que ya dejaba de afectarte porque se convertía en parte de tu vida y de estar allí, en ese infierno, uno tenía la sensación de que todo el

mundo era igual que esa tumba gigantesca, que aquello iba a durar eternamente, que esa era la famosa condena al infierno que no entendíamos cuando éramos niños: el fuego eterno. El infierno estaba en este mundo, señorita Eva; yo vivía en ese infierno a diario sin posibilidad de rehuirlo. ¿Por qué no me maté para evitar esa tortura infinita? —calló durante unos instantes, se cogió la cabeza con las manos, tembló en lo que parecía un sollozo, mas no había lágrimas en sus ojos resecos que ya habían llorado todo lo que hay que llorar—. El horror se diluye en la magnitud de las cifras, en la terrorífica estadística. Uno solo de aquellos asesinatos nos hubiera estremecido, pero al ser masivos, industriales, quedaba diluido en la frialdad de la magnitud matemática. Los hombres, las mujeres y los niños, desnudos y rapados como las bestias, no eran otra cosa que pobres animales asustados que con las ropas colgadas en los vestidores habían dejado atrás su condición humana —nueva pausa, para coger aire, para reordenar sus recuerdos, y proseguir aunque la garganta estaba reseca, aunque la voz estaba rota y le costaba hasta respirar—. Hubo un prisionero judío, un joven *kapo* de mi edad, que osó revelar a los recién llegados lo que les esperaba y armó un extraordinario revuelo en los sótanos; hubieron de intervenir los guardianes de las SS, con las culatas de sus fusiles, golpeando salvajemente a aquella remesa de judíos para que entrara en la cámara de gas a la fuerza. Luego, cuando todo hubo acabado, en presencia de los demás *kapos*, como castigo ejemplar, aquel muchacho fue quemado vivo. Todavía oigo sus gritos y aún veo mi cara impasible cerrando la puerta del horno. Nadie era humano allí dentro. Nadie. Recuerdo que una vez tomé parte en el gaseamiento de un grupo considerable de mujeres que ocupaban un ala aparte del campo bajo las órdenes de Maria Mandel, una comandante que había servido en Ravensbruck. No puedo decir de qué tamaño era el grupo, pero quizá fueran trescientas personas. Cuando me acerqué al búnker, las vi sentadas en el suelo. Aún estaban vestidas. Como llevaban ropa del campo

muy desgastada, no se les hizo entrar en el barracón, sino que se les obligó a desnudarse fuera, en la intemperie, bajo un frío glacial. Tosían muchas de ellas, me acuerdo, y trataban de cubrirse con sus brazos la desnudez patética de sus cuerpos. Eran jóvenes, pero les habían extirpado la belleza. Me di cuenta, al ver el comportamiento de aquellas mujeres, de que no dudaban del destino que les aguardaba, ya que lloraban y rogaban a los hombres de las SS que salvaran sus vidas y aquellos tipos se burlaban de ellas, se reían de su desnudez, las empujaban, las golpeaban. Al mando del pelotón estaba el oficial que me salvó la vida. Uno cree que la maldad esculpe el rostro de los verdugos; no es así. Aquel oficial alemán, *Cara de Ángel*, parecía una persona atenta, de buenos modales, de cara risueña. Una mujer se abrazó a la pernera de su pantalón, suplicante, y él le disparó a boca-jarro, en la coronilla, de forma mecánica, como si se sacara de encima un molesto insecto. La sangre salpicó sus botas: esa fue su principal preocupación. Cogió nieve del suelo y se las limpió.

Aquellas mujeres fueron conducidas a las cámaras de gas y gaseadas, pero la que fue tiroteada permaneció una semana hundida en la nieve. Luego su cadáver fue descuartizado y sirvió de comida para los perros.

Yehuda Weis abatió la cabeza y quedó en esa posición de postración un minuto largo, en silencio. Eva le observaba y vio que movía los labios. Quizá rezara, pensó.

Al cabo de un rato forzó el reinicio de la entrevista con una nueva pregunta.

—¿Cuál era el régimen alimenticio?

—¿El régimen alimenticio? Advierto cierta ironía en su pregunta y no me extraña. Con la comida nuestros guardianes hacían otro tipo de

selección; disminuyendo a ciertos presos las raciones los condenaban a una muerte lenta e inadvertida por inanición y agotamiento, pero le advierto que con lo que comíamos ningún ser normal podía sobrevivir, y menos sometido al duro régimen de trabajo forzado. Debido a la insuficiente alimentación, los presos no solo perdían peso, sino que también sus órganos internos sufrían una reducción de su tamaño. El doctor Johann Kremer se aprovechó de esta situación, especializándose en la investigación de la inanición: nuestras desgracias servían a la ciencia. De esa manera intentó conseguir información más detallada sobre la atrofia marrón del hígado, una disminución de su tamaño. Para poder estudiar el curso detallado de la enfermedad, el doctor Kremer preguntaba a los presos seleccionados por los pormenores, que él consideraba importantes, para su investigación. Luego las víctimas eran asesinadas mediante una inyección de fenol y diseccionadas. Como ve, el hambre inspiraba también a esos insaciables hombres de ciencia ilustrados para los que simplemente éramos cobayas humanas. Pero me preguntaba por el régimen alimenticio. El desayuno consistía en medio litro de sucedáneo de café o té, pero sin azúcar, claro.

Durante el almuerzo correspondían tres cuartos de litro de sopa totalmente insulsa, con patatas o mondas de patatas, nabos y otros ingredientes indescriptibles entre los que había insectos que eran recibidos como una especie de bendición proteínica, porque era habitual que los alimentos estuvieran pasados o en mal estado. La cena consistía en aproximadamente trescientos gramos de pan y veinticinco gramos de fiambre o margarina, una cucharada de mermelada o queso. Si los presos querían desayunar al día siguiente algo más que el café o el té que les correspondía, tenían que reservar una parte de la ración de pan de la cena. A los presos que realizaban trabajos duros normalmente les correspondía un suplemento en forma de pan, margarina, fiambre. Con esta comida miserable e infame lo normal es que los presos se encontraran en

un estado de total debilidad a los pocos días a consecuencia de las raciones demasiado escasas y al agotamiento que significaba esperar la comida en las interminables colas. Se hacían colas para duchas que no funcionaban y para un plato de sopa que a lo mejor no existía. Había un solo preso-funcionario que era el encargado de repartir la comida a cientos de presos. Resultaba vital colocarse de forma estratégica en la cola, ni muy adelante, porque entonces recibías solo agua, ni muy atrás, porque te arriesgabas a que cuando llegaras la comida se hubiera terminado. Situarse en el medio era fundamental, era la garantía de recibir cierta sustancia con aquella inmundicia de color grisáceo que colocaban con un cazo sucio en el plato metálico, un apero cuya pérdida o robo significaba la muerte, por cuya posesión en el mercado negro yo había sido testigo de violentas trifulcas. Perder aquel miserable y sucio plato era sencillamente la muerte, como perder los zapatos, lo que motivaba que uno, cuando dormía en la litera, se colocara el plato y los zapatos debajo del cuerpo, para que nadie lo robara. Suena grotesco, lo sé. Los *kapos*, los odiados *kapos*, no hacíamos esas colas, teníamos un rancho aparte, lo que acrecentaba aún más el odio que alimentaba el resto de los presos hacia nosotros.

—Imagino que las condiciones sanitarias debían de ser pavorosas.

—En ninguno de los barracones de Birkenau había instalaciones sanitarias. La humedad, los tejados deteriorados y la paja sucia empeoraban todavía más esta situación; los cerdos tenían una vida mucho más digna e higiénica que la nuestra.

Muy raras veces teníamos la posibilidad de bañarnos. Los presos tenían que desnudarse ya en los barracones, y desnudos y expuestos a la intemperie, daba igual que fuera verano o invierno, eran conducidos a empujones a los baños por nosotros, los *sonderkommandos*, azuzados con vergajos, como si condujéramos el ganado.

Tenían que hacer sus necesidades en letrinas primitivas y desprotegidas, a la vista de todos. Si los médicos de las SS consideraban insuficiente la salud de estos presos, tenían que permanecer más tiempo en el campo de cuarentena. Si la salud de los presos no mejoraba, se les retenía allí. La mayoría de ellos no llegaron a ser puestos jamás en libertad. Yo rezaba cada noche para no enfermar. Una tos persistente era una condena a muerte o llevarte a la enfermería, que era la antesala de tu fin. En la jerga del campo la enfermería se llamaba «Revier». La enfermería no se diferenciaba en nada de los restantes barracones. Las camas estaban atiborradas de piojos y los colchones de paja empapados de excrementos humanos. En la enfermería había tantos enfermos que a duras penas podían moverse en las camas. Todos los presos se encontraban en un mismo espacio sin tener en cuenta sus enfermedades. Si por ejemplo los presos que sufrían de disentería se encontraban en los camastros de arriba, su deposición líquida acababa cayendo sobre los enfermos de los camastros de abajo. A menudo los enfermos tenían que compartir cama con los moribundos o los muertos. No había ni asistencia médica ni medicamentos. El hecho de que durante mucho tiempo a los médicos presos les estuviera prohibido trabajar en la enfermería, era una agravante más. No existían ni aseos, ni agua, ni jabón, ni toallas.

La comida era la misma para los presos enfermos que para los sanos. Ir a la enfermería era una especie de eufemismo que quería decir coquetear con la muerte, porque en los barracones destinados a ese fin no se curaba nada y quienes lo regentaban eran tan asesinos despiadados como los que se paseaban con el uniforme gris de las SS y la Luger desenfundada. El sistema que utilizaban para desembarazarse de los pacientes era mediante la inyección letal, una inyección de fenol de diez centímetros cúbicos inyectada directamente en el corazón. Las víctimas morían en el acto. Con ese método de asesinato se empezó en agosto de 1941. Las inyecciones de fenol en la mayoría de los casos las

administraban los sanitarios Josef Klehry Herbert Scherpe y presos iniciados como Alfred Stóssel y Mieczysaw Panszyk, que tenían aspecto de curarte de todos los males. Fíjese, señorita, que no me olvido de ningún detalle, de ningún nombre. Todo está aquí —y se señaló la sien—, grabado a fuego, hasta el día de mi muerte, como los recuerdos de la infancia que permanecen imborrables. Los presos, al igual que los niños seleccionados para la inyección letal, tenían que presentarse en el bloque 20 del campo central. Allí se les llamaba de uno en uno y se les mandaba sentarse en una silla del ambulatorio. Dos presos sujetaban las manos de las víctimas, un tercero les vendaba los ojos. Acto seguido, Klehr introducía la aguja en el corazón y vaciaba la jeringuilla. Por sistema se nos obligaba a colaborar en los asesinatos, como si fuera algo normal. Acababas por interiorizarlo, por asumirlo, por no discernir el bien del mal. El bien era simplemente seguir viviendo. Así morían entre 30 y 60 personas a diario. Era una bendición, una forma de morir por la que todos estábamos dispuestos a firmar —se detuvo un momento y miró a Eva Steiger—. Ahora sí que le agradecería un vasito de agua. Si me lo trae no tendré que levantarme.

La periodista fue a la cocina. El aspecto del cuarto era más miserable que el del resto de la casa. Una alacena, un grifo que goteaba de forma persistente, una vieja nevera cubierta de óxido que temblaba en una esquina y no dejó de hacerlo cuando la abrió, buscó una botella de agua y llenó un vaso.

—Es usted muy amable. Gracias —dijo Yehuda Weis apurando el agua—. El 28 de julio de 1941 tuvo lugar la primera selección en la enfermería. Los presos fueron sometidos a un tratamiento especial, el llamado SB. Tratamiento especial era sinónimo de asesinato en las cámaras de gas. Cada dos o tres semanas, aunque a veces cada semana, la enfermería estaba al completo, y cada vez que se daba parte de ello, se

daba la orden de organizar un transporte para someterlo al tratamiento especial y vaciarla. Las SS determinaban el número de presos que debían ser gaseados. Los superiores de los presos, que eran escogidos por las SS para controlar a los demás, debían entregar ese número predeterminado de enfermos. Escogían a ciertos presos, anotaban sus números y, muy de madrugada, los echaban de la enfermería. Para que ninguno de ellos pudiera escapar al fatídico control, a los seleccionados se les tatuaba la letra L bajo el número de preso en el antebrazo izquierdo. Esa L probablemente significaba «Leiche», cadáver.

Tomó aire, suspiró, entrecruzó los dedos sarmentosos de sus manos y observó, autocompasivo, la red de pequeñas venitas que parecían querer romper su piel traslúcida. Luego reanudó sus recuerdos, con voz monótona pero clara, dando cuenta de los detalles más insignificantes de los que no lograba librarse ni un instante de su vida y hacían su sueño imposible.

—Los procesos de selección solían tener siempre el mismo guión: se desnudaba a los presos, se les inspeccionaba para determinar quién estaba en condiciones de hacer trabajos forzados y quién debía ser destinado a la cámara de gas. Palidez en la cara, ojeras, excesiva delgadez, tos o cualquier otro síntoma de enfermedad o decrepitud eran el pasaporte seguro para la muerte. Recuerdo el caso de un joven judío que luchó por sobrevivir cuando el oficial de las SS responsable de la selección de su barracón le enviaba a la fila de los a exterminar. Aquel chico agarró de la solapa al suboficial alemán, que tenía una estatura como de dos metros, y le gritó a la cara:

«Soy joven. Estoy fuerte. Déjame vivir. Puedo trabajar». Se la jugó, porque podían haberle matado por su insolencia, pero pudieron más sus ganas de vivir y resistió otro día. De eso se trataba, en definitiva, de

llegar a la noche, de meterte en el infecto camastro y esperar la mañana siguiente con la angustia de que quizá fuera tu último día.

—No me ha hablado todavía de otro de los puntos negros del campo de exterminio, todo lo que hace referencia a los experimentos que se hicieron con los reclusos.

—Aquello era pavoroso y las mujeres se llevaron la peor parte, pobres. Muchos de los experimentos hechos en mujeres eran experimentos de esterilización y afectaron a más de ochenta que pasaron por los quirófanos de Auschwitz. Hablé, después de la liberación, con una superviviente que hizo de enfermera y me explicó con detalles en qué consistió todo aquello. Utilizaban jóvenes vírgenes que eran llevadas a la sala de rayos X, donde se les aplicaba radiación en los ovarios. La exposición a los rayos X no debe durar más que unos segundos, pero a ellas las mantenían allí durante varios minutos provocándoles unas quemaduras horribles, daños irreversibles. Después las operaba un prisionero polaco, que era ginecólogo, y buena parte de ellas moría durante el proceso, pues se utilizaba el mismo instrumental sin esterilizar para todas. ¿A quién importaban esas muertes? ¿Sabe cuáles eran las medicinas que se empleaban con ellas? Agua y papel higiénico. A las que sobrevivían se les inyectaba un líquido blanco y, después de dos meses, volvían a pasar por rayos X para comprobar que los ovarios habían sido totalmente destruidos. Otras veces aplicaban yodo repetidamente en el cuello del útero provocando cáncer en la zona y, una vez desarrollado, realizaban operaciones de extirpación de la matriz, el cuello del útero y el útero. El médico que realizaba esas operaciones no solo no recibió ningún castigo sino que trabajó en un instituto de investigación contra el cáncer en Berlín sin rendir cuenta de sus crímenes. Miles de asesinos andan libres en nuestra sociedad y ni se avergüenzan de sus actos horribles. Es una triste realidad.

—Por lo que me cuenta todas esas aberraciones quirúrgicas eran efectuadas con el conocimiento de toda la clase médica alemana.

—Absolutamente. Quien diga lo contrario es un cínico y un mentiroso. Todo un pueblo estaba abocado en ese proceso criminal aunque luego quisieron redimirse echando las culpas a Hitler y a que su Führer estaba loco, pero ese megalómano era la encarnación de lo peor de Alemania, de sus más bajos instintos. Todo hombre lleva dentro un monstruo que domamos mediante las reglas del mundo civilizado. Pero volvamos a los médicos del campo. Todo el mundo hablaba de Mengele, claro, un sádico y asesino repulsivo que mataba con sus propias manos a sus pacientes inyectándoles fenol en las venas, pero pocos se acuerdan de una siniestra mujer, la doctora Herta Oberhauser, que asesinaba a prisioneros con inyecciones de aceite y otras sustancias, les amputaba extremidades o les extraía órganos vitales, o echaba cristal pulverizado y serrín en sus heridas. ¿Imagina su grado de sadismo? Recibió una condena de veinte años como criminal de guerra, pero salió de la cárcel en 1952 y obtuvo una plaza de médico de cabecera en Stocksee, ella, una auténtica asesina en serie. Su licencia para practicar la medicina fue anulada en 1960. Quizá esté viva todavía, sea feliz, tenga nietos semejante monstruosidad. ¿No debería haber sido ahorcada? Otro galeno, el doctor Horst Schumann, se especializó en sistemas de castración. Estaba convencido de que la castración quirúrgica no necesitaba más de 60 7 minutos, y por tanto podía realizarse más fiable y rápidamente que la castración por rayos X. Schumann montó una estación de rayos X en Auschwitz en 1942, en el campo de mujeres de Bla. Allí se esterilizó a hombres y mujeres exponiéndoles a la acción de rayos X que destrozan sus órganos sexuales. Agonizaron retorciéndose de dolor o fueron gaseados inmediatamente porque las quemaduras producidas por la radiación los inhabilitaron para el trabajo. Los testículos de los hombres eran extirpados y enviados a Breslau para realizar estudios

histopatológicos. Los presos del campo de concentración de Auschwitz también servían para completar los fondos anatómicos. De ahí que las autoridades del campo enviaran a ciento quince presos, especialmente escogidos, al doctor August Hirt, catedrático del Departamento de Anatomía en Estrasburgo, con el fin de ser asesinados, para completar la colección de esqueletos de esta institución, lo que demuestra, amiga, que los asesinos andaban fuera y dentro del campo. Y le puedo hablar de otros ilustres galenos que pasaron por el campo y cuyos nombres y caras jamás se me borrarán: Kart Clauberg, que realizó sus experimentos con individuos vivos y estuvo implicado en proyectos de esterilización; el doctor Karl Gebhardt, que practicaba vivisecciones tanto en Ravensbruck como en Auschwitz y fue fusilado en 1948; Johannes Paul Kremer, que fue ahorcado por practicar vivisecciones. La lista de aberraciones, de crímenes, es inabarcable. Aquellos carniceros se cebaron especialmente con las mujeres. ¿Qué es lo más sagrado para una mujer? Dígamelo, Eva. ¿Qué puede ser lo más extraordinario, hermoso, para ustedes?

—La maternidad —dijo, después de un rato de silencio, tras pensarlo, con cierto temor.

—La situación era especialmente grave para las mujeres embarazadas, hasta el punto de que quienes lo estaban hacían lo imposible para que no se supiera su estado. Escondían su vientre, lo hundían, dejaban de comer, para que los guardianes no apreciaran su embarazo. Por norma una mujer gestante era enviada directamente a las cámaras de gas. Sin embargo también había partos clandestinos en el campo. En la mayoría de los casos las mujeres morían de septicemia después de dar a luz en unas condiciones pavorosas: Auschwitz no era un buen lugar para traer a nadie al mundo, era un antro de muerte, no de vida. En cualquier caso, el recién nacido no tenía casi ninguna posibilidad de sobrevivir.

Los médicos de las SS y sus ayudantes arrebataban el niño a la madre y lo asesinaban sistemáticamente. A partir de principios de 1943, a las mujeres embarazadas, registradas en el campo, se les permitía dar a luz, pero los recién nacidos eran ahogados en un cubo lleno de agua por las ayudantes de las SS, por enfermeras, por mujeres que, seguramente, habían dado a luz a niños, que cuidaban de niños en sus casas mientras fríamente hundían en esos cubos de agua helada los pequeños cuerpos de los recién nacidos haciendo caso omiso de los gritos desgarradores de sus madres. Tengo clavados en el cerebro esos alaridos de desesperación. Había excepciones. En el transcurso del año 1943 algunos niños, cuando eran rubios y de ojos azules, eran arrebatados a sus madres por las SS para germanizarlos, ya no eran asesinados sino registrados en el campo y, como a los adultos, les tatuaban un número en el muslo o en las nalgas porque el antebrazo izquierdo era demasiado pequeño, mientras que a los niños judíos se les seguía tratando con una increíble crueldad y finalmente se les asesinaba. Debido a las condiciones de vida en el campo, los recién nacidos no tenían casi ninguna posibilidad de sobrevivir. Las madres totalmente debilitadas por el hambre, el frío y las enfermedades, muy a menudo no podían ni siquiera evitar que las ratas mordieran, royeran o incluso se comieran a sus hijos. Para los recién nacidos no había ni medicamentos, ni pañales, ni alimentación adicional. Si un niño lograba sobrevivir las primeras seis a ocho semanas, la madre tenía que entregarlo a las SS. Si se negaba, los dos eran enviados a la cámara de gas. Auschwitz no era un buen lugar para un recién nacido. Aquello era el infierno. Pero ¿qué pecado habíamos cometido para semejante castigo?

—¿Cómo se puede vivir así? ¿Había algún momento de tregua?

—No, pero había un lugar privilegiado en medio de aquel espantoso territorio de desolación que se llamaba Kanada, con el que soñábamos,

paraíso de la esperanza. El campo Kanada era el almacén. Allí eran ordenados y envueltos todos los objetos de valor y también de la vida cotidiana, que los presos habían traído al campo, objetos que eran enviados de nuevo al centro del Reich, el material del saqueo de esa malvada industria lucrativa que se cebaba en la desgracia ajena. Estos objetos eran llevados directamente desde la rampa a este sector del campo de concentración. Era un buen trabajo estar allí clasificando los objetos personales de los que morían gaseados, pero también era duro, porque veías sus fotos, las caras de los que ya no estaban, los rostros felices de familias que ya no existían, millones de historias frustradas. El comando se denominaba Kanada, porque Canadá simbolizaba un país de riqueza y bienestar para los presos. El régimen nacionalsocialista se enriquecía a costa de los condenados a muerte, lo aprovechaba todo sin escrúpulos. Hasta otoño de 1944 se fundieron dos mil kilos de oro extraído de los dientes de los asesinados y muchas bellas mujeres de la alta sociedad alemana deben llevar todavía sobre sus pecheras esas macabras joyas. El régimen nacionalsocialista también se apropió de piedras preciosas, de grandes cantidades de dinero y de otros objetos de valor. Las tropas de vigilancia de las SS no desaprovechaban esa ocasión para enriquecerse, porque aparte de asesinos sin piedad eran ladrones; por el contrario, los presos tenían que «procurar» si no querían sucumbir a las circunstancias. Los miembros del comando de trabajo Kanada, que clasificaban los objetos, llevaban clandestinamente, exponiéndose a un gran peligro, objetos de valor al campo, que cambiaban por alimentos, ropa, zapatos, alcohol y tabaco, que a su vez los empleados civiles y las SS habían traído clandestinamente al campo. Esto se llamaba «procurar». Se trataba de un secreto a voces: solo podía sobrevivir durante algún tiempo aquel que «procuraba». Quien, gracias a la función que desempeñaba, disfrutaba de una cierta libertad de movimiento, hacía lo humanamente posible para conseguir formar parte de este negocio de intercambio. Hubo

momentos en que la ropa escaseó y las SS entregaron las ropas de los judíos gaseados a los recién llegados, y asimismo los uniformes de los prisioneros de guerra soviéticos asesinados a las presas registradas. A partir de febrero de 1943, a los polacos y rusos se les permitió vestir la ropa que llevaban puesta. En agosto de 1944 esta última disposición se amplió a todos. Esta ropa también era marcada con las correspondientes categorías. A pesar de los almacenes repletos de ropas, que habían sido confiscadas a los presos, su indumentaria era insuficiente, estaba rota y sucia; para las SS era otra forma de hacerlos sufrir. Una ropa limpia, sin remiendos, y los zapatos lustrosos garantizaban a los presos mejores trabajos y un trato más respetuoso por parte de las SS. Pero era casi imposible tener un aspecto presentable en tales circunstancias.

Una tos interrumpió su monólogo. El espasmo sacudía con fuerza todo su cuerpo sarmentoso y amenazaba con demolerlo. Eva Steiger, preocupada, se dirigió a él y le tomó del brazo.

—¿Quiere que le dé agua?

—No, no se preocupe, ya se me pasará. Si no me he muerto antes, no me voy a morir ahora por esta tos inoportuna —se aclaró la voz antes de proseguir—. En la primavera del 43 llegó un tren de Polonia y allí estaba mi verdugo salvador *Cara de Ángel*, al frente del *kommando* de recepción con su uniforme gris planchado y las botas de caña relucientes: aquellos oficiales de las SS parecían actores de cine de alguna película de la UFA, tenían una pinta extraordinaria, eran elegantes y refinados. Recuerdo que venían bastantes chicas jóvenes y guapas en aquel tren, un cargamento especial, que las colocaron aparte, que fueron dirigidas directamente, tras ser desinfectadas, al *Frauenblock*, el prostíbulo del campo reservado exclusivamente a los *Reichsdeutsche*, a los alemanes del campo, soldados, delincuentes y *kapos* arios. A esas muchachas las tenían bien comidas, como mero ganado, para que no perdieran su

lozanía y pudieran satisfacer a sus clientes, pero terminaban por no estar mejor que nosotros. A los pocos meses enfermaban por promiscuidad y por una falta absoluta de condiciones higiénicas en el desarrollo de su trabajo, y a las enfermas de sífilis las enviaban a las cámaras de gas, como a los otros. Eran cuerpos de usar y tirar. Recuerdo a una de esas chicas, todavía pienso en ella porque era extraordinariamente bonita y dulce, un auténtico ángel de mirada hermosa y cabellera rubia cuya desgracia era tener un cuerpo atractivo y muy desarrollado para su corta edad, y pensar en ella por las noches me aliviaba ya que era de lo poco bello que había en el campo en donde todo era gris. Fíjese que su imagen era en color. La veía de lejos, cuando salía del *Vrauenblock*, entre las alambradas que nos separaban, y me extasiaba con el color de su piel sana, con la voluptuosidad de curvas que se intuían debajo de sus ropas. Todas las mujeres perdían su encanto en cuanto traspasaban las puertas de Auschwitz, pero ella no. Durante días no ansiaba otra cosa que no fuera la noche, para dormir y soñar con ella, y secretamente deseaba no despertar nunca de mis sueños agradables. Nunca había estado con ninguna mujer, y a esa edad la sangre debería bullir, aunque dentro de aquel estercolero eso era casi imposible. A veces tenía pensamientos turbios y me atormentaba, me sentía culpable de desearla, de hacer con ella lo que hacía la soldadesca canalla y borracha que la mancillaba noche tras noche sin descanso. Me había enamorado platónicamente y me imaginaba que ambos congeniábamos cuando saliéramos del campo, que podríamos llegar a casarnos y ser una familia feliz. Tenía una expresión triste, alejada del mundo. Yo la espiaba cuando no se daba cuenta, le sonreía cuando nuestras miradas se cruzaban. Mi sueño inconfesable era verla desnuda, y el destino quiso que ese sueño se cumpliera en dos ocasiones. Una vez me llamó *Cara de Ángel* a su despacho y ella estaba allí, desnuda y amarrada a la mesa, como una bestia, de espaldas, sujetos los brazos y las piernas a las patas de la mesa. Resultaba imposible no

mirarla con deseo aun en esas circunstancias. La piel que yo intuía fina, lo era, sus formas, voluptuosas, la melena lacia le caía del cuello hacia el suelo. *Cara de Ángel* sorprendió mi mirada y azotó sus nalgas con la fusta que llevaba en la mano, como si fuera la grupa de su caballo. Con una risotada salvaje el oficial me preguntó si me quería aprovechar de su situación. Aquello no era lo que yo había soñado. Ella tenía la mirada baja, estaba humillada, en una postura atroz, con las piernas separadas y los tobillos atados a las patas de la mesa y las manos juntas con otra soga que le mordía las muñecas, totalmente inmóvil. Moví la cabeza, claro, de derecha a izquierda, y él lo hizo por mí, bajándose el pantalón, golpeándole las nalgas con la fusta que siempre llevaba en la mano, obligándome a asistir a su violación que duró una eternidad porque se había emborrachado de cerveza. La furia sacudió mi cuerpo, pero no fui capaz de impedirlo, me ahogué en mis propias lágrimas, la rabia me mordió el estómago, me faltaba la respiración. La muchacha lloraba, se estremecía de asco, se retorció humillada mientras aquel salvaje la violaba en mi presencia, la manoseaba y mordía. La segunda vez que la vi desnuda fue cuando conduje hasta el crematorio su cuerpo gaseado al cabo de cinco meses de aquella escena. Su piel era grisácea, pero seguía siendo una hermosa mujer, Dios mío. Le pellizqué las mejillas, por si milagrosamente aún vivía, pero no, estaba muerta. No tenía más de dieciocho años, hubiera sido una mujer feliz, con un buen marido, con hermosos niños... No volví a soñar más con ella, me la arrebataron de mi imaginación cuando tuve que empujar su cuerpo dentro de aquel horno cuyas llamas la devoraron. Fue sencillamente espantoso.

Se detuvo para tomar aliento, para restregar los ojos con sus dedos y tragar saliva. Su silencio se eternizó mientras se escuchaba la respiración entrecortada por las lágrimas.

—Dios mío! —exclamó Eva en susurros.

—No invoque el nombre de Dios —replicó con furia—. Por allí no se dejó ver nunca, no impidió ninguna de aquellas salvajadas, se mostró del todo indiferente hacia el horror. ¡Dios, Dios, Dios! Le aborrecimos, nos dimos cuenta en esos momentos de que Dios no existía y de que si no era así, se trataba de un infame. No sé qué era preferible, si morir al momento, en la cámara de gas, cuando entrabas en el campo, o demorararte mientras te consumías por el trabajo brutal, la mala comida y las enfermedades. Al final, en esas condiciones extremas, todos estábamos enfermos. Por la noche, cuando se cerraban las luces de los barracones, el estruendo de las toses era insoportable, y por la mañana, cuando nos levantábamos, el hedor de los enfermos de disentería, que llenaban sus catres de mierda y sangre, inaguantable.

—¿No había ningún momento de respiro? ¿Cómo puede aguantarse toda esa miseria moral, esa degradación, a diario, sin romperse uno definitivamente?

—¿Momentos buenos? Los sueños. Cuando el hambre nos dejaba conciliar el sueño por la noche, cuando el estruendo de las toses no nos impedía dormir, o ya no nos importunaba ese insoportable hedor a carne enferma y a miseria en el que aparecía envuelto cada barracón, éramos felices. Soñábamos que estábamos de nuevo en nuestras casas, que abrazábamos a los familiares que ya no existían, que veíamos el color de los bosques y de las praderas, que éramos libres de hacer lo que nos diera la gana, y sufríamos porque sabíamos que luego, por la mañana, cuando tocara levantarnos bajo el sonido de los silbatos, los sueños se esfumarían y deberíamos enfrentarnos de nuevo a la insoportable cotidianidad.

—Me siento culpable, señor Weis, de remover tanto dolor en su interior.

—El dolor no me lo quito nunca, me acompaña día y noche, como un insoportable mal de muelas que dura eternamente. No se preocupe. No me hace revivir nada porque lo revivo a diario, desde la mañana, cuando me meto en el plato de ducha y descubro mi número marcado en la piel. No se sienta culpable, amiga, de algo que forma parte de mí —Yehuda Weis fijó sus ojos glaucos en la pared de enfrente, por encima del cabello ondulado y rubio de la periodista Steiger, y prosiguió la narración—. Durante medio año, una parte del campo de concentración de Auschwitz estuvo organizado como un gueto. En septiembre de 1943 dos transportes con cinco mil judíos checos partieron desde el gueto de Theresienstadt hacia Auschwitz. En esos transportes no se llevaban a cabo selecciones, sino que los presos eran conducidos a una sección aislada del campo de cuarentena de Birkenau.

Las mujeres, los hombres y los niños se alojaban en bloques separados, pero podían moverse libremente en esa zona del campo. Así las relaciones sociales entre los presos seguían siendo posibles. Por esa razón esa zona del campo se llamó «campo de familias de Theresienstadt». Y aquellos judíos eran la envidia de todos los demás, porque vivían juntos hombres, mujeres y niños, porque podían abrazarse. Estaban aparte, segregados, comían mejor, vestían más adecuadamente y no eran destinados a trabajos atroces. Para los demás resultaba un misterio incomprensible la existencia de ese lugar privilegiado dentro del mismo infierno, pero pronto salimos de dudas.

Theresienstadt era un falso decorado que exhibían los responsables del campo de la muerte a las delegaciones de la Cruz Roja que, de tarde en tarde, se dejaban caer y tomaban nota de que las condiciones en Auschwitz no eran tan inhumanas y degradantes como contaban. Una gran mentira que no se sostendría por mucho tiempo, además. En las actas de internamiento de aquel grupo privilegiado figuraba la nota SB,

sonderbehandlung, tratamiento especial, el eufemismo con el que designaban el asesinato masivo por gaseamiento. A los internados del campo de familias se les engañaba durante seis meses en cuanto a su destino, puesto que no sabían nada de esa nota, y creían que, debido al trato relativamente bueno, iban a mantenerse con vida. Los judíos checos no eran asignados a ningún comando de trabajo, podían recibir paquetes postales, tenían el permiso de escribir cartas, incluso se les exigía que mantuvieran correspondencia con sus familias porque eran la cara amable y publicitada de Auschwitz, la que acallaba los siniestros rumores acerca del matadero.

A pesar del trato preferente murieron, en el transcurso de los seis primeros meses, mil ciento cuarenta personas en aquella sección. Transcurridos los seis meses, el plazo prefijado, el 9 de marzo de 1944, los sobrevivientes fueron asesinados en las cámaras de gas sin ningún tipo de miramiento después de ese interregno de privilegios. El campo de familias de Theresienstadt ya había cumplido con esa función representativa, justificando a las SS frente al mundo exterior.

—Lo que cuenta resulta de una extraordinaria crueldad. ¿De qué otros países llegaban remesas de judíos?

—De Hungría. Hasta la entrada de las tropas alemanas en Hungría el gobierno húngaro se había negado a deportar a la población judía a los campos de concentración. El nuevo gobierno, con su jefe pro alemán Sztojaj, aceptó las exigencias alemanas, concentrando a los judíos en guetos y campos transitorios para después deportarlos a Auschwitz-Birkenau. Preparativos a gran escala precedieron a los dos primeros transportes, que salieron el 29 de abril de 1944 de Kistarcsa, con mil ochocientos judíos, y el 30 de abril de 1944 de Topolya, con dos mil judíos. Los datos los tengo frescos pues yo era el encargado de hacer anotaciones en los libros de la contabilidad de la muerte que nuestros

asesinos llevaban con precisión empresarial, como si aquellas partidas contables de entradas y salidas de seres humanos no escondieran, tras la frialdad de los simples números, todo un rosario de tragedias.

Los alemanes lo anotaban todo, lo fotografiaban todo, porque estaban convencidos de que nunca tendrían que dar a nadie ningún tipo de explicación de sus actos execrables. Tras una interrupción de dos semanas empezó, el 15 de mayo de 1944, la fase principal de las deportaciones. Hasta el 9 de julio de 1944, más de cuatrocientos mil judíos fueron deportados desde Hungría a Auschwitz. Al parecer hubo presiones por parte de los países neutrales y del Vaticano, y el regente Horthy prohibió seguir con las deportaciones. En aquel momento, Alemania no quería que se agravase el conflicto con Hungría, por lo cual renunció a tomar medidas decisivas. Sin embargo, en agosto de 1944, varios centenares de judíos húngaros fueron transportados desde el campo para presos políticos en Kistarcsa a Auschwitz. Para estar preparados antes de la llegada de los dos primeros transportes, se realizaron una serie de mejoras: los crematorios fueron reformados y reforzados con arcilla refractaria, las chimeneas, con bandas de hierro. Había que tener a punto la maquinaria mortífera.

Detrás de los crematorios fueron excavadas fosas muy amplias. Un mayor número de presos fue asignado a los comandos de limpieza, así como a los comandos especiales. A pesar de ello, estos dos comandos no daban abasto porque eran demasiados los judíos que llegaban con sus correspondientes pertenencias. Los judíos húngaros tardaban una media de al menos cuatro días para llegar al campo.

Los vagones estaban tan abarrotados que no podían respirar. Tampoco se les daba de beber porque el exterminio empezaba ya en el viaje. Muchos de ellos morían por asfixia o de sed. Especialmente los niños pequeños, los ancianos y los enfermos morían debido a estas

circunstancias durante el transporte. La situación era dantesca, por la cantidad de trabajo que se avecinaba y recuerdo a los SS angustiados, estresados, como el obrero de fábrica que está al cuidado de una cadena y no puede despistarse ni un segundo si no quiere causar un desastre en la producción. Porque de eso se trataba, querida amiga, de que éramos una inmensa fábrica de producir muerte a una escala jamás vista. Al tratarse de transportes tan numerosos, las SS seleccionaban a muchos judíos para enviarlos primero al campo y después a la cámara de gas. Sin embargo, el número de los cadáveres gaseados era tan elevado que los crematorios no tenían suficiente capacidad para esas masas y se estudiaron sistemas científicos para mejorar la eficacia de la producción de la muerte.

Descubrieron que si se incineraban cuerpos bien alimentados con cuerpos desnutridos, la combinación era más eficiente. Se quemaron de tres a cuatro cadáveres en una vez, y se usaron diferentes clases de carbón, registrando después los resultados con una minuciosidad enfermiza. Después, se dividieron los cadáveres en las categorías de nutridos y desnutridos, siendo el criterio la cantidad de carbón necesaria para reducirlos a cenizas. Así se estableció que el procedimiento más económico y que ahorra más combustible sería quemar los cuerpos de un hombre bien alimentado y una mujer desnutrida, o viceversa, junto al de un niño porque con esa combinación, una vez hubieran prendido, los cuerpos seguirían quemándose sin necesitar más carbón. Todo era una cuestión de economía, de racionalizar gastos, y estábamos hablando del exterminio de seres humanos. Los crematorios, científica-mente planeados, deberían haber podido hacer frente a todo el proyecto, pero no podían, estaban al borde del colapso. El complejo tenía cuarenta y seis nichos de hornos, cada uno con capacidad para entre tres y cinco personas. La incineración en un nicho duraba una media hora. Llevaba una hora al día limpiarlos. Así, en teoría, era posible incinerar unos doce mil cadáveres

en veinticuatro horas, cuatro millones trescientos ochenta mil al año. Cifras, malditas y perversas cifras y un ratio de productividad espantoso. Pero los bien contruidos crematorios fallaron en varios campos, y sobre todo en Auschwitz en 1944. En agosto, el total de incineraciones alcanzó un pico de veinticuatro mil al día, pero aun así había un cuello de botella.

Las autoridades del campo necesitaban un método de eliminación de los cadáveres, económico y rápido, así que de nuevo cavaron seis enormes fosas tras el Crematorio Cinco y reabrieron antiguas fosas cavadas en el bosque. La necesidad de una eficiencia a gran escala para hacer frente al enorme número de cadáveres producidos por las cámaras de gas, llevó al diseño y construcción de nuevos crematorios, y la capacidad diaria subió de seiscientos cuarenta y ocho cadáveres al día a diez mil, pero se tuvo que recurrir a veces a grandes piras y fosas para deshacerse de los montones de cadáveres, pues con tanta actividad los hornos empezaron a fallar. El Crematorio Cuatro se averió totalmente después de un breve período de funcionamiento, y hubo que cerrar el Crematorio Cinco de vez en cuando. Los cadáveres se iban amontonando, de forma que terminaron apilándolos en hogueras dentro de unas fosas previamente excavadas, donde eran quemados. Para acelerar este proceso, fueron excavadas zanjas alrededor de las hogueras, en las que escurría la grasa de los cadáveres, y la incineración en fosas se convirtió en el método principal de eliminación de cadáveres. Las fosas tenían canalizaciones en un lado que recogían la grasa humana. Para mantener las fosas ardiendo vertíamos aceite, alcohol y grandes cantidades de grasa humana hirviendo sobre los cadáveres. Esa grasa se vertía sobre los montones de cadáveres, para que ardieran mejor y más rápidamente.

Nosotros, los *skapos*, al mando de nuestros batallones de trabajo, deambulábamos por aquel siniestro escenario que hedía a muerte sin

inmutarnos, mirando sin ver, escuchando sin oír, la magnitud de aquel Apocalipsis. Los SS estaban realmente enloquecidos con tantísimo trabajo. Las imágenes de barbarie de las que fui testigo son difíciles de reproducir. Un tipo grueso de las SS, un verdadero cerdo que aún lo parecía más al lado de nuestros escuálidos cuerpos, se emborrachaba en medio de aquel atroz espectáculo de pirámides de cuerpos ardiendo y se divertía arrojando con vida a niños pequeños o ancianas a la grasa hirviente o al fuego. Los gritos eran espantosos, pero lo peor de todo, lo que me corroe el estómago, para lo que no hallo explicación y me demuestra lo mezquino y miserable que soy, es que yo, que estaba cerca de ese monstruo seboso que se divertía quemando viva a la gente, por placer, por oírlos gritar y retorcerse de dolor en la gran hoguera, no fuera capaz de saltar sobre él, morderle, matarle. El instinto de supervivencia me mantenía quieto, vergonzosamente pasivo, cómplice de aquella locura.

Yehuda Weis suspiró, cerró los ojos, se llevó los dedos a los labios resecos, se estremeció de llanto seco mientras temblaban sus rodillas, se juntaban, se entrechocaban.

—Para calmar a los parientes de los deportados y también al resto de la población húngara que se había percatado del hecho de que un gran número de personas de repente había desaparecido, los húngaros recién llegados tenían que enviarles una postal con el siguiente texto: «Estoy bien». Como remitente debía figurar el campo de trabajo de Waldsee, que solo existía en la imaginación de la Gestapo del campo. También aquellos, que eran enviados directamente del tren a la cámara de gas, recibían postales en las cabinas de los crematorios con la orden de escribir a casa. Los muertos escribían sus últimas cartas y los familiares se mantenían en el engaño de poder abrazarlos algún día.

—Y también hubo gitanos. ¿Recuerda su llegada? De los gitanos solemos olvidarnos siempre.

—Sí, el dolor parece ser también una cuestión de estadística. Las otras etnias y grupos sociales exterminados por el nacionalsocialismo pasan desapercibidos ante el Holocausto judío. Andábamos perdidos en las cifras del horror y no valorábamos que cada muerte era la pérdida de un ser irremplazable, que cada ser humano es una compleja construcción de sentimientos, emociones y recuerdos. Los gitanos, claro que me acuerdo de ellos. Mi misión de *kapo* era la de recibir a todos los aspirantes a morir en la fatídica estación de tren. El 16 de diciembre de 1942, Himmler dio la orden de internar a todos los gitanos, dado que debían ser exterminados al igual que los judíos. El 26 de febrero de 1943 llegó a Auschwitz, organizado por el RSHA, el primer transporte de gitanos, al que siguieron más transportes. Los gitanos no eran sometidos a ninguna selección a su llegada. El campo de los gitanos era un campo de familias, es decir, que las familias al completo eran enviadas a esa sección del campo. Se trataba de gitanos de todo Centro Europa; en poco tiempo habían sido deportados a millares. Algunos de los transportes, sin embargo, eran enviados a su llegada directamente a las cámaras de gas. En su mayoría se trataba de transportes procedentes del Este, con síntomas de una presunta epidemia, por lo que eran enviados directamente a las cámaras de gas. Las SS les prometían que solo iban a permanecer transitoriamente en el campo, para después establecerse en un nuevo territorio en el Este. Debido a las condiciones de vida catastróficas en el campo y al mal trato por parte de los presos alemanes, la mayoría de ellos moría en el campo. Cuando en el campo de los gitanos se declararon enfermedades contagiosas, especialmente el tifus exantemático, los presos de dos bloques fueron gaseados para evitar la propagación de la epidemia. En la primavera de 1944 las SS empezaron a dismantelar el campo de los gitanos. Los hombres y mujeres capacitados para trabajar

fueron enviados a Alemania. Todos los demás, alrededor de tres mil personas, fueron gaseados la noche del 6 de agosto de 1944 —hizo una pausa, se humedeció los labios y esbozó una sonrisa—. Pero también había lugares no tan terribles dentro del campo, como Mexiko que, junto con Kanada, era el mejor destino posible. En la última fase de la guerra, la industria armamentista reclamaba cada vez más mano de obra; aquellos, que en la selección, a su llegada, habían sido calificados de capacitados para el trabajo, eran trasladados al campo Mexiko. Este sector del campo de concentración, en Auschwitz-Birkenau, todavía no estaba terminado. Allí los presos tenían que permanecer hasta que eran enviados en un segundo transporte a uno de los campos de trabajo. Ya que no iban a quedarse en Auschwitz, a estos presos no les era tatuado el número de registro. En el nuevo sector del campo se daban las mismas condiciones de vida, tan inhumanas y con las mismas consecuencias devastadoras, que en un principio habían sufrido también en el campo de mujeres de Birkenau y más tarde en el campo de los gitanos. La carencia de las instalaciones higiénico-sanitarias más imprescindibles y la falta de agua eran las causas principales de una tasa de mortalidad muy elevada. En la jerga del campo denominaron este nuevo sector Mexiko. Los internados no recibían las habituales ropas y mantas del campo, sino aquellas mantas de las que habían sido despojados los deportados del campo Kanada. Cuando los internados de este sector del campo se movían apretujados con sus mantas, esa imagen multicolor evocaba asociaciones con México. De ahí venía el nombre.

—Hubo un tren con niños. Hábleme de ese transporte.

—Sí. El tren de los niños. No era una novedad. En cada tren llegaban niños y madres que eran enviados directamente a las cámaras de gas porque no eran productivos. Aquellos niños a los que las SS

perdonaban la vida, se convertían primero en aprendices de albañil en la construcción de los crematorios en Birkenau.

Ya que la alimentación no era suficiente para realizar estos trabajos tan duros, sufrían de desnutrición. En 1943, concluidos los trabajos en Birkenau, los muchachos de la escuela de albañilería fueron trasladados a Auschwitz I donde fueron asesinados con inyecciones de fenol. Muchos niños se encontraban de continuo en el campo, en los bloques y en los comandos de trabajo, donde tenían que ejercer de peones. Había *kapos* alemanes que abusaban de los muchachos para satisfacer sus instintos más perversos, agravados por su larga estancia en el campo. Los sodomizaban, los violaban, los embrutecían. A partir de 1942, los niños procedentes de todas las zonas ocupadas fueron deportados a Auschwitz. En general los niños pequeños eran asesinados inmediatamente por ser demasiado débiles para trabajar. Si durante la selección, una madre llevaba a su hijo en brazos, los dos eran enviados a la cámara de gas, porque en estos casos se calificaba a la madre de no capacitada para trabajar. Si era la abuela la que llevaba al niño, era ella la asesinada junto al niño —su voz se truncó y la pausa se alargó mientras cogía aire—. Pero peor era la vida que esperaba a los que se salvaban de la cámara de gas. Duele ver a un adulto, a una mujer, a un anciano maltratado, desnutrido, pero ver a niños moribundos sacudía la conciencia anestesiada de quienes habíamos sido testigos de toda clase de inhumanidades.

Cierro los ojos y puedo ver ese horror incalificable. Los niños, al igual que los adultos, estaban en los huesos, sin músculos y sin grasa, y la piel fina se desollaba en todas partes sobre los huesos duros del esqueleto, inflamándose y convirtiéndose en heridas ulcerosas. La sarna cubría por completo los cuerpos desnutridos extrayéndoles toda su energía. Las bocas estaban carcomidas por profundas úlceras, que ahuecaban

las mandíbulas y perforaban las mejillas como un cáncer. En muchos casos, y debido al hambre, el organismo, que se iba descomponiendo, se llenaba de agua. Se hinchaban hasta convertirse en una masa deforme, que no podía ni moverse.

La diarrea, sufrida durante semanas, corrompía sus cuerpos indefensos, hasta que al final, debido a la pérdida continua de sustancia, no quedaba nada de ellos. Los veía vagar por el campo, como fantasmas, con los ojos fuera de las órbitas y ¿sabe qué es lo que deseaba para ellos? Una muerte rápida, que uno de esos asesinos de uniforme y botas relucientes que se paseaban junto a esos fantasmas a los que se les había negado la parte de la vida más hermosa, el sueño de la infancia, les disparara en la cabeza y acabara con su agonía. Pero no lo hacían, no, porque un pellejo maloliente y repugnante que se descomponía mientras se arrastraba por el lodo del campo no merecía una simple bala del Tercer Reich.

Se hizo un nuevo silencio, palpable, mientras la luz escasa que iluminaba la habitación parecía apagarse como la misma vida. Eva observó el rostro demacrado de Yehuda, los ojos hundidos, la nariz afilada, la puntiaguda barbilla, la piel cetrina y fina que a duras penas cubría los huesos de la cara. Quiso hablar pero no le salió la voz, tembló a punto de descomponerse, cerró una y otra vez los ojos para cortar el río de lágrimas que pugnaban por recorrer su cara. Faltaba aire en esa habitación. O el aire era espeso, irrespirable.

—El tren de los niños. Usted quiere saber lo que pasó. Aquel tren venía de Cracovia y los niños lloraban al bajar del tren después de varios días sin comer ni beber. Y allí estaba el oficial que me salvó la vida, que asesinó a mi madre y a mi hermano, al que debía de odiar y estar agradecido al mismo tiempo, dirigiendo el pelotón de soldados, cogiendo a los niños por las piernas como si fueran meros conejos y arrojándolos al

interior del camión ante los gritos desgarradores de las madres. Habíamos visto de todo, señorita, pero aquella atrocidad nos superó: no se maltrata a los corderitos ni a los terneros de la forma que yo vi que hacían con aquellos críos. Las criaturas volaban por los aires y se desintegraban contra el camión con un chasquido horroroso de sus huesos. Eso se tiene que oír, no es posible que se lo imagine. Aquel día la nieve de Auschwitz se volvió roja por la sangre de miles de inocentes. Y durante semanas seguí oyendo aquellos gritos, los de las madres y sus hijos, mientras se ahogaban en las cámaras de gas. Fue espantoso amontonarlos en las carretillas, llevarlos al crematorio. Yo no podía mirar, cerré los ojos. Las mujeres abrazaban los cuerpos de sus hijos, los tenían entre sus brazos, para protegerlos, como si quisieran de nuevo meterlos en sus úteros. ¿Se lo puede imaginar? No, claro que no. No éramos humanos, nos habíamos vuelto locos.

Eva Steiger se quedó un momento sin aire. Se sintió mareada y dio gracias a que estaba sentada en esa dura silla de madera. Tragó saliva y respiró hondo. Tuvo que luchar para que las lágrimas no reventaran sus ojos y anegaran sus mejillas. Tomó aire y volvió a hablar, esforzándose porque su voz saliera de su boca clara, sin temblor, pero se le estrangulaba en la garganta, se escuchó ella débilmente ese tono mortecino y agónico de sus palabras. Irak le pareció el paraíso.

—Hábleme de la revuelta de los *sonderkommandos*.

—No fue nada heroico. ¿Qué perdíamos? Nada. Nuestra vida no tenía ningún sentido, aunque el instinto animal nos animaba a sobrevivir. Había presos que estaban dispuestos a crear una resistencia, no lo hacían de forma individualizada, porque una persona sola no tenía casi ninguna posibilidad. En el campo de concentración se formaban grupos por nacionalidades, o bien por opiniones políticas similares. Había que cumplir con dos condiciones imprescindibles para poder formar la

resistencia: ocupar los puestos importantes con personas de confianza y un servicio de información de los presos que funcionara bien. El trabajo ilegal se centraba en la ayuda a la fuga y la planificación de las revueltas armadas. Llegó un momento que presentimos que nuestro fin estaba próximo. Los aviones aliados sobrevolaban el campo de exterminio, pero nunca lo bombardearon. ¿Por qué? Quizá consideraron que los nazis les estaban ahorrando un trabajo sucio, es un pensamiento horroroso que me viene a la cabeza. ¿Por qué no arrasaron el campo de exterminio?

No nos importaba morir a cambio de eso. Pero no lo hicieron. El número de internados por entonces se elevaba a ciento cincuenta y cinco mil personas y las SS empezaron la evacuación del campo, señal que nosotros intuimos como el principio de nuestro fin. Estábamos convencidos de que nosotros seríamos los próximos en ser gaseados ante la inminencia del fin de la guerra y organizamos en silencio la revuelta. Un grupo de jóvenes mujeres judías, que realizaban trabajos forzados en la fábrica de municiones Unión en Auschwitz, nos suministraron clandestinamente, durante medio año y bajo condiciones muy difíciles, pólvora. La pólvora era entregada a un miembro de la resistencia que trabajaba en el almacén de ropas, que a su vez la entregaba al *sonderkommando*. Había muchísimo odio acumulado en cada uno de nosotros cuando el 7 de octubre de 1944, por sorpresa, los *sonderkommandos* del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, unos cuatrocientos judíos principalmente húngaros y griegos, atacamos a los SS que nos vigilaban mientras limpiábamos las cámaras de gas de la porquería de la última remesa de víctimas. No se lo esperaron. Con palas, picos, hachas, acabamos en pocos momentos con cuatro de aquellos verdugos nazis. Sentí, Eva, verdadero placer en matarlos, en encarnizarme con sus cadáveres, en meterlos en los hornos crematorios cuando estaban agonizando y oír sus gritos horribles cuando los devoraba el

fuego, aún con vida. Pensé en mi madre, en mi hermano, en los miles de niños, en la muchacha polaca cuando descuarticé con el hacha a uno de aquellos miserables uniformados que gritaba aterrorizado que no le matara, al que se le abrían los esfínteres, que se convertía en un animal despreciable que a toda costa quería salvar su vida. Ese alemán no tenía las botas limpias, ni el casco reluciente: murió envuelto en su propia mierda, sobre una mesa, me libré de su hedor empujándole con mis propias manos hacia el horno. Después volamos la cámara de gas del Crematorio Cuatro e intentamos huir. Durante unas horas volvimos a sentirnos dignos. Dignos matando a nuestros verdugos, incendiando y destrozando los hornos crematorios. Aquella violencia nos devolvía ilusoriamente la libertad por unos instantes muy breves.

Ahora eran los ojos de Eva, silenciosa, los que poco a poco iban abriéndose y era su cuerpo el que se estremecía ante el relato mientras la cinta, neutra, seguía su devenir en el interior del magnetófono.

—Nos hicimos con algunas de sus armas, nos enfrentamos fuera de los barracones con los guardias de las SS, pero terminaron aplastándonos y aplicándonos un castigo ejemplar. La treintena que sobrevivió fue obligada a tenderse en el suelo, sobre la nieve que nos quemaba la cara y las manos, y el oficial de las SS, el que me salvó al llegar, *Cara de Ángel*, volvió a salvarme otra vez, al disparar contra quien estaba tumbado a mi derecha y hacer lo mismo con el que estaba a mi izquierda. Me salvó, ese mal nacido, y me condenó de por vida, porque yo ya no quería vivir, yo era una piltrafa moral y física, una escoria humana. En cuanto a nuestras heroicas cómplices, fueron descubiertas tras exhaustivas investigaciones de la Gestapo del campo de Auschwitz que averiguó que la pólvora procedía de la fábrica Unión. Las cuatro mujeres involucradas fueron torturadas durante varios días, pero no traicionaron a los miembros de la organización clandestina. Fueron

ahorcadas el 6 de enero de 1945, tres semanas antes de la liberación del campo de Auschwitz por los soldados del ejército soviético. Ala Gertner, Roza Robotka, Regina Safirsztajn y Estusia Wajcblum se llamaban. Nada de aquella época, ni un solo nombre, escapa a mi memoria, y en cambio olvido lo que hice ayer.

—Y llegó la liberación.

—Ya en noviembre de 1944 Heinrich Himmler ordenó el desmantelamiento de las instalaciones de exterminio y la destrucción de las cámaras de gas y de los crematorios. Las cámaras de gas habían cesado su funcionamiento meses antes.

Comenzó la evacuación de Auschwitz y de los campos adyacentes cuando empezaba a verse que la guerra estaba perdida por Alemania. Los aviones aliados seguían pasando por encima de nuestras cabezas con cierta frecuencia y rezábamos, inútilmente, para que arrojaran sus bombas sobre el campo de exterminio, aunque eso supusiera nuestro fin. Deseos vanos: Auschwitz no merecía una sola bomba aliada. A través de las radios clandestinas, que habían fabricado varios prisioneros, nos llegaban noticias del desembarco de Normandía, la ofensiva rusa y el atentado frustrado contra Hitler. Sabíamos que el fin estaba cerca pero nos producía una inmensa angustia que no pudiéramos verlo con nuestros propios ojos, que nos liquidaran antes. Algo cambió sustancialmente en el campo de exterminio y fue la forma de mirarnos de los SS y hasta de los propios disidentes políticos alemanes encerrados: por primera vez sentimos que nosotros éramos la amenaza para ellos, y no al revés, que la tortilla se daba la vuelta, y los alemanes, unidos los verdugos y sus presos, sentían sobre sí el impacto de las bombas que arrasaban sus ciudades.

Empezamos a ver en los rostros altaneros de nuestros guardianes el fantasma del miedo y la derrota; de héroes, por encima del bien y del

mal, pasaban a asustadizos soldados en retirada e intuían que tendrían que dar razón de sus crímenes execrables. Pero nos temíamos una huida hacia delante mientras el Tercer Reich se desmoronaba, que los zarpazos de la fiera agonizante nos alcanzaran. Los presos que todavía eran capaces de desplazarse por su propio pie fueron enviados a *la marcha de la muerte* hacia el oeste, cincuenta y ocho mil prisioneros de los que quince mil murieron. Dejaron Auschwitz en vagones de trenes abarrotados que no tenían techo y recuerdo que nevaba de una forma intensa. Después de una semana aquella gente comenzó a morir, lo que era un plus inaguantable de crueldad teniendo en cuenta la cercanía del fin de la guerra. La última contabilización arroja un saldo de sesenta y seis mil veinte internados en el campo de concentración de Auschwitz, incluidos los campos adyacentes. Recuerdo la tarde que *Cara de Ángel* me llamó a su oficina.

Estaba nervioso, entrecerraba sus ojos azules y el color sonrosado de sus mejillas se había vuelto grisáceo. Por un momento temí que fuera a dispararme y seguramente lo pensó porque tenía su Luger en la mano y me miraba a mí mientras me decía que aquello llegaba a su fin, que se iba. «¡Te salvé la vida!» me gritó. Debía de estar loco porque le contesté que no era ningún favor la vida que me había regalado, que le odiaba profundamente, que era un vulgar asesino y un cobarde. Abandoné su despacho esperando oír el estampido de su pistola que me indicara mi muerte. No hizo fuego contra todo pronóstico. Imagino que las circunstancias, el hecho de perder esa guerra que nunca pensaron que perderían, le bloquearon. Sí, llegaron los rusos el 27 de enero de 1945 cuando los SS huyeron del campo de concentración olvidándose de matarnos. La derrota los desconcertaba, les hizo perder su eficacia asesina.

Cuando el campo fue liberado había en él siete mil prisioneros, la mayoría enfermos y casi muertos de hambre. Los nazis destruyeron el

campo de concentración parcialmente y huyeron del Ejército Rojo. Y aquellos soldados soviéticos miraban incrédulos todo el horror que descubrían allí dentro. Fumé mi primer cigarrillo en cinco años de manos de un *tovarich*, el primer cigarrillo de mi vida, y fui liberado, volví a mi pueblo con veintitrés años, a mi casa, para ser despreciado de nuevo por mis vecinos que me creían muerto y a quienes molestaba por mi insolencia de haber sobrevivido. Allí estaban, Eva, los que miraron a otro lado cuando vino a buscarnos aquella noche de 1940 aquel camión que nos llevó al infierno, y en el infierno sigo, sin salir de él.

—Hay una pregunta que todos los represaliados suelen contestar de forma muy comedida, buscando lo políticamente correcto. Usted no olvida.

—No podría aunque quisiera. Mi mayor deseo sería ser amnésico, borrar de mi mente todo ese espantoso período.

—¿Siente odio, deseos de venganza?

—Una de las pocas satisfacciones que tuve fue ver a Hoess ahorcado en 1947 frente a su casa de comandancia de Auschwitz, donde vivía con su esposa y dos hijas. Testifiqué contra él en el juicio. No destacaba por su crueldad, me refiero a que no tomaba parte en esa orgía de sangre y muerte directamente, pero la diseñó, montó esa cadena de producción letal y no se planteó nunca sus consecuencias. Era un verdadero monstruo, yo creo que ya estaba muerto cuando le ejecutaron. Cuando le mataron, sin su cuidado uniforme, parecía otra persona, alguien normal y corriente, que no impresionaba, y costaba pensar que ese individuo había sido el responsable de tantos millones de muertes, de haber multiplicado el dolor por media Europa.

Pero fue una vida, un puñado de vidas, por millones inmoladas. ¡Es tan enorme la desproporción! Pero es que no había un castigo

proporcional a aplicar, era impensable e imposible a no ser que se les aplicara tormento por la eternidad. Si lo que me pregunta es si me sentí satisfecho, si la ejecución de Hoess supuso algún bálsamo para mí, le diré que no. ¿Puedo estar tranquilo sabiendo que siete mil miembros de las SS implicados en crímenes de guerra andan sueltos y alardean de sus atrocidades en las reuniones del NPD? No lo estoy.

—¿Se casó, señor Weis? —preguntó, inopinadamente, Eva Steiger después de un silencio.

—E hice desgraciada a mi mujer, que se suicidó incapaz de soportar mi dolor.

Estoy condenado a permanecer solo.

—Perdone, no lo sabía. Lo siento.

—Es una anécdota más. Y aquí estoy, a pesar de todo, renuente a marchar, obcecado en vivir aunque no sé por qué. Quizá Yahvé me tenga predestinado para alguna causa —se detuvo y se hundió los dedos de la diestra en las cuencas de sus ojos apagados—. ¿Sabe una cosa? Me duele haber sobrevivido, me siento culpable por ello. Esta sociedad no quiere víctimas, se alía más bien con los verdugos que con los que sufrieron, del mismo modo que se huye de los enfermos, de los moribundos, de los pobres. Somos testigos molestos de la mayor atrocidad cometida por el hombre, somos la negación de la existencia de Dios, porque si hubiera existido no lo habría permitido. ¿No lo cree? En ese espantoso lugar desaparecieron muchos amigos, familiares, cuyos cadáveres quizá tuve que acarrear hacia los crematorios. Y le aseguro que Dios no estaba allí, que también miró hacia otro lado como el resto de esa humanidad que ahora se acuerda de nosotros pero entonces se olvidó por completo.

—Bueno —dijo Eva, suspirando, pulsando la tecla de *off* de la grabadora y alzándose de su silla—. Creo que ya tengo material suficiente.

Pondremos su voz a una silueta que simulará ser usted y fotos fijas de archivo de Auschwitz. Ha sido, señor Weis, muy amable y útil. Le estoy infinitamente agradecida y más sabiendo lo que ha supuesto para usted resucitar todo ese horror.

Pese a las protestas a que no lo hiciera, Yehuda Weis, renqueante, acompañó a Eva Steiger.

—¿Por qué no ha querido salir en imagen? —fue la última pregunta, ya con la puerta abierta y la mitad del cuerpo en el descansillo de la vieja y fría casa de la Karlsruestrassen.

—Por pudor, por infinita vergüenza. No por miedo. Nadie de los que pasaron por mis manos vivió, Eva, y esa es mi condena de todas las noches, el recuerdo que no me deja dormir. Aún oigo los gritos de las madres y de sus hijos, y aún huelo a la mierda de la miseria. No vivo. Mi vida acabó aquella noche de 1940, cuando el camión fue a por mí. Ese día murió Yehuda Weis. El resto es un inútil purgatorio.

Capítulo 8

Durante una semana Eva Steiger permaneció encerrada en su apartamento de Múnich escuchando la grabación de la entrevista que había efectuado a Yehuda Weis para la ZDF. Una y otra vez la voz cansada del superviviente judío narraba su pormenorizada vida en el infierno y sus palabras provocaban en la periodista una sensación de angustia y asco hacia sí misma como componente de esa condición humana que había alcanzado aquellos límites de aberración inimaginables. Eva, cuando ya no podía, cuando notaba un ahogo vital, paraba la grabadora, estiraba los brazos, recorría el pasillo, abría su nevera, bebía agua y regresaba. Hacía tres días que la comida escaseaba y que la periodista de la ZDF se había olvidado de la compra. No bajaba a las tiendas del barrio, no pisaba la calle. Puso de nuevo la grabadora en marcha. Durante la entrevista con Yehuda Weis había hecho acopio de su aplomo y se había mostrado profesional y fría. Ahora sencillamente no podía, no quería. La secuencia de las atrocidades cometidas por sus compatriotas sesenta años atrás le producía mareos, le revolvió el estómago, porque por mucho que se rastrease en la historia de la humanidad no se podía encontrar monstruosidad semejante, nada equiparable. Aquel Holocausto infame no había sido la obra de un loco solitario sino la gesta maléfica de todo un pueblo enloquecido. Pete interrumpió con un timbrazo en la

puerta sus sombríos pensamientos. Eva se ajustó el albornoz y fue a abrir.

—¿Por qué no coges el teléfono?

—¿Has llamado? No me he dado cuenta.

—¡Llevas dos días sin cogermelo el teléfono! —chilló mientras seguía a la menuda periodista por el apartamento y desembocaban en la habitación en donde la voz cansada de Yehuda Weis recordaba el infierno.

—¡Joder! —exclamó furioso—. ¿Aún sigues con eso? Te va a desequilibrar, querida. Deberías hablar con un psiquiatra. Te estás jodiendo, querida Eva.

—La jodió todo el pueblo alemán —respondió con furia.

—Es el pasado.

—Que no conviene olvidar.

—No puedes involucrarte tanto en lo que haces. No es bueno para tu mente. Ya te sucedió en Irak. Y te trasladaron.

—Lo de Irak era un juego de niños —se sentó en el sofá y detuvo la grabadora—.

Mira Pete, creía que estaba curtida en esta profesión, pero una nunca lo está. Irak es espantoso, es un infierno, es una locura en donde mueren a diario decenas de personas a manos de esos putos marines mascadores de chicles que disparan contra todo lo que se mueve o esos sanguinarios terroristas que se van al cielo con su *yihad*.

He visto de todo allí. Cuerpos reventados, padres abrazando los despojos sangrientos de sus hijos, soldados prepotentes subidos en sus blindados. Me han disparado. ¿No te lo conté? Pasamos muy despacio

por un control americano y esos subnormales, porque se asustaron, nos acribillaron. Salí viva de milagro. Una periodista tiene que ser neutral, Pete, su deber es informar de forma imparcial sin poner opinión en lo que narra, pero hay situaciones en que eso es muy difícil. Este trabajo sobre Auschwitz es horriblemente difícil —su voz se truncó, suspiró, tomó aire para seguir—. Nunca había hablado al mismo tiempo con una víctima y un verdugo, y nunca había experimentado tantísima rabia en el cuerpo, tantísimo odio. ¿Por qué el hombre es tan atrocemente malo?

Pete la miró a los ojos.

—Todo hombre lleva dentro una bestia. Esa bestia permanece agazapada hasta que alguien le da la orden, le anima a que salga. Imagínate que premian los malos instintos. Imagina que está bien visto asesinar. Que saltan por los aires todas las normas de convivencia, que se da rienda suelta a todos los odios atávicos. Que el mal no tiene castigo sino premio. Eso fue lo que sucedió con el Tercer Reich. Pero no le des más vueltas. Nada puedes cambiar y lo que haces es justamente todo lo que puedes hacer. Ahora —dijo levantándose y cogiendo una de sus manos— en lo que debes pensar es en salir de este encierro monacal y venir conmigo a tomar una buena cerveza, señorita Steiger, y olvidar a tu Yehuda Weis y a ese asesino en serie de Günter Meissner que no son personajes de este mundo sino del pasado y sobreviven únicamente en sus recuerdos.

Fueron al restaurante Café Glockenspiel, situado en la misma Marienplatz.

Condujo Pete el coche. Durante el trayecto Eva Steiger no cesaba de hablar.

—Estaba pensando en cuando se unificó Alemania, aquella maravillosa fecha de la caída del muro de Berlín, en la que Alemania era una

fiesta, y en que no todo el mundo estaba alegre. ¿Recuerdas algunas voces disonantes?

—Pues yo creo que no. Aquello fue como una *kermesse*. Todos saltábamos de alegría ante un momento histórico de una importancia enorme. Hasta tú lloraste, querida, en la puerta de Brandemburgo. ¿No te acuerdas ya?

—Fue una explosión momentánea de sentimentalismo. Pero no era de eso de lo que te quería hablar, Pete. Se me quedó grabada la frase que pronunció un destacado intelectual alemán en un foro informal con periodistas, escritores y artistas gráficos.

Dijo que una Alemania unida era una Alemania fuerte; y la historia enseña que una Alemania fuerte es una amenaza para sí misma y para el mundo. Esa frase, Pete, me vuelve ahora a la cabeza. No podemos olvidar nuestro pasado, tenemos que vivir con esa culpa.

—Eso es alarmismo infundado, querida. Para eso se hizo la Unión Europea, que es un pacto económico, pero es también un pacto de no agresión entre potencias. No puede haber amenaza si existe el eje franco-alemán, si los enemigos del pasado caminan cogidos de la mano.

—¿Alarmismo? Toda la generación literaria de la posguerra, la Trümerliteratur, la literatura de las ruinas, como la llamó Heinrich Böll, y toda la generación intelectual que había participado en el 68, se pronunciaron en contra de la unidad.

Günter Grass dijo: «Auschwitz debiera haber hecho imposible la unificación». Lo que debía impedir la añorada unificación era nuestra responsabilidad por el Holocausto.

La división de Alemania era un justo castigo por nuestro insensato pecado.

—Pero querida Eva: no podemos estar toda la vida pidiendo perdón. ¿Cuánto va a durar esta penitencia?

—No, Pete. No hay penitencia posible. No hay castigo que pueda compensar la balanza en donde se coloque el peso del horror que desató el pueblo alemán.

—No todos fueron culpables, Eva. ¿Olvidas que Alemania tenía el más importante partido comunista de Europa? También fueron asesinados en esos campos los opositores políticos alemanes.

—[Claro que eran todos culpables!—chilló Eva aprovechando que el automóvil se había detenido en una intersección—. No me sirven los que dicen que no supieron, no se enteraron. Se sabía. Se sabía qué era el nacionalsocialismo, el veneno infame que llevaba en su seno, hacia dónde derivaría esa ideología de odio. Los únicos inocentes de esa barbarie fueron los alemanes que por sus ideas perecieron en los campos de exterminio, pero los otros no, los activos y los pasivos, los indiferentes, todos son culpables. Tu padre, el mío.

—No puedes juzgar una época pasada, querida, desde el presente, porque te falta no solo el contexto político e histórico, sino el emocional que es mucho más difícil de comprender. El nacionalsocialismo era una especie de secta satánica, cerrada, con sus ojos y oídos extendidos entre la población. Disentir era sencillamente morir. No puedes reclamar que todo un pueblo se convierta en héroe.

Ni siquiera puedes asegurar cómo habrías reaccionado ante toda esa barbarie, si también hubieras mirado hacia otro lugar.

—Fuimos unos infames cobardes, Pete.

—Pero por lo menos hay un sentimiento de reparación ahora. Para un sector de la sociedad alemana la carga psicológica del Holocausto es

tanta que todo lo que sea judío o suene a tal acarrea de inmediato un reflejo culpable y un deseo de subsanar la barbarie cometida. Y eso que tenemos presente lo que están haciendo los judíos con los palestinos, convirtiéndose en maltratados que maltratan. Está bien. Quizá debemos vivir para siempre con ese sentimiento de culpa, quizá debemos sentir vergüenza, y no orgullo, por ser alemanes. Estamos orgullosos de nuestra cultura, de nuestros pensadores, literatos, músicos, pero esa cultura fue incapaz de frenar ese delirio diabólico. ¿Qué hay que hacer para expiarlo todo? ¿Cuántos billones de euros son necesarios? ¿O hay que derramar sangre para compensar esa balanza de horror?

Consiguieron una mesa junto a los ventanales, con vistas al Ayuntamiento.

Dentro de ese local clásico y acogedor, en donde el tiempo aparecía detenido, reinaba una agradable temperatura. Eva acarició la robusta mesa de madera a la que se sentaron y miró a través de los cristales esmerilados hacia el exterior. Una fina capa de nieve y sal cubría el suelo de la Marienplatz por donde los muniqueeses se desplazaban envueltos en sus abrigo de pieles y escupiendo vaho por la boca. Los rastros de la Navidad habían desaparecido, pero persistía ese frío gélido que duraría hasta bien entrado marzo. Pidieron dos copas de Ebbelwei, la sidra de manzana, y un plato de salmón ahumado. Eva bebió, pero no comió a pesar de la insistencia de Pete.

—Creo que has perdido cinco kilos, amiga, desde la última vez que te vi. ¿Y tu pecho?

—A la mierda mi pecho, Pete. Me importa un bledo todo.

Pete se llevó a la boca una tostada de pan negro de cebada untada de mantequilla y pescó con el tenedor una tira de salmón traslúcido. El hermoso restaurante se había llenado. La última mesa, céntrica con respecto

a la suya, la ocuparon dos parejas de jóvenes ruidosos que dejaron sus chaquetas de cuero sobre los respaldos de sus sillas.

—Pertenece a una generación de estudiantes alemanes occidentales que estoy seguro que es la mejor informada sobre el pasado nazi. En mi colegio, y supongo que en el tuyo, recibimos cursos especiales y detallados sobre el período negro y sus consecuencias para no olvidarlo, cada uno tuvo que trabajar sobre el Holocausto más de una vez. Y bien, mi abuelo tuvo la culpa, seguro, mi padre sería un cobarde, como el tuyo, pero ni tú ni yo tenemos que ver nada con esa mierda a no ser que el mal sea genético y se transmita a través de la sangre.

—Pero pese a la vigilancia del gobierno, los patéticos neonazis asesinaron en 2000 en Dessau a un mozambiqueño por serlo. En julio de ese mismo año una bomba estalló en una estación suburbana de Dusseldorf hiriendo a diez extranjeros, de los que seis eran judíos. ¿Está la Alemania unida provocando una revitalización del fascismo?

—No, no lo creo. Además todos los ataques que citas han ocurrido en la ex Alemania oriental.

—¿Y qué? ¿No son alemanes los *vosis*?

—Son alemanes muy especiales en algunos casos, Eva, hartos de la bota soviética y proclives, por lo tanto, a coquetear con el otro extremo. ¿Cuáles son los países más proamericanos de la Unión Europea? Los del Este de Europa que ven a George Bush poco menos que como su salvador.

Las dos parejas que se habían sentado próximas a la mesa que ocupaban Eva y Pete empezaron a cantar. Empezaron los muchachos, con voces marciales, y siguieron las chicas. Quizá la euforia era debida a los efectos de la dulzona Ebbelwei precedida por unas jarras de cerveza.

Pero sus cánticos hicieron que Eva, situada de espaldas a ellos, girara la cabeza.

—No los mires, Eva —rogó Pete, pero ya era demasiado tarde.

Los corpulentos varones que cantaban lucían un cabello muy corto, pero no fue en ese detalle en el que repararon sus ojos de inmediato sino en sendas esvásticas ta-tuadas en sus brazos.

—¿Has visto lo que llevan? —preguntó Eva, indignada, a Pete.

—Son putos niñatos, majaderos que no saben lo que se tatúan en la piel —intervino Pete, con intención de apaciguarla.

—¡Maldita sea! ¡Llevan la inmunda esvástica! ¿No te das cuenta?

No pudo evitarlo Pete pese a que alargó la mano para prender su brazo. Una iracunda Eva se dirigió a la mesa de los cantantes y se enfrentó a los dos tipos tatuados. Al instante se hizo el silencio y solo se escuchó la voz de la periodista de la ZDF.

—¿Acaso sabéis lo que lleváis tatuado en los brazos? ¿Lo sabéis? —gritó.

Contestó uno de ellos mientras el otro sonreía.

—Claro que lo sabemos: es una esvástica.

—¿Y conocéis su significado?

Pete observaba la discusión desde la distancia, tenso, mientras el resto de los comensales permanecía también atento a lo que sucedía y la comida y la bebida habían perdido interés.

—Claro. Y además estamos orgullosos de ella. Simboliza el Tercer Reich, chica, el honor alemán, la grandeza de la patria, nuestros valores pisoteados.

—Simboliza la podredumbre de Alemania, su vergüenza, la etapa más negra, la época de las masacres colectivas, de los exterminios, de la dictadura más insoportable. [Con la mierda que lleváis en vuestros putos brazos estáis reivindicando el genocidio de los judíos! ¿Os enorgullece eso? ¿Rendís culto a los asesinos?

Intervino entonces el que estaba callado, pero sin levantarse, mirando a Eva con un destello de furia en los ojos.

—Oye, tía plasta, ¿no serás judía? ¿A qué coño vienes a jodernos nuestra cena?

¿No ves que estamos con nuestras chicas? ¿A qué mierda viene eso de los judíos y del Holocausto? Puta patraña, puta mentira y puto invento de esos judíos. Alemania es grande y fuerte. [Jódete, tía! —y le hizo un gesto despectivo con la mano.

—[Sois basura! —chilló, escupiéndole a la cara.

Los muchachos tatuados se alzaron de golpe de sus sillas, con violencia, y Pete saltó de la suya para acudir a la mesa de la disputa. Tomó a Eva por el brazo.

—Se acabó la discusión —dijo, forzando una sonrisa, y haciendo esfuerzos por sacarla de allí.

—Tu amiga está como una chota. ¿Qué es? ¿Una puta judía?

Eva, con violencia, se soltó de la mano de Pete y se encaró de nuevo con ellos.

—Sí, soy puta y soy judía. ¿Me vas a matar por ello?

Llegaron dos camareros cuando la pelea parecía inevitable. Con buenas palabras consiguieron que Eva y Pete volvieran a su mesa e invitaron a las dos parejas a abandonar el restaurante.

—Nos vamos —gritó uno de ellos—. Claro que nos vamos. No queremos comer al lado de apestosos judíos —y volviéndose hacia Pete y Eva alzó el brazo y gritó— Heil Hitler!

—Los hubiera matado —susurró Eva, temblando, cuando desaparecieron.

—Por Dios, Eva! Te he sacado para airearte y montas un número de narices —suspiró Pete vaciando de un trago lo que quedaba de Ebbelwei y haciendo una seña al camarero para que rápidamente trajera otra—. Tienes que aprender a controlarte.

—No has sido muy valiente —le reprochó Eva mirándole con furia a la cara.

—¿Qué querías? ¿Que me batiera a mamporros con ese par de *skin heads*? No soy un loco.

Capítulo 9

Eva Steiger llamó a Günter Meissner. El industrial del acero estaba en el despacho de su empresa y su secretaria le pasó la llamada tras preguntar quién era.

—Ah, usted —dijo, escuetamente, al coger el teléfono.

—Le llamaba simplemente para avisarle de que esta noche se emitirá el programa especial sobre Auschwitz en donde hemos incluido la entrevista que le hicimos.

Silencio al otro lado del teléfono. Eva trató de imaginárselo. Un despacho luminoso en plena Orleansstrasse, una decoración agradable, plantas de interior, una secretaria atractiva, la foto de sus nietos sobre la mesa, con marco de oro, la de su esposa, una colección de plumas y bolígrafos, la pantalla encendida de su ordenador portátil.

—Pues no sé si la voy a ver. Creo que no voy a tener ganas. Preferiré cualquier película, una de humor, mejor que eso.

—¿Se arrepiente de lo que dijo?

—Déjese de arrepentimientos, querida amiga. Desde que la conozco está buscando mi expiación. Me trata como si fuera un delincuente, y yo no lo fui, cumplí órdenes, hice lo mejor que pude lo que se me encomendó. Recuerde que no fui juzgado.

—Su trabajo era asesinar.

—¿Quiere que le diga una cosa? ¿Quiere que se la diga? Usted no es una buena periodista, porque usted no es neutra, toma partido, y no es una buena profesional.

No se extrañe si le hago llegar a su superior una queja por su comportamiento. Me engañó hablándome de un documento imparcial, que serviría para que las nuevas generaciones de alemanes conocieran su pasado. Imagino que se habrá dedicado a sacar mis palabras de contexto, a pintarme como un monstruo.

—No he tenido que hacer nada, señor Meissner, no he tenido que ornar lo que usted expresó en la entrevista. Le aseguro que el trabajo es objetivo, pero quienes no lo serán, no pueden serlo, a menos que no tengan sentimientos, serán sus espectadores que se van a avergonzar de ser hombres, de que usted y los que obraron como usted pertenezcan a la especie humana.

—Todo eso, mi querida amiga, pertenece al pasado. Me parece que ya no despierta mucho interés. ¿Quién paga su programa? ¿El lobby judío? Pues habrá hecho una mala inversión. No lo verá nadie. No intento resucitar viejos dramas del pasado y preocupémonos por la Alemania del presente..

—Y sus turcos, sus árabes, sus negros que desvirtúan la raza aria.

—Eso lo dice usted.

—Pero lo sigue pensando. Sé, señor Meissner, que volvería a actuar de la misma forma que lo hizo en el pasado.

—No tiene sentido esta conversación. Soy un hombre ocupado. Adiós.

La segunda llamada la hizo a Yehuda Weis. El superviviente del campo de exterminio de Auschwitz tardó una eternidad en coger el teléfono. Le respondió con voz apagada, cansada.

—Señor Weis, soy Eva, la periodista de la ZDF.

—¿Qué tal, señorita?

—Prefiero que me llame Eva.

—¿Qué tal, Eva?

—Esta noche la televisión emite el reportaje de Auschwitz y buena parte de su entrevista. Se lo digo por si le interesa verla. De todas maneras le enviaremos una grabación de la misma a su domicilio.

—No sé si tendré ánimos para verla.

—Lo entiendo.

—Para mí ha sido muy duro recordar toda esa pesadilla. No me siento orgulloso de ser un fantasma que viene del pasado. No soy, Eva, ningún héroe, sino todo lo contrario.

—Le ruego que no se culpe.

—¿Cómo no me voy a culpar? Hice cosas espantosas. Fui víctima, pero me obligaron a actuar como verdugo, que es lo peor que le puede ocurrir a uno. ¿Por qué tuve que sobrevivir?

—Quizá para explicar al mundo sus experiencias y que no vuelva a repetirse.

—No me haga reír, Eva. El hombre siempre viene repitiendo las mismas atrocidades una y otra vez. Es su destino desde que Caín mató a Abel. No hacemos sino seguir el impulso asesino de la naturaleza y nuestra inteligencia, para lo único que sirve, es para crear métodos más

sofisticados de exterminio; eso es la civilización: que se asesina en menos tiempo y a más gente.

—Bueno, en fin. Si quiere verlo, el programa se emitirá a las diez de la noche, después de los informativos.

—No sé si lo veré. Las imágenes del pasado me hacen mucho daño. No las soporto. Me invitaron a ir a Auschwitz, para estar presente con todas esas autoridades europeas que homenajean a las víctimas del Holocausto, pero no fui, por mi estado físico, pero sobre todo por mi estado mental. No soporto el escenario, estoy seguro de que me derrumbaría, y no tengo ganas de mostrar al mundo mi dolor y mi miseria.

—Le ruego que no se mortifique, señor Weis.

—Es usted una buena chica. Una buena chica, en efecto. Pero en aquella época, hacia 1940, le aseguro que no había buenas chicas, que todo el mundo enloqueció.

Aquello fue una maldita epidemia mental.

Cuando Eva colgó se enfrentó con la mirada de interrogación de Pete.

—¿Hablaste con los protagonistas de tu historia? —Sí.

—¿Y lo van a ver?

—No lo creo. Herr Meissner parece muy cabreado conmigo, algo ha cambiado dentro de su cabeza y ahora me ve como una enemiga; quizá es que se está dando cuenta de lo que me dijo, de las repercusiones que pueden tener sus palabras. En cuanto a Yehuda Weis no creo que su corazón resista revivir todo el pasado una vez más y me ha dicho que no puede contemplar imágenes del campo.

—Ven aquí.

Se sentó sobre sus rodillas, se cobijó en sus brazos, se dejó acariciar los cabellos por las manos suaves del hombre.

—¿Cuándo vas a salir de tu pesadilla y a hacerme caso? Empiezo a tener celos de ese maldito programa que te tiene la cabeza ocupada días y noches. ¿No hay un hueco para mí?

—Tú, Pete, llenas mi corazón.

—La frase es bonita, pero no es verdad. Y el corazón no es más que un simple músculo que bombea sangre.

Esperaron a las diez. Pete y Eva miraron los informativos con cierto nerviosismo.

El señor Weis tenía razón y la humanidad no sacaba lecciones del pasado, como los niños que nada querían saber de las experiencias de sus padres y preferían estrellarse: un rosario de guerras se cernían en Oriente Próximo. Cenaron frugalmente y se situaron ante el televisor. Pete bebía directamente de la botella una cerveza Hacker-Pschorr y Eva fumaba con ansia un pitillo mientras empezaba el programa y su rostro llenaba la pantalla, su boca se abría y comenzaba a hablar en un primer plano sobre fondo oscuro, con la luz cenital sobre su cara. No se reconocía en pantalla. Se veía solemne, ampulosa. Era una feroz autocrítica consigo misma. Tragó saliva, aspiró humo, se revolvió en su asiento y se dejó coger la mano por Pete.

Salieron las primeras imágenes, las más crudas, las de los cadáveres con los huesos perforando la piel que eran arrojados a fosas comunes como simples objetos por las palas de los tractores. La muerte reiterada, multiplicada, se volvía anónima, perdía su dramatismo; la masificación tenía el efecto de despersonalizar. En eso eran geniales los norteamericanos que personalizaban al máximo cada uno de sus muertos, que ofrecían nombres, edades, familia, vivienda, hacían escuchar su voz,

para que cada víctima de su 11-S no pasara desapercibida entre la multitud.

A las diez y cuarto Yehuda Weis encendió su televisor y se arrastró hasta su silla.

Un poco antes, a pesar de que se había propuesto no verlo, Günter Meissner también encendió el suyo en el salón de su casa pero envió a sus nietos fuera, a jugar a su habitación. Su esposa se sentó a su lado y Herr Meissner no pudo simular la inquietud que le producía tenerla tan cerca, observando. Habían hablado algunas veces de su papel en la guerra, de la etapa Auschwitz, y ella siempre le había apoyado. Ahora parecía dispuesta a hacerlo una vez más y tomó la mano de su marido entre las suyas. Tres personas fundamentales estaban viendo, al mismo tiempo, el programa especial sobre el aniversario de la liberación de Auschwitz, pero muchas más lo estaban sintonizando y la cadena alemana planeaba vender la cinta a la RAI, a TVE, a la Televisión Rusa y a la CNN. El director del documental se había decidido por un montaje paralelo y enfrentó las declaraciones en la sombra de Yehuda Weis, interpretado por un actor que no mostraba el rostro, y las de Günter Meissner. Este último pareció interesarse por las palabras de Yehuda Weis y, en algún momento de las mismas, parpadeó, pareció respirar con cierta dificultad al mismo tiempo que se acentuaba la presión de la mano de su esposa sobre la suya.

Yehuda Weis cerró sus mandíbulas cuando vio a Günter Meissner haciendo sus declaraciones, imperturbable, orgulloso de su actuación al servicio de la nación alemana. Eva interrogaba con los ojos a su novio Pete y este le decía, moviendo la cabeza, que el documento le parecía extraordinario. La cámara entraba en los sótanos del campo de exterminio, circulaba en un *travelling* por aquellos escenarios de muerte mientras se reproducía el ruido de los cerrojos atrancando las puertas de las

cámaras de gas y volvía a salir la voz cavernosa de Yehuda Weis que relataba su macabro cometido de auxiliar de carnicero. Herr Meissner escuchaba en silencio, tragando despacio saliva, mientras el fuego chisporroteaba en la chimenea y creaba otro foco de luz, además del televisor, en el salón de su mansión. Los ojos de Yehuda Weis se empañaron en cuanto comenzó a oír el relato de las atrocidades que se habían cometido en el campo. Hablaba del tren de los niños, la noche en que, en poco más de treinta minutos, madres con sus hijos fueron llevadas a la cámara de gas y fueron pasto de las llamas. Se le hizo un nudo en la garganta. Apareció entonces Günter Meissner relatando el mismo hecho desde su punto de vista, con una voz firme y contundente que resaltaba sobre la del anterior testimonio, débil y acongojada. Fue entonces cuando la cámara enfocó la imagen de Günter Meissner con veintidós años recién cumplidos y el uniforme de las SS, su gorra de plato, sus gafas redondas, el frío brillo azul de sus ojos en una cara que resultaba atractiva y daba confianza. La cara no siempre revelaba la monstruosidad de su dueño. Yehuda Weis se removió en su asiento, fijó su vista en el televisor y luego, a continuación, rechinaron sus dientes.

—Es él —dijo, simplemente. Y supo por qué había llegado vivo al año 2005, cuando casi todos sus compañeros de penurias ya habían dejado esta vida y quemado sus recuerdos.

Los sentimientos eran contradictorios. Ahí estaba, sin duda, el oficial que se había encargado de la terrible misión del tren de los niños, el mismo oficial que recibiera a Yehuda Weis a la llegada al campo, quien le salvara la vida y condenara a muerte, en el mismo momento, a su madre y hermano, quien le convirtió en un cadáver en vida, encargado de conducir hasta el matadero a sus hermanos de religión y sangre que llegaban en tropeles en los trenes. Le debía la vida. ¿La vida?

¿Qué vida? Sesenta años de una incesante agonía, de enfermedades mentales que repercutían somáticamente, insomne, atiborrado de medicamentos, alcoholizado, con el hígado destrozado y finalmente condenado irremisiblemente a la silla de ruedas.

¿La vida? La vida que se quitó su esposa, ingiriendo barbitúricos, seguramente porque no soportaba su estado de permanente infelicidad. ¿La vida? ¿Qué vida?

Hasta aquel momento creía que seguir viviendo era una especie de castigo añadido a la pena del infierno que ya había pasado en su juventud, cuando Dios, Yahvé, abandonó a su pueblo a su suerte. Ahora sabía que eso no era cierto, que tenía una misión que llevar a cabo y que su cumplimiento sería el único acicate para seguir viviendo.

—Cara de Ángel.

Capítulo 10

En el verano de 1977 Eli Kahan se cruzó en la vida de Yehuda Weis. Con cincuenta y cinco años el superviviente del campo de exterminio de Auschwitz aún podía valerse por sí mismo aunque empezaba a cojear de uno de sus pies. Era una época aquella de aparente bonanza económica para el señor Weis y sus pequeños negocios, tanto que le permitió una estancia de quince días en el balneario de Baden-Baden. En aquellos tiempos el complejo termal y de ocio atravesaba uno de sus mejores momentos y las habitaciones estaban al completo. Yehuda, necesitado de descanso y relax, compartió piscina, baños de barro, mantel y cubierto con lo más granado de la sociedad alemana de la época que no sospechaba que un sobreviviente de un campo de exterminio estuviera entre ellos. Podía pasar anónimamente gracias a que sus rasgos no eran genuinamente judíos, a que su nariz grande no era excesivamente corva, y lo único realmente sospechoso en aquellos tiempos era su extrema delgadez y el número marcado en la muñeca que hurtaba de las miradas de los curiosos.

El señor Eli Kahan lo invitó un día a su mesa. Y él aceptó la invitación de un extraño, puesto que también estaba solo. Al principio, durante los entrantes, mientras saboreaban un exquisito vino Lingenfelder y guardaban su apetito para la ensalada de patatas y col y el pescado

de río con salsa bechamel que vendría a continuación, ambos hombres hablaron de generalidades, de lo hermosas que eran las instalaciones, de lo onerosas que resultaban para sus bolsillos, de la discreción de sus comidas, del ambiente relajado y acogedor en general. Fue cuando Eli sirvió por segunda vez el vino y llenó la copa de Yehuda, con la llegada del plato de verdura que realmente no olía a nada y sabía a menos, cuando el sobreviviente del campo de exterminio se dio cuenta de un número borroso marcado en la piel de la muñeca de su compañero de mesa.

—Auschwitz —dijo, mirando a los ojos del comensal que había tenido la gentileza de invitarle a su mesa.

El pulso le traicionó a Eli Kahan y una regata de vino blanco manchó el mantel antes de que la botella volviera a ocupar su lugar en el enfriador.

—Yo también estuve en Auschwitz —dijo Yehuda, mirándole a los ojos— y sobreviví.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Le vi el número grabado en la muñeca.

—Shalon.

—Shalon.

La conversación que tuvieron a partir de aquel momento no tuvo nada que ver con las frivolidades del inicio. Devolvieron casi intacto el plato de verdura y lo mismo hicieron con el pescado, pero el vino, en cambio, se agotó. A Yehuda, Eli le recordaba a su hermano perdido porque tendría su misma edad. Seguramente estuvieron en el mismo barracón, o en un barracón cercano, pero ninguno de ellos era capaz de acordarse del otro y decir sus nombres sencillamente no les llevó a

ninguna parte porque en Auschwitz los que tenían suerte eran un simple número y los que no la tuvieron fueron directamente al crematorio. Recordaron durante la cena, que no consumieron, la llegada del tren de los niños, las agotadoras jornadas en los hornos crematorios y la dramática sublevación que acabó diezmándolos. Ambos habían sobrevivido, pero Eli parecía haber tenido más suerte en la vida que Yehuda.

—Cuando murió mi esposa, de eso hace cinco años —Eli se había encendido un cigarro y alzó el dedo demandando un cenicero al camarero que, con diligencia, cumplió su deseo—, me legó una inmensa fortuna. Fue una forma de recompensa por estar con ella hasta su último momento, por cerrar sus párpados. Sigrid tenía una de esas malditas enfermedades degenerativas, un parásito que corroía sus huesos y los convertía en serrín. No se puede imaginar usted su sufrimiento ni imaginar el mío durante esos cinco años de lenta agonía. Me pidió que acortara su vida, y yo cumplí su deseo. Un médico poco escrupuloso extendió un certificado de muerte natural.

—Eso es horroroso.

—Claro que lo es. Pero más horrorosa era la vida sin esperanza de mi pobre Sigrid. Cuando no existe dignidad no vale la pena vivir.

—Pero nosotros sobrevivimos. No fuimos dignos, y sobrevivimos, y merecíamos morir por todo lo que hicimos.

—Lo que nos obligaron a hacer.

—Lo hicimos, Eli. Tú sabes, además, por qué razón aceptamos el infame rol que nos asignaron los de las SS. Queríamos vivir a toda costa aunque tuviéramos que pagar el precio carísimo de convertirnos en ayudantes de los exterminadores. Al final fuimos nosotros más despreciables que ellos y nuestra condena fue que no nos dispararon un tiro en la sien el día que la rebelión fracasó.

Eli aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero y entornó los ojos.

—Quiero ver tu número.

Yehuda, tras comprobar que no era observado por ninguno de los camareros que atendían las mesas del restaurante del balneario de Baden-Baden, se arremangó la camisa y se lo mostró. Aquel número, el 33.435 permanecería marcado en su piel de forma indeleble, sería una cicatriz perpetua, su señal de identidad.

—Bien. Te quiero decir una cosa, hermano. Te quiero explicar por qué, a pesar de la desgracia, encuentro cierto sentido a la vida: la venganza. No es muy correcto afirmarlo, está mal visto, desde la sociedad se nos dice que debemos perdonar, pero en nuestro corazón reina la venganza, nos devora la rabia, me despiertan por las noches los alaridos de las víctimas, las pisadas de los oficiales de las SS que entraban en los barracones y señalaban aleatoriamente con el foco de sus linternas a la víctima con la que iban a divertirse en su noche de insomnio. Yo ocupaba el barracón 46.

—Yo el 54 —dijo Yehuda.

—En el invierno de 1944, avanzada ya la Segunda Guerra Mundial, cometimos la ingenuidad de pedir permiso al oficial Koessler, un capitán bávaro de panza prominente que robaba todo lo que se almacenaba en Kanada, para celebrar la Navidad, y él nos lo concedió. Durante los días siguientes, y anteriores al 25 de diciembre, con un frío polar que azotaba el campo, mi grupo salió al exterior del recinto a talar árboles y finalmente dio con un hermoso abeto que consideramos el adecuado para conmemorar la fecha. Yo era un judío estricto, pero había conmigo judíos heterodoxos que celebraban la fiesta cristiana y yo no podía reprocharles que lo hicieran porque era una forma de saborear algo de humanidad en aquel terreno de todas las vesanias posibles. Plantamos

aquel inmenso árbol delante de nuestro barracón, lo hundimos en la nieve.

—Lo recuerdo —apuntó Yehuda, en un vano intento de que no siguiera la narración.

—La noche del 25 de diciembre el oficial Koessler entró en el barracón, de madrugada, visiblemente bebido y acompañado de sus esbirros y sus fieros perros.

Nadie respiró mientras él pasaba por entre las literas e iluminaba con el haz de su linterna las caras de quienes se hacían los dormidos. Pasó por mi lado y yo literalmente me había emboscado dentro de la manta, de forma que no sobresalía de la ropa del catre ni un mínimo mechón de mis cabellos. No me escogió, pero sí lo hizo con cinco hombres, dos gitanos, un polaco y dos judíos alemanes a los que arrastraron al exterior, azuzados por los perros rabiosos. A la mañana siguiente, cuando salimos a formar como cada mañana ante nuestro barracón para ir al trabajo, de nuestro árbol de Navidad colgaban, como adornos, los cuerpos desnudos de aquellos cinco prisioneros escogidos al azar. Habían sido brutalmente apaleados antes de morir, les habían arrancado a todos ellos los genitales, y se balanceaban, con una soga al cuello, de las robustas ramas del abeto, congeladas sus expresiones de muerte durante todo el invierno.

—Lo vi —confirmó Yehuda, apesadumbrado.

—No sé por qué razón los oficiales, suboficiales y la tropa de Auschwitz escaparon del juicio cuando terminó la guerra. Una injusticia más que se nos infirió a las muchas que ya habíamos recibido. Pero yo juré que no descansaría hasta encontrar a ese tal Koessler e invertí parte de mis ahorros en localizarle en aquella Alemania convulsa de la posguerra. Di con él siete meses después de acabada la guerra, porque

aquel bravucón siempre hablaba de su pueblo y de lo que habían hecho con sus judíos durante la noche de los cristales rotos. Se había mezclado con sus habitantes, se había disuelto entre ellos, y renegaba del nacionalsocialismo como todos aquellos que le habían votado y sustentado durante aquella época de locura y ya no se acordaban de ello. Había gente desesperada que mataba por aquel entonces por algo de dinero, soldados del frente del Este que habían masacrado pueblos enteros de Rusia, capaces de cualquier cosa, habituados a la muerte y que notaban su ausencia una vez acabada la contienda y entregadas las armas. Quien ha matado no puede dejar de hacerlo. Quiso la fortuna que tropezara con uno de esos asesinos que había colgado el uniforme en el perchero de su casa y andaba huido. Supe reconocerle por sus ademanes de fiera, por su mirada fría, la dureza de sus manos.

Cité al hombre en un establecimiento del pueblo y le dije cuál era el encargo, le di la mitad del dinero al despedirme de él y prometí entregarle el resto cuando me enterara de que había cumplido su contrato verbal. Koessler seguía muy aficionado a la bebida y un día que regresaba a su casa, haciendo eses por la nieve, un desconocido salió de la oscuridad de una esquina y le asestó un golpe determinante con una estaca en la nuca. Le mató. La cosa quedó como que el infortunado borrachín tropezó aquella noche, tuvo mal caer y se fracturó el cráneo. No se investigó. La policía entonces estaba para otras cosas, para quemar expedientes comprometedores de su colaboración con la Gestapo y el régimen nazi, entre otros cometidos. Y aquel verdugo recibió su parte de dinero estipulada. Si algún día lo necesita, amigo, no dude en decírmelo y le pondré en contacto con usted.

La tarjeta que le había dado Eli Kahan amarilleaba. El tiempo, con el papel, era más benigno que con su rostro, pero se hacía notar también. Las posibilidades de que el teléfono fuera el mismo eran prácticamente

nulas, pero a pesar de todo se arriesgó y llamó. Descolgó el auricular una anciana sorda con la que le fue imposible cruzar una palabra y obtener una respuesta coherente. Llamó entonces a la telefonista y le pidió localizar el número de teléfono actual de un tal Eli Kahan cuyo último domicilio conocido figuraba en Colonia. No existía ningún Eli Kahan en la ciudad. Le encargó que rastreara por toda Alemania.

Había diez y pacientemente tomó nota de sus teléfonos y los fue llamando uno tras otro. Normalmente colgaba cuando se ponían y comprendía que no podían ser el Eli Kahan que buscaba por el tono jovial de su voz. Resultó ser el penúltimo de la lista, cuando ya desesperaba de dar con él, y lo encontró enormemente desmemoriado, tanto que temió que tampoco fuera.

—¿Quién me ha dicho que es? ¿Yehuda Weis? Me parece que se equivoca. No conozco a ningún Yehuda Weis.

—Señor Kahan, mire, por favor, el número que tiene grabado en su muñeca. Mírelo.

—¿Cómo sabe que tengo un número grabado en la muñeca?

—Auschwitz. Baden-Baden. Cenó conmigo. Me habló de cómo había liquidado al odioso teniente Koessler.

—Capitán Koessler —rectificó—. Cierto. Ya le recuerdo. Estuvo dos semanas en el balneario de Baden-Baden. Claro que me acuerdo de usted, pero han pasado muchos años para que me vuelva a llamar, caramba. Podía haberme muerto mientras tanto. ¿Qué quiere? No me haga salir de casa, ni coger el avión. No salgo. Estoy encerrado en mi fortaleza, rodeado de libros y consumo mi tiempo libre en leer a Goethe, a Hoffman...

—Me dijo que le llamara si le necesitaba.

—¿Para qué me necesita?

—Una venganza.

Hubo un tenso silencio al otro lado de la línea telefónica. Yehuda temió que se hubiera ido su interlocutor.

—[Señor Kahan!

—Le he oído. Pero eso no es algo que pueda hablarse por teléfono.

—Hable con su hombre y que se ponga en contacto conmigo.

—Creo que se retiró.

—Pero conocerá a otro. Dígale que tengo dinero, que le daré todo el dinero del mundo.

—¿Tiene dinero, señor Weis, o va de farol? Esta gente quiere cobrar siempre por adelantado.

—Tengo dinero.

—Entiendo. Yo también vi el documental de la ZDF y le comprendo. Ahora sé quién es usted. Han pasado muchos años desde nuestra última cita. ¿Qué le hizo su SS?

—Condenó a mi madre y a mi hermano y me dejó vivir a mí.

—Necesito su número de teléfono y sus señas. Pero no le garantizo nada. Y además quiero permanecer al margen. No vaya a contar a nadie que yo le he proporcionado a esta gente.

—Seré una tumba, hermano. Se lo juró por la Torah.

—Bueno, tampoco le había pedido tanto.

Capítulo 11

Hans Ganz dejó su coche, un Buick americano de carrocería reluciente, cerca de la casa. Un gorila de rasgos africanos, cabello ensortijado y labio inferior atravesado con un *piercing* le interceptó colocando su enorme mano contra su pecho.

—Me esperan —le dijo, sin inmutarse.

—Está completo —contestó como un autómeta el africano.

—Siempre hay un sitio para Ganz.

Le dejó entrar. Las casas de pelea cambiaban, por miedo a ser detectadas por la policía, y los allegados se iban pasando las nuevas direcciones por un sistema codificado secreto. Tomó Hans Ganz la escalera que llevaba al sótano, se dejó guiar por el murmullo excitado de las voces y el acre aroma del sudor hasta un pequeño búnker subterráneo de paredes acolchadas e iluminado cenitalmente por un par de fluorescentes que parpadeaban. Allí estaban los que sustentaban el negocio, la corte de apostadores, hombres excitados, pero también muchas mujeres, algunas hasta sofisticadas, con aspecto de ejecutivas que acababan de salir de la oficina a las que aquel deporte bestial y sin reglas las ponía.

—¿Cómo va? —preguntó Ganz a un tipo enorme con aspecto de turco que mordía un habano y sudaba a mares en aquel lugar infecto bajo tierra.

—Karim lleva las de ganar.

El público jaleó y los billetes de quinientos euros pasaban de las manos de los apostadores a las de los organizadores. El cuadrilátero era semiprofesional, con suelo de lona y cuerdas que cerraban el perímetro e impedían que los contendientes cayeran sobre el público, pero eso era todo. Los luchadores se levantaron de la esquina y se reunieron en el centro de la lona para intercambiar una sarta de insultos seguida por una tanda de golpes. Se aplicaban los puñetazos con saña, sin los preceptivos guantes, se lanzaban fortísimas patadas el uno al otro, se cogían el cuello, se volteaban, se tiraba uno contra el otro una vez caía uno de ellos de bruces en la pista, aturdido.

—¡Tuyo, Karim, tuyo! —gritó el turco del cigarro mordisqueado.

El luchador otomano era más ágil, pero el ruso que tenía enfrente era muy corpulento para que fuera derribado de una simple patada bien colocada. Se miraban los dos contendientes, respirando con dificultad, los cuerpos desnudos cubiertos por una espesa película de sudor, la cara ensangrentada y la piel llena de moratones mientras arreciaban desde el público las invitaciones a que se mataran.

—Mil por Karim —dijo una histérica alemana de labios gruesos y tetas grandes poniendo en la mano del turco recaudador de apuestas dos billetes de quinientos euros.

Se enzarzaron de nuevo. Los golpes del ruso, cegado por la sangre que le cubría sus ojos y partía de las heridas de sus cejas, erraron en el aire, le cansaron. Karim aprovechó un descuido para golpear con saña su boca. Se escuchó un crujido y el ruso escupió dos dientes sangrantes

mientras blasfemaba en su idioma y enloquecido lanzaba sus puños en todas direcciones, pero su rival ya estaba lejos, en el otro extremo del cuadrilátero, y los gritos arreciaron. Volvieron al cuerpo a cuerpo y el ruso consiguió trenzar sus enormes brazos a la cintura de Karim, ejercer una terrible presión, elevarle unos centímetros del suelo.

—Le va a partir —suspiró Hans Ganz, preocupado.

—¡Reacciona, turco! —le gritó el receptor de las apuestas, poniendo en pie su enorme cuerpo.

Karim hundió uno de sus dedos en la cuenca de un ojo del ruso y este, por el dolor, le soltó de golpe; ya no se rehízo. Los golpes llovieron sobre su cabeza, una y otra vez, hasta acorralarle contra las cuerdas en donde el castigo se hizo mortal.

Cansado de golpearle en la cara, que toda ella era un hematoma sangrante, un amasijo de huesos y carne, golpeó una y otra vez el hígado hasta doblégarle. El ruso se hincó de rodillas, con los puños bajos, y Karim cercó con su brazo aquel enorme cuello de toro que se resistía.

—¡Mátale! —chilló una de las mujeres con aspecto de ejecutiva.

—¿Por qué no paras la pelea? —le preguntó Hans Ganz al enorme turco que contaba los billetes.

—Porque la gente quiere ver sangre, Hans, y luego todas esas tías guarras pujarán por el carnicero, creyendo que un tipo que mata en el ring las va a matar de gusto en la cama.

Se elevó un rugido de entusiasmo en el sótano clandestino. El ruso yacía en la lona, en medio de un charco de sangre y vómito, y Karim, tras patear al caído dejándose caer con ambos pies sobre su cuerpo inmóvil, dio triunfante la vuelta al cuadrilátero, saltó de él, se dejó besar y

tocar por dos mujeres ansiosas por poner sus labios en donde manaba la sangre de su piel.

—Este chico nos hace de oro —bramó el turco del cigarro.

Hans Ganz fue a ver a Karim cuando salía de la ducha y comenzaba a vestirse.

Le vio el luchador a través del espejo y sonrió. Para haber intervenido en más de diez peleas clandestinas estaba intacto su rostro si se exceptuaba la cicatriz de la frente.

—Hola, maestro —le saludó, sin volverse, mientras se deshacía de la toalla que le cubría la cintura y se ajustaba los pequeños slips negros.

—Tengo que hablar contigo.

—Luego. Tengo trabajo. Un dulce trabajo.

—¿Una de esas histéricas ninfómanas?

Se acabó de colocar el pantalón y se volvió para coger la camiseta.

—¿La ha visto? Esa puta rubia tiene morbo.

—Tú sí que tienes morbo para ella —dijo Hans, sentándose mientras Karim buscaba sus zapatos debajo de la taquilla de la ropa—. Ella es silicona.

—¿Qué me quiere decir?

—En este negocio no puedes durar mucho, y lo sabes, amigo.

—Soy invencible. Ya lo ve, viejo. Nadie se me resiste.

—Hasta que encuentres la horma de tu zapato y te mande directo al paraíso.

—¿De qué negocio quiere hablarme?

—Uno bueno y con mucho dinero por medio. Mi contacto me ha hablado de veinticuatro mil euros por una venganza.

Con los zapatos en los pies se situó ante el espejo Karim y peinó sus fuertes cabellos negros orientándolos hacia atrás, con determinación.

—¿Veinticuatro mil euros? ¡Joder! ¿A quién debo matar?

—Sabía que aceptarías. Aquí tienes la dirección del hombre y su teléfono.

Máxima discreción.

—Corres mucho, viejo. No te he dicho todavía que sí —protestó el luchador turco.

—Lo doy por supuesto. Me quedo con el cinco por ciento, como siempre.

—¿Quién me despide de Fariza?

—La llamaré yo si quieres —dijo Hans, levantándose de su taburete—. Y si quieres le hablo de la rubia que te espera fuera.

—No sea cabrón, viejo.

Cuando abrió la puerta y salió, la rubia que esperaba a Karim estuvo a punto de saltar sobre él pero se detuvo cuando se dio cuenta de que era otro el que salía del vestuario. Estaba impaciente aquella valquiria por saborear la carne de aquel asesino brutal.

Hans Ganz llamó desde su casa a Eli Kahan una vez colgó la gabardina detrás de la puerta y dejó el sombrero balanceándose del perchero.

—Tengo al hombre. Dile a tu amigo que irá a verle. Es el mejor. No hay nada que le detenga.

Capítulo 12

Karim Tarkím subió los cuatro pisos andando. El ascensor no funcionaba en aquella vieja vivienda comida por las humedades cuya escalera de madera crujía de forma desagradable al poner el pie en ella. Cuando llegó ante la puerta, jadeando, sacó un peine del bolsillo trasero de su pantalón tejano y lo pasó una y otra vez por su indomable y abundante cabellera negra de aspecto aceitoso de adelante hacia atrás, se miró en un pequeño espejo que llevaba y llamó.

Tardaron mucho en abrir. Iba a pulsar de nuevo el timbre cuando oyó el paso renqueante de alguien, al otro lado de la puerta, que se acercaba, y finalmente se abrió y apareció ante él un hombre menudo, avejentado, que a duras penas se aguantaba sobre un par de muletas.

—Creo que hablé con usted por teléfono —le dijo, al verlo.

El anciano mostró su sorpresa y parpadeó, luego se echó a un lado, para dejarlo pasar.

—¿Es usted? —preguntó con una duda, incrédulo por el aspecto del intruso que no le cuadraba con la persona que tres días atrás se puso en contacto con él para organizar aquella cita. El hombre de Eli Kahan se había retirado del negocio, le había dicho su camarada de desventuras, pero tenía un aventajado discípulo, un tipo violento y sin escrúpulos,

una máquina sanguinaria de matar. Lo que no imaginaba Yehuda era que fuera turco. Hablaba en perfecto alemán, pero aquel pelo negro, espeso, sus ademanes latinos, su jactancia y bravuconería, no eran los de alguien nacido en ningún land de Alemania.

—No me lo imaginaba así.

—¿No? ¿Tiene algo contra los turcos? Estoy hasta los cojones de sus prejuicios raciales. Además, usted me ha cogido para un trabajo especial y da lo mismo que sea turco o chino.

Avanzó por el pasillo, con confianza, como si fuera su casa, seguido de Yehuda que había cerrado la puerta e iba detrás con el rumor rítmico de sus muletas.

Desembocó en una pequeña y modesta sala de estar. A través de los visillos de las ventanas podía intuirse la lluvia que sí se oía. Se sentó en un butacón de muelle chirriante, miró a su alrededor, buscando algo de valor: no había nada excepto un viejo televisor y montones de libros amontonados en desorden en estantes colmados de polvo que evidenciaban que ninguna asistenta había pisado la casa en años. Podía degollar al viejo y buscar debajo del colchón el dinero e irse, pero en aquellos momentos, vistos los antecedentes, empezaba a dudar de la solvencia de quien iba a contratarle. Aquella era la mísera casa de un pobre pensionista que no tenía dónde caerse muerto y esperaba pacientemente el fin de sus días. Dudaba que tuviera dinero. Aquel viejo iba de farol. Comenzó a enfurecerse cuando empezó a temer que quizá estuviera perdiendo el tiempo.

—¿De qué se trata y cuánto me va a pagar?

A duras penas Yehuda Weis alcanzó el sillón, dejó las muletas apoyadas contra los brazos y se dejó caer en él.

—Imagino que querrá saber primero el precio, ¿no?

—Imagina bien.

—Veinticuatro mil euros, dos millones de los antiguos marcos. La mitad ahora, la otra mitad cuando su trabajo esté hecho. Esa es su forma de funcionar ¿no?

Los ojos de Karim Tarkím se encendieron y su mirada llameó. Esa era una cifra muy superior a la esperada aunque aquel viejo en estado terminal fuera lo más opuesto a un potentado, pero no se podía fiar de las apariencias. Si tenía el cincuenta por ciento escondido en algún lugar de la casa podía dar su trabajo por finiquitado en aquel momento, rajar su garganta y buscarlo por los rincones, debajo del colchón, en el interior de la cisterna del retrete, en el congelador de su nevera.

—Quiero ver ese dinero.

—¿No se fia?

—No quiero perder el tiempo.

—¿A cuánta gente ha matado?

Karim soltó una carcajada.

—¿Qué es esto? ¿Una trampa policial? ¿Tiene micrófonos en su puta casa, anciano?

—Quiero conocer su currículum criminal.

—¿Mi qué?

—Le estoy contratando como asesino, y aunque me fío de la persona que le envía, necesito saber algo sobre sus anteriores trabajos.

—Me emplean para cobrar deudas, si es eso lo que quiere saber. Soy expeditivo.

Puedo incendiar un restaurante, marcar a una puta que quiere independizarse en la cara, romper las piernas a un moroso.

—No me interesa. ¿A cuánta gente ha matado?

—Tres personas —contestó rápidamente—. En uno de los casos simulé un accidente, tiré al tipo por un barranco y la gasolina del depósito de su coche lo prendió. Otro caso fue un ajuste de cuentas, degollé al secuestrador del hijo de un industrial que pagó el rescate y quiso asegurarse de que ese hombre no volvería a intentarlo.

—¿Y el tercer caso?

—¿Por qué quiere que se lo cuente? ¿Es usted de los que se excitan por esas cosas?

—Quiero asegurarme de que usted es el hombre que me conviene.

—Del tercer caso no estoy muy orgulloso. Una mujer. Una hermosa mujer a la que estrangulé por indicación de su marido. Los cuernos, amigo. El hombre estaba harto de las humillaciones de su mujer, y ella era una... no sé, una de esas mujeres que les gusta el sexo con toda clase de hombres, que los busca, ya me entiende.

—Ninfómana.

—Fue fácil. Fui uno de sus ligues. Le ponían los turcos. Lo difícil fue ahogarla.

Pero había mucho dinero, miles de marcos.

—Está bien. Espere.

Se levantó con dificultad y salió de la sala de estar mientras Karim permanecía sentado. Volvió al cabo de un minuto y le alargó un paquete envuelto en papeles de diario, que olía a humedad.

—Puede contarle —suspiró, mientras se sentaba.

El sicario turco desenvolvió el paquete y comenzó a contar los billetes que había.

La mayor parte del efectivo estaba en billetes de cien euros y de cincuenta, ya que los de quinientos euros eran difíciles de cambiar sin despertar sospechas. Se descontó Karim y volvió a empezar. Aquel viejo usurero, se dijo, mientras su cerebro se excitaba, no iba de farol.

—Está bien —dijo, cuando terminó.

—El resto al acabar.

—De acuerdo. Ahora me va a explicar exactamente lo que quiere que haga.

—Hágame un favor. Meta esa cinta de vídeo y pulse el *play*.

Karim se levantó, cogió la cinta de vídeo que había junto al televisor y la metió en la boca del reproductor. Luego pulsó el *play*.

—Pase esas imágenes, no le interesan —dijo Yehuda cuando apareció el rostro de Eva Steiger y al fondo, sobrepresionadas, escenas de las matanzas nazis, los cadáveres apilados de las víctimas del Holocausto.

Karim obedeció con el dedo clavado en el botón de arrastre del vídeo.

—Pare aquí —dijo Yehuda cuando vio a Günter Meissner, bronceado, arrellanado en un cómodo butacón, rememorando sus heroicidades.

—¿Es este el hombre? —preguntó Karim, recuperando su asiento.

—Ese es. Anote su nombre: Günter Meissner. Vive en las afueras de Múnich, en una residencia en pleno campo, pero le puede localizar fácilmente en su oficina, en Aceros Meissner S.L. ¿Tiene coche?

—Claro. ¿No tiene guardaespaldas ese tipo? Si los tiene voy a necesitar de más hombres y otro coche. No me dijeron que se trataba de un tipo importante.

—La suma es importante.

Karim siguió mirando el rostro del entrevistado, escuchando sus preguntas.

—¿Es un nazi?

—Exacto.

Miró a Yehuda y pareció comprenderle.

—Y usted fue una de sus víctimas que quiere vengarse. Le entiendo perfectamente. Lo haré. Pero tendré que contar con más gente, otro coche, dos colegas más. ¿Cómo lo quiere? ¿Estrangulado? ¿Degollado? ¿Un tiro en la cabeza? ¿O quizá prefiere que le haga filetes?

—No le quiero a él —dijo Yehuda, con voz temblorosa, apretando con fuerza una de sus muletas aunque no tuviera ninguna intención de levantarse—. Será mucho más fácil y no le hará falta ni otro coche, ni otros colegas, ni emplear demasiada fuerza.

—No le entiendo, anciano. ¿No es a ese tipejo a quien quiere liquidar?

—Sería muy fácil y cómodo para él morir —dijo con voz baja, que no tapaba la enérgica de Günter Meissner que desgranaba a través de la pantalla del televisor la terrible eficacia alemana en el arte de exterminar.

—Yo puedo hacer de la muerte un calvario, amigo. Se la puedo gravar en vídeo, para su deleite. Puede tardar horas en morir y ser consciente de ello —dijo Karim que, de repente, se ponía en lugar del viejo

y experimentaba una furia desatada hacia aquel lustroso personaje de las finanzas que confesaba sus crímenes.

—No, no es a él a quien hay que matar. Günter Meissner tiene dos nietos que van al mismo colegio. Uno de ellos es moreno, cojea ligeramente. Quiero que secuestre a ese niño, que le lleve al bosque en su coche, que llame luego por teléfono a su maldito abuelo y le obligue a oír cómo le estrangula.

Karim se quedó mudo un momento. Dudó de lo que había oído. Siguió mirando el rostro del oficial de las SS, su imagen en sepia con el elegante uniforme de paseo.

Se volvió despacio a Yehuda y no pudo evitar un ligero temblor en la voz cuando recabó una confirmación de lo que creyó haber oído pero se negaba a aceptar.

—¿Me está pidiendo que mate a un niño?

—Exacto. Le estoy pidiendo que asesine al nieto de esa maldita fiera, el sacrificio de un simple inocente como moneda de cambio por los millones de judíos que exterminó, por los miles de niños, como ese nieto suyo, que envió a los hornos crematorios. Eso es lo que le pido. Quiero saber si será capaz de hacerlo. Tendrá dinero, mucho dinero. Tengo una buena cuenta en el banco, efectivo, más de lo que le he dicho, y todo será suyo. He esperado este momento toda mi vida. No me defraude.

—Pero me pide que asesine a un niño —repitió como un autómatas, con incredulidad—. ¡Un niño! Si quiere a ese tipo le degüello, se lo hago picadillo, le grabo en un vídeo cómo le torturo. Pero un niño..

Rió nervioso, se removió en su asiento, miró a su interlocutor pidiendo comprensión.

—Un vástago de una fiera. Si no lo va a hacer, devuélvame todo el dinero y lárguese. No me sirve.

—Un momento, un momento. No tan rápido. Acepto, y hasta comprendo que se venga de ese individuo. Pero no acepto que me pida que estrangule a un niño. Hay otros modos de vengarse. Me cargo a su mujer. ¿Quiere que la mate? Ese tipo sufrirá horrores con su muerte. Y después, si quiere, le dejó a él la cara irreconocible, como pulpa de melocotón después de que le haya hincado el diente.

—La muerte para Günter Meissner es un castigo demasiado leve y rápido.

Quiero que viva toda su vida con la muerte de su nieto en su conciencia, con el odio de su propio hijo que le hará culpable de su secuestro y asesinato, quiero que se retuerza de dolor cuando usted le llame y oiga la voz de su nieto quebrándose entre sus manos. Esto es lo que quiero. No es tan difícil de entender. Su muerte, amigo, me parece una frivolidad al lado de lo que yo he sufrido, de los millones que, como yo, sufrieron: una gota en el mar.

—Me parece que son iguales ustedes dos —dijo, levantándose—. Soy un profesional, y el contrato es sustancioso. Acepto.

—Mi nombre es Yehuda Weis —dijo el superviviente de Auschwitz mientras el sicario se dirigía hacia el pasillo—. Perdone que no me levante, estoy cansado. Espero sus noticias, pronto.

Capítulo 13

Günter Meissner miró el reloj de pulsera con cierta impaciencia. Las nueve y diez. El reloj de oro que se anudaba a su muñeca no solía fallar, ni el reloj de pared que marcaba inflexible el tiempo y aparecía protegido por una puerta de vidrio junto a un opulento aparador en donde lucían copas de cristal con el borde de oro y el pie de plata. Tampoco solía fallar su hermano Dieter Meissner a aquella cena familiar que, como cada año, daba con motivo de su cumpleaños. Hacía poco había llegado su hijo Johan Meissner, su nuera Melissa Henreid y sus dos nietos Wilhelm y Adler que no paraban de pegarse cachetes por debajo del exquisito mantel que cubría la larga mesa del comedor. Reinaba el silencio en el comedor de los Meissner solo roto por las risas ahogadas de los nietos incapaces de mantenerse quietos, y Johan y Melissa, al entrar, apenas habían intercambiado saludos y besos de rigor antes de ocupar sus sitios reservados de antemano en esa mesa.

Una de las camareras, la rolliza Gertrud, asomó la cabeza en el comedor y buscó con su mirada viva el rostro de Greta.

—La llaman por teléfono, señora.

La señora Meissner, que ya había desplegado la servilleta y colocado sobre la falda, la devolvió a su lugar de origen, miró a su esposo en

silencio y salió del salón comedor. No estuvo ni tres minutos ausente. Fue al volver cuando su marido advirtió una expresión grave en su rostro.

—¿Qué sucede?

—Tu hermano se disculpa. No vendrán. El pequeño Bartoldh tiene fiebre.

—Excusas —gruñó Günter Meissner sin poder disimular la irritación y luego, haciendo una seña a la camarera, le gritó con voz áspera—, ya puede servir la cena.

Ya estamos todos.

Aquella era la primera cena de cumpleaños a la que faltaba su hermano Dieter, su esposa, sus hijos y nietos, y no era un aniversario cualquiera: el señor Meissner cumplía ochenta y seis años de envidiable salud. La rolliza Gertrud dejó una sopera de porcelana en la mesa, la abrió y el aroma de su caldo de pescado y langosta se expandió agradablemente por el salón comedor. Ella se encargó de servir los platos.

Günter, desganado, hizo un gesto de no querer más cuando la camarera vertió un único cazo en su plato soperero.

Comieron aquel primer plato en un tenso silencio mientras afuera, en el jardín, relampagueaba y se oía caer la lluvia sobre la tierra, se olía el perfume de la hierba mojada de los parterres que se colaba por los intersticios de las puertas e invadía la estancia. Sorbieron el caldo con exquisito decoro, con excepción de los dos niños que lo hicieron de forma ruidosa y se ganaron los reproches de su madre.

—¿No os enseñan en el colegio a comer sin hacer ruido?

Aquella pregunta retórica sirvió a Günter Meissner, que ya había vaciado su plato de sopa, para romper el tenso silencio que reinaba en el salón.

—Ya no se enseñan modales en los colegios, ni hay disciplina —se lamentó, en voz alta—. La verdad es que no sé qué demonios enseñan en las escuelas a las nuevas generaciones. Mi padre nunca me habría permitido hacer ningún ruido cuando comía. Es una desgracia que se haya perdido esta actitud tan respetuosa de antes.

¿Qué diantre fue de las jerarquías? ¿Qué es un padre ahora? Pues nada, creo. Nada.

El pescado del segundo plato, lubina, se había cocido al horno entre grandes cantidades de mantequilla y patatas redondas y pequeñas. Los dos pequeños desmenzaron el pescado, le sacaron las espinas y la piel, machacaron la carne con los tenedores contra el plato y optaron por devorar las patatas.

—Tío Dieter no ha venido —dijo Johan Meissner mojando sus labios en la copa de vino blanco del Rin.

—Ha llamado. Uno de sus nietos está enfermo. ¿No se lo has oído a tu madre?

Creía que estabas en la mesa.

—Y usted lo cree, padre.

Günter Meissner dejó el tenedor y el cuchillo de pescado apoyados sobre el plato y dirigió la fría mirada de sus ojos azules hacia su hijo Johan que ocupaba una silla situada en diagonal de donde se sentaba el magnate.

—No acabo de entender tu comentario, hijo.

—Claro, no entiende mi comentario. Tampoco ve lo que sucede a su alrededor, las caras de sus consejeros de administración. ¿Le han felicitado, padre?

—Por supuesto que lo han hecho.

—¿De viva voz?

—Por teléfono. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Antes, creo recordar que todos los años, bajaban a su despacho a estrechar su mano y les ofrecía una copa de vino.

—Las costumbres cambian.

—Pero este año era muy especial, porque el señor Meissner cumplía ochenta y seis años.

Intervino la señora Meissner, visiblemente disgustada por el tono agrio de aquella conversación.

—No entiendo qué le estás reprochando a tu padre.

—¿No lo entiende, madre? —Johan elevó el tono de su voz, pero su timbre era chillón, no tenía la sonoridad cavernosa de la de su progenitor, trabajada a base de alcohol y tabaco, que parecía venir del interior de una gruta.

—No quería nada especial en la empresa, sino celebrarlo en familia —terció Günter Meissner sin poder disimular el enojo que le provocaban las observaciones de su hijo.

—La empresa es su familia, padre. Siempre lo dijo, usted que la ha gobernado durante los últimos años con mano de hierro, *manu militan*. ¿No es un poco decepcionante llegar a los ochenta y seis y no estrechar ninguna mano de sus consejeros?

—No me inmuta, la verdad. No me afecta. ¡Vaya tontería es esta! No sé a dónde quieres ir a parar.

—¿Como no le afecta el que su hermano Dieter no venga a esta casa, ni lo hagan sus sobrinos, ni sus otros nietos? ¿Para qué esta mesa singularmente vacía? —y señaló con la mano armada con el cuchillo de pescado la larga mesa cubierta con mantel blanco que evidenciaba las ausencias.

—Soy muy mayor para discutir contigo, hijo. Pelea con tu esposa, si quieres.

Aunque me parece que le tienes pánico.

Melissa cogió la mano de su marido, en un intento de aliviar la tensión y hacer volver la cordura a aquella mesa, pero Johan se deshizo de ella, bruscamente.

—¿Y no se pregunta, padre, por qué no le felicitan efusivamente los consejeros, por qué no viene su hermano y su familia, por qué el ascensorista hace días que evita mirarle y le saluda como un autómatas, con esa falta de afecto de antes? ¿No se lo pregunta, verdad, usted que todo lo analiza, que es tan minucioso con cualquier detalle?

La señora Meissner indicó a su nuera que se llevara de allí a los niños. Vilhelm y Adler protestaron porque sabían que se perdían el postre de chocolate con que terminaban los cumpleaños del abuelo y la vieja canción bávara que todos entonaban puestos en pie, pero Melissa los tomó firmemente de las manos y los arrastró de allí.

—¿Y el postre, mamá? —gritaron a coro cuando enfilaban la puerta del salón comedor y eran entregados a la servidumbre.

—Lo tomaréis en la cocina, pero sólo si sois obedientes.

Günter Meissner miró despectivamente a su hijo.

—¿Estás contento ya? No creo que sepas educar a tus pequeños, hijo. Te falta entereza.

—La que recibí de usted.

Volvió Melissa al salón y se sentó junto a su marido. Permaneció solidaria y silenciosa a su lado del mismo modo que lo hizo Greta acompañando a su esposo.

—Como todos, lo has recibido todo, pero eres perro que muerde la mano del amo. No te puedes quejar. Vives y comes gracias a mí. Eso tienes que agradecerme, aunque te duela, resentido. Te metí en mi empresa, te hice escalar puestos rápidamente, estarás en la cúspide cuando me retire. ¿Es eso? ¿Quieres que me retire? Paciencia, hijo. Deberías estar agradecido a tu padre; no hubieras ganado ni la millonésima parte de lo que ganas en cualquier otra empresa, y lo sabes, te consideran porque eres mi hijo, te respetan por eso, y encima ocupas parte de mi casa, aunque no nos veamos porque es lo suficientemente grande como para evitarme tu presencia. ¡Eres inmensamente desagradecido!

—No intente huir, padre. Esta noche, no. No le voy a dejar.

—¿Huir? ¡Qué mamarrachada es esta!

—Aquí el único torpe es usted, padre, y lo sabe. E intuye de qué le hablo.

—Pues no lo sé. Dímelo, vamos, quiero oírlo —gritó, desafiante, dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar las copas de vino.

—¿Por qué tuvo que hacer esa maldita confesión? ¿Por qué? ¿Para avergonzarnos?

—¿Avergonzarse?—frunció el ceño el señor Meissner—. ¿Te avergüenzas de tu padre, te avergüenzas de un soldado y patriota del Tercer

Reich, de mis heridas en el frente ruso, de mi amor a Alemania? ¿Te avergüenzas de todo eso?

—Me avergüenzo de haber tenido un padre guardián en Auschwitz. [Eso es un estigma para la familia! Y usted lo pregona en televisión.

—Ah, ¿es eso? ¿Tengo que pedir perdón por actuar con rectitud? ¿He de arrepentirme de haber sido un buen alemán? Yo cumplía la ley, y aquellos que estaban bajo mis órdenes, eran presos sin derechos, apátridas, comunistas, traidores, polacos, judíos.

—Ya lo sabíamos, padre, ya conocíamos sus hazañas, pero ¿por qué pregonarlas?

¿Por qué no se ha ido con ellas a la tumba? ¿Qué necesidad tiene de que carguemos nosotros con su culpa? ¿Qué necesidad tiene de que a sus nietos, en el colegio, los señalen y les digan que son los nietos del monstruo de Auschwitz, el que devoraba judíos, el que se teñía las zarpas de rojo? No estamos en 1945 y sus acciones ahora serían asesinatos perseguibles.

—Veo que eres tremendamente impresionable. Has tenido una vida demasiado holgada, has crecido entre algodones. Yo dormía con una manta a veinte grados bajo cero, al lado de un muerto, con un orificio en la ingle. La sangre se congelaba, como el pis. El estómago estaba cerrado. A mi lado mis compañeros tenían abierto el vientre, los ojos fuera de las órbitas, las piernas amputadas por las granadas. [Qué me vas a decir a mí! [Con qué derecho! —las dos últimas frases las dijo gritando, con voz ronca, forzando las cuerdas vocales que se marcaban furiosas bajo los pliegues de su cuello. Y su mano diestra se agarrotó, como una zarpa, sobre un cuchillo de carne, como si se tratara de un arma que de un momento a otro fuera a esgrimir.

—¿De qué se vanagloria, padre? ¿De asesinar a ancianos y tullidos? ¿De machacar las cabezas de los pobres niños que llegaban en los trenes? ¿De reírse de su miedo? ¿De violar a las mujeres antes de quemarlas en los hornos? ¿Eso es un buen alemán, un patriota?

—¡Basta! —chilló la señora Meissner, levantándose, histérica, llorando, y alcanzando con paso precipitado la puerta del salón para no oír más.

—Lo has conseguido, Johan —dijo Günter Meissner con voz baja y la mirada fija en un descosido del mantel—. Quizá fuiste tú quien me envió a esa puta periodista trampa. Claro. Mi hijo. En la vida hay que tomar partido, y si te pones a un lado de la línea recta divisoria, los que hay enfrente te odian a muerte pero dejarán de hacerlo si puedes con ellos, y lo harán siempre si son ellos los que te derrotan. Lo malo de aquella guerra es que la perdimos. Ese fue el único error que no debimos cometer nunca. ¡Nunca!

—Ha manchado, padre, para siempre, el prestigio de la familia. Nos ha denigrado saliendo ufano por televisión y contando como un ridículo pavo real sus sangrientas hazañas. ¿Ha pensado cuando lo vean sus nietos? Se avergonzarán de haber tenido a un abuelo así.

—¡Que me juzguen! Serán más ecuanimes que tú.

—Podía haberse ido en silencio, discretamente, con su asqueroso secreto dentro del corazón, pero ha elegido esparcir su detritus entre su familia, humillarnos.

—A esta familia la humillaste tú, Johan, casándote con una judía —le espetó furioso, fulminándole con la mirada.

—¿Está loco?—chilló, poniéndose en pie—. Melissa no es judía. ¿Qué demonios se inventa, viejo chiflado?

Al señor Meissner le satisfizo haber sacado de sus casillas a Johan. No le veía como hijo. En aquellos momentos renegaba de él, dudaba de haberle concebido, imaginaba que un amante había yacido con su esposa y era el semen de un extraño, quizá de un judío, el que lo había engendrado en el vientre de la señora Meissner.

Siguió con su estrategia, bajando la voz, pero hablando con infinita claridad, mientras sostenía una mirada fría y penetrante con la temblorosa Melissa que se mordía los puños al lado de su marido colérico.

—No te engañen sus cabellos rubios. ¿No estudiaste las leyes de Mendel?

Pregunta por su apellido materno y saldrás de dudas. Nos trajiste a esta judía a casa y tuvimos que consentir que fuera la madre de nuestros nietos. Tú trajiste la vergüenza a casa, Johan, tú y no yo.

—¡Pobre y despreciable loco! —gimió Johan Meissner, en un intento tan vano como desesperado de reprimir las lágrimas.

—¿No te has preguntado por qué tu hijo Vilhelm salió deforme y moreno?

Pregúntale a Melissa por el color de pelo de su madre, por el apellido de soltera.

Mientras tú coqueteabas con esta pánfila, tu padre investigó su árbol genealógico y ahora me arrepiento de no haberte advertido, pero me habrías dicho, como ahora, que estaba loco.

En el silencio que dejan las palabras en el aire, sin respuesta, la lluvia arreciaba su sinfonía de agua, se estrellaba contra los cristales y su murmullo desaparecía cuando explotaba el trueno. Se escuchaba todo, resaltado, subrayado, hasta el crujido de los muebles, el chisporroteo de

los maderos en la chimenea del fondo, el tictac preciso del reloj de pared, el silbido constante de una cañería que perdía agua metódicamente.

Johan Meissner se levanta de la mesa, coge de la mano a Melissa, tira suavemente de ella y ambos se dirigen hacia el fondo del salón, en donde se vislumbra el arco de la puerta con una luz diferente, más apagada que la del resto de la estancia.

—Yo no le cerraré los ojos, padre —le dijo, por última vez, cuando se volvió—.

La gente como usted muere sola y sin cariño, pero el peso de la conciencia, que no tiene, nos aplasta a todos nosotros.

—No tengo miedo. ¡Ja! Toda mi vida he sido un lobo. ¡Qué voy a temer yo!

Desaparecen en silencio y Günter Meissner queda en aquel desolado comedor, solo, con los platos vacíos que la servidumbre no se atreve a retirar. Se levanta y bordea la mesa con un movimiento mecánico, toma uno tras otro los platos y vacía su contenido en otro mayor que deja cerca de su silla. Vuelve a ocupar su lugar primitivo en la mesa. Y clava sus ojos en esa montaña de espinas mientras el fuego chisporrotea en un segundo plano, en la chimenea.

Capítulo 14

Karim Tarkím no durmió aquella noche. Los cigarrillos le quemaban las yemas de los dedos, sus brasas llegaban casi a sus labios. Apuraba el tabaco. De la misma forma que antes había apurado el alcohol de aquella botella vacía que descansaba entre sus pies descalzos. [Si su padre le viera!

—¿Qué tienes? ¿Por qué no vienes conmigo a la cama?

Hacía dos años que salía con Fariza. Hacía un año que se acostaba con ella regularmente. Una turca de mirada lánguida y vientre anhelante que hubiera sido despreciada en su país por malbaratar su virginidad, pero pasaba desapercibida en esa Alemania adonde los turcos iban a desempeñar los peores oficios y se olvidaban de las tradiciones. Le esperaba en la cama, sin nada encima, y él estaba sentado, con el sexto cigarrillo de la noche, la vista fija en la ventana y un torbellino de pensamientos en el interior de esa cabeza tallada en su carne de forma brusca por un escultor de violencia rodiniana, bajo ese pelo indómito y negro que envidiaban los alopécicos alemanes, una raza decadente que sucumbía ante el empuje otomano.

—¿Qué piensas, Karim? ¿Que ya no me quieres? Di. ¿Es eso?

—Si ha de servir para que te calles, será eso.

Se alzó Fariza de la cama y Karim hizo un gesto de desagrado señalando su desnudez.

—Tápate.

—Si no me ve nadie.

—Pero te veo yo.

Llegó hasta donde estaba su amante y le echó los brazos al cuello mientras le besaba en la nuca.

—Ven a la cama. Cogerás frío.

—Tú vas a coger frío. ¿No te avergüenzas?

—¿No es bonito mi cuerpo? Bien lo acaricias.

—¿Sabes tus padres lo mala musulmana que eres?

—Tú bebes alcohol y vas con mujeres.

—Contigo.

—Yo no soy mujeres. Yo soy la mujer. ¿Por qué no me haces el amor?

El pelo de Fariza era largo, muy negro, suelto. Le caía por la espalda, parte, y la otra por el pecho. Sus labios eran finos, sus ojos grises, la barbilla prominente, la nariz afilada y un cuello fuerte sostenía una cabeza pequeña; pero era hermosa, hermosa en sus movimientos y en esa seguridad que demostraba al andar sin ropa.

—Me vuelvo a la cama. Mañana he de madrugar. ¡Puto hospital!

—Te lavaré la lengua con lejía.

Fariza volvió a refugiarse entre las sábanas y Karim a deshojar su margarita en esa noche eterna que le robaba el sueño. El viejo loco y

moribundo había dicho la verdad, y la acción era fácil. Poco más de una semana le había bastado para localizar a Günter Meissner entrando en la oficina de su empresa. Se fijó en el modelo de su coche, un Mercedes, y memorizó la placa de su matrícula. Luego, le siguió. Vivía en las afueras de la ciudad, en un barrio exclusivo, en una casa rodeada por jardín y por una doble verja que se abría automáticamente cuando el señor Meissner y el personal autorizado introducían la tarjeta identificadora en la ranura. Se apostó en su coche, sin salir de él, en un largo paseo arbolado que moría precisamente en la mansión, sin levantar sospechas de nadie en ese barrio residencial y solitario, y al día siguiente de vigilancia y seguimiento asistió a la llegada de los niños. Casi nunca coincidían. El rubio, el más corpulento y bien formado, llegaba antes, bajaba de un autocar en la entrada de aquel paseo arbolado y corría calle abajo hasta la verja; luego permanecía con el dedo pulsando el timbre hasta que le abrían desde el exterior. El pequeño, el moreno, el deforme, algo retrasado mentalmente, llegaba en otro autobús un cuarto de hora después —vendría de otro colegio, de un centro pedagógico de educación especial— y, al contrario que su hermano, no corría, tampoco se lo permitía la longitud más corta de una de sus piernas, por aquella alameda que moría en la verja de la mansión Meissner. Era fácil. Había un momento en que el niño bajaba por el paseo, despreocupado, y el autocar, a su espalda, se alejaba dejándole solo. No tenía más que acercarse silencioso con el coche, abrir la puerta de golpe, echarle mano y meterle dentro. Le golpearía si gritaba. Confiaba más en la contundencia de su mano que en el formol que pudiera robar Fariza en el hospital. Además, a ella quería mantenerla al margen, utilizarla de coartada solo en caso de necesidad.

Aplastó el cigarro en el suelo y regresó a la cama. Vestía un pantalón ancho de pijama anudado a la cintura por un elástico bastante dado de sí que podía traicionarle en cualquier momento y dejarle desnudo. Colocó

la mano sobre el hombro de Fariza que sobresalía de la sábana y presionó hasta hacerle daño y conseguir que abriera los ojos.

—¿Qué quieres? Estaba durmiendo. Y soñando.

—¿Qué soñabas?

—Que estaba limpiando los culos de esos asquerosos viejos gruñones del hospital. [Qué asco!

—Mañana comerás conmigo.

—[Qué bien! ¿Adónde me va a invitar mi amor?

—A ningún sitio. Dirás que has comido conmigo, que has estado aquí toda la tarde en mi compañía, que cogimos una buena borrachera y nos la pasamos follando. Pon la música alta cuando llegues del hospital, y golpea con el culo los muelles de la cama, que te oigan los viejos de al lado.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas, Fariza. Limitate a obedecer.

—Me das miedo, Karim. ¿Qué tramas? ¿De qué vives? A mí me gusta obtener placer con mi cuerpo, de acuerdo, no soy casta, pero tú trapicheas con drogas, pegas palizas...

—Eres fantasiosa, Fariza. Cuando me case contigo nos iremos a Estambul.

—¿Me llevarás a Estambul? ¿De veras? ¿No me engañas? Quiero ver el Bósforo, el Cuerno de Oro, Topkapi, a mi familia que vive en Galatasaray.

—A lo mejor nos vamos pasado mañana. A lo mejor este fin de semana cogemos el avión y nos vamos.

—¿En serio? —se sentó en la cama, desvelada, con los ojos relucientes de ilusión mientras la sábana discurría hasta su cintura.

—¡Tápate!

—¡Tápate, tápate, tápate! ¿No le gustan mis senos al duro Karim? —Fariza obedeció y miró la cara de su amante—. Explícame el origen de la cicatriz de la frente-exigió.

—Una pelea. Se gana buen dinero con ellas. Una pelea sin reglas, sin guantes, en donde vale todo.

—¿Te peleas de esa forma?

—Sí, para ganar dinero. Se gana mucho dinero en esos combates, más que en el boxeo. Los alemanes se vuelven locos viendo cómo dos tipos se despedazan ante ellos y lanzan sus fajos de marcos.

—Ya no hay marcos, Karim. Llegó el euro.

—Me gustaban más los marcos.

—¿Y cómo acaba la pelea?

—Con el rival muy tocado, a veces muerto.

—¿Matas por dinero? —la pregunta la acompañó Fariza con una expresión de horror seguida de una secreta admiración.

Mataba por dinero. Sí. Delicados encargos, discretos, y pagados en billetes libres de impuestos que él escondía en agujeros secretos de esa casa que ni Fariza, con su olfato para detectarlo, lograba encontrar. Pero este era un encargo muy distinto, aunque también su precio lo era. Esta vez sí, cuando el viejo loco le pagara, se iría de Alemania con Fariza, a ese Estambul del que partió con tres años y lágrimas en los ojos con unos padres que ya no vivían, él arrastrado por el alcohol y ella por la locura que la llevó al fondo de un turbio río. Fariza era lo más luminoso y

limpio que le había sucedido, aunque al principio, por su facilidad en darse, la tomara por puta.

Esa mañana, precisamente, robó el móvil. Dos alemanes tomaban café y discutían de política, de esa guerra que hay en Irak y que suma los muertos por miles. Vio el móvil asomar ligeramente por el bolsillo de la cazadora de cuello peludo de uno y lo agarró hábilmente cuando se levantó y fue hacia el mostrador a pagar su café; luego salió a la calle, aceleró el paso, dobló una esquina y suspiró. No contestó las veces que llamaron. Sería la amiguita, o el tipo al que había robado que le pedía a su amigo que hiciera una prueba para encontrar su celular. Y ahora estaba en el cajón de la mesilla de noche, silencioso, esperando que lo activara él en el bosque que ya tenía localizado a siete kilómetros del lugar del secuestro. Le mataría como si fuera un pajarillo, con una mano, y con la otra pondría el auricular del móvil ante su boca, para que Günter Meissner oyera la agonía de su nieto en directo.

Se estremeció, pero no de frío, y se acurrucó en la cama, abrazando el cuerpo dormido de su chica.

—Fóllame, sí, fóllame —suplicó, dormida, arqueando su cuerpo.

No lo hizo.

Capítulo 15

El codazo de Eva, entre las costillas, despertó a Pete de golpe y le hizo aflojar el abrazo con el que ceñía la suave cintura de la chica.

—No puedo dormir.

—¿Y? —murmuró somnoliento, sin poder abrir los ojos.

—Vamos a tomar algo —dijo, sentándose en la cama y encendiendo la luz de la mesilla de noche.

Pete se restregó los ojos, antes de abrirlos, y miró a su chica que ya saltaba de la cama y se vestía cambiando el pijama por unos téjanos, una camiseta oscura, un jersey y buscaba sus botas debajo de la cama.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué hora es?

—Las doce.

—¿Y a esta hora hay algo abierto?

—Conozco un sitio.

Tomaron un taxi e hicieron el viaje en silencio. Pete aún no se había despertado y tiritaba de frío dentro de su abrigo. Eva mantenía la cara pegada al cristal de la ventanilla, mirando a los escasos viandantes que deambulaban por las vacías aceras, a los borrachos de cerveza que

meaban en los huecos de los árboles y las prostitutas de piel oscura que tiritaban envueltas en sus abrigo en las esquinas y saltaban sobre sus pies para entrar en calor.

La taberna Sant Pauli cerraba a las dos de la madrugada y dentro de ella reinaba el calor y el humo. No había mucha luz, las luces brotaban del suelo, discretas, y buena parte de los divanes en donde jóvenes de extracción social baja, estudiantes, bohemios y turcos consumían bebidas alcohólicas y escuchaban melodías de Miles Davis, estaban ocupados.

Interrogaron a un par de chicas con el cabello muy corto y aspecto hombruno.

—¿Os importa que nos sentemos?

—No, claro que no —dijo una de ellas.

Pidieron un vodka con hielo y una margarita. Pete apuró su vaso de un solo trago y pidió a gritos el segundo en cuanto pasó por su lado la camarera.

—¿Para qué me has sacado de la cama? —le preguntó Pete a Eva mientras le acariciaba los hombros y las dos chicas de aspecto hombruno se fundían en un abrazo y se besaban en los labios ajenas a su proximidad.

—No podía dormir. Hay dos cosas que me mantienen sobre ascuas, porque no las entiendo.

La cara de Pete se iba distorsionando a medida que el segundo vodka con hielo entraba en su cuerpo, sin dar tiempo a asimilar el primero.

—¿No estás bebiendo muy rápido?

—Estoy acostumbrado. ¿Qué te preocupa? ¿Algo del maldito programa? ¿Cuánto va a durar eso? Creía que ya te habías curado después de su emisión, pero veo que sigues en tus trece, por los siglos de los siglos, amén.

—No acabo de entender el grado de crueldad a que llegaron los nazis. No es que asesinaran, es que se deleitaban haciéndolo. Cuesta asimilar su grado de perversión.

—Eran lobos.

—¿Lobos? ¿Por qué eran lobos?

—Necesito un tercer vodka con hielo para explicártelo —y cogió, a ciegas, la mano de la camarera que pasaba por el diván, la detuvo en seco, consiguió que le mirara con auténtica furia—. Otro vodka con hielo, por favor, que me muero de sed.

—No bebas tanto —le rogó Eva.

—Tú me has llevado a este antro a escuchar a Miles Davis y a ver cómo dos tías se lo montan —dijo, amparado por la música—. Lo menos que puedo hacer es beber.

—¿Qué quieres decir con que eran lobos?

El vaso de vodka brilla en su mano. Eva le observó mientras bebía, contemplando cómo el cubito de hielo era troceado entre sus mandíbulas y cómo escupía luego cada una de las fracciones de hielo resultante de nuevo en el vaso.

—Los nazis eran lobos, se comportaban como ellos. Es muy fácil de entender, aunque no lo compartas. El lobo, ante el rebaño de ovejas, ante su mansedumbre y su negativa a defenderse, no las mata para comer, como sería lo natural e instintivo, sino que se ceba con ellas, las degüella una a una por el simple placer de matarlas. Se han dado casos,

querida, en los que un solo lobo ha matado a todo un rebaño de doscientas ovejas excitado por su incapacidad de defenderse. Los nazis son los lobos; los judíos eran las ovejas. Se excitaban matándolos porque no obtenían respuesta de ellos. ¿Me entiendes?

—Lo intento.

—¿Y cuál es la segunda cosa que te quita el sueño?

—¿Por qué Yehuda Weis sobrevivió pese a haberse rebelado con los *sonderkommandos* de Auschwitz? ¿Cuál fue el motivo por el que *Cara de Ángel* no le asesinara en todas las ocasiones que tuvo de hacerlo?

Dio el trago definitivo a su vaso antes de dejarlo vacío en la mesa.

—Yo también me lo he estado preguntando. Deberías habérselo son-sacado a él.

—Se irritó cuando le insinué la pregunta en una ocasión.

—Un misterio. Un misterio, querida Eva, que no me dejará conciliar el sueño.

Entró en la cava de jazz un grupo de turcos. Eran tres y había uno, con el pelo negro y ensortijado y una cicatriz en la frente, que parecía llevar la voz cantante e iba bastante colocado con anfetaminas a juzgar por lo brusco de sus movimientos. Le dijo algo a la camarera del pelo corto y *piercing* en el ombligo mientras la sujetaba por el brazo y ella le contestó alguna grosería soltándose con brusquedad. Se adentraron en el local. Fue entonces cuando los ojos azules de Eva se encontraron bruscamente con la mirada felina del joven turco y, lejos de apartarla, la mantuvo desafiante. No vio el recién llegado, o no le importó, la presencia de Pete ni de las lesbianas que se-guían abrazándose y besándose ajenas a todos, y tomó asiento en un extremo del sofá, al lado de Eva mientras sus dos compañeros, en pie, bromeaban acerca de su osadía.

Fue entonces cuando Pete reaccionó y se encaró con él a gritos.

—Oye, amigo. Nadie te ha dado permiso para sentarte junto a mi novia y mirarla de ese modo.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?—contestó el turco del cabello negro y rizado manteniendo una sonrisa burlona en su rostro—. Tu amiga me ha invitado —le dijo, mirándole muy fijamente a los ojos.

—No es cierto —terció Eva, molesta y en guardia.

—Oye —siguió gritando Pete, acercando su cuerpo al de su rival—. Lárgate de aquí, turco de mierda. ¿Me has oído? Sobras, joder, en Alemania. Deja a las alemanas en paz. Dedícate a las turcas.

Había un vaso vacío y el joven turco lo cogió para estrellarlo sin más en la cabeza de Pete. El compañero de Eva lanzó un aullido mientras se llevaba la mano a la frente ensangrentada y se desplomaba sobre el respaldo del diván. El turco saltó entonces sobre él y le golpeó repetidamente en la cara con todas sus fuerzas. Las dos mujeres del fondo dejaron de besarse y miraron la escena alarmadas pero sin posibilidad de escapar porque estaban en una esquina y debían pasar por delante del grupo. Uno de los golpes del agresor produjo un chasquido en la nariz del agredido. Eva chilló histérica que le dejara mientras se abalanzaba sobre el agresor y los dos amigos del turco se echaron encima de su colega para separarlos y detener la pelea.

—Venga, Karim, déjale, que el *boche* está borracho.

El pendenciero turco se debatía entre los brazos de sus amigos mientras soltaba toda clase de insultos y amenazas sobre Pete, que permanecía sentado y con la mirada en blanco, y de Eva que trataba de restañarle la sangre que le manaba de la frente.

—¡Eres un cabrón!—le dijo la joven periodista de la ZDF, volviéndose al agresor—. ¡Un hijo de puta!

El turco rió mientras se tocaba los genitales con ostentación.

—Tu novio no tiene lo que hay que tener aquí, entre las piernas. No creo que tú quedes contenta con él. Conmigo quedarías muy contenta. Dile a ese cobarde que le espero fuera, que salga a la calle si es hombre y le voy a rajar de arriba abajo.

Pete hizo el gesto de levantarse pero Eva le retuvo con determinación mientras le susurraba al oído.

—¿No tienes bastante? Este salvaje te matará. Es mucho más fuerte que tú. Deja de hacerte el macho. Te quiero entero, no a trocitos.

Ahora eran los tres turcos los que provocaban y se reían.

—Vamos, tío, sal a la calle que vamos a seguir, y en la calle nos llamas *turcos de mierda* si tienes cojones.

La camarera del pelo corto y el *piercing* en el ombligo les conminó a abandonar el local.

—Idos de aquí o llamamos a la policía. ¡Largo!

—Putas. Todas las alemanas sois putas. ¡Que os jodan!

Salieron y Pete y Eva no lo hicieron hasta mucho más tarde, tras cerciorarse de que los tres turcos pendencieros se habían ido.

En el taxi que los devolvió a casa Eva no dejó de solicitar a Pete que le perdonara por haberle sacado de la cama, mientras le restañaba la sangre con una servilleta y le preguntaba si no sería mejor ir al médico a que le cosiera la brecha de la frente.

—Déjalo —contestó malhumorado—. Ya no sangra. Lo que me jode es que ese hijo de puta se haya ido sin que le tocara la cara.

—No te hubiera dejado, Pete. Aquel tipo te hubiera matado si sales a la calle.

Seguro que llevaba un cuchillo.

—¡Turcos de mierda! —dijo entre dientes Pete mientras el taxi los dejaba delante del apartamento de Eva.

Pete se dejó caer en la cama mientras Eva examinaba sus heridas.

—Me dejarán cicatriz —se lamentó él.

—No me importa: me gustan los hombres con cicatrices.

—¡Putos turcos!

—No somos políticamente correctos.

—¡Y qué! —exclamó Pete, furioso, mientras se tocaba la gasa empapada de sangre que reposaba sobre su nariz—. Se comportan como salvajes en nuestro país. No se adaptan a nuestras costumbres. ¡Que se larguen, mierda, o tendremos un problema!

—Ya lo tenemos —afirmó Eva—. Si un padre es capaz de ordenar a sus hijos pequeños que asesinen a la hija que les ha ultrajado su *honor*, qué no serán capaces de hacer con los extraños.

—¡Raza de putas bestias!

Capítulo 16

Yehuda Weis permaneció toda la tarde en tensión, esperando esa llamada, mirando el vetusto teléfono negro colgado de la pared. No comió. Sencillamente se olvidó de hacerlo. El timbre, cuando sonó, le hizo feliz, dibujó una sonrisa en su boca amarga. Tomó los bastones, se apoyó en ellos, hizo levitar su cuerpo y se acercó, con ruido, a la pared. Entonces, abandonando uno de los apoyos y dejándose caer en una silla, tomó el auricular y lo colocó sobre su oreja.

—Yehuda Weis. ¿Quién es?

No se oía bien. Los móviles tienen esos inconvenientes, que se escucha mal la voz, que esta distorsiona, suena metálica o se pierde ante la falta de cobertura. Pero pudo reconstruir lo que oyó, tras hacer que lo repitiera el interlocutor.

—Lo tengo. Voy camino del bosque —dijo Karim.

Tardó en responder. Temblaban las manos que sostenían el auricular y sus ojos, tras las gruesas gafas de miope, se volvieron acuosos. Un placer malsano, del que hasta aquel momento no tenía ni idea, le embargaba.

—Perfecto. Yo le llamaré primero, usted hágalo exactamente dentro de quince minutos. Sobre todo, haga que el niño hable.

—De acuerdo.

Colgó y volvió renqueando a la sala de estar. Abrió un viejo tocadiscos y buscó ansioso un disco entre el desorden de sus anaqueles cargados de polvo. *Saratoga swing* de Glenn Miller en una vieja grabación de Deutsche Grammophon. Dejó caer la aguja sobre el microsurco negro de vinilo y volvió al teléfono. Marcó un número y esperó impaciente. La melodía se oía perfectamente, de fondo. Le costaba estar de pie, en el pasillo de su casa, y mantener el equilibrio con una sola muleta, pero creyó que la ocasión merecía ese sacrificio.

—Residencia de los señores Meissner.

—Quisiera hablar con Herr Günter Meissner, por favor —dijo con la voz más clara que pudo a la mujer, seguramente una sirvienta, que cogió el teléfono.

—Veré si está. ¿Quién le llama, señor?

—Yehuda Weis, un viejo conocido —no mintió.

Se demoró el magnate en ponerse al teléfono. Lo debió de coger en su despacho.

Estaría solo, detrás de su mesa, mirando, quizá, la foto de su esposa, de sus hijos, de los dos nietos.

—¿Quién es usted? —fue la seca y desagradable salutación. Si la empleada doméstica le había dicho correctamente su nombre, este le indicaba su procedencia judía y eso le revolvió las tripas sesenta años después.

—Me llamo Yehuda Weis.

—No le conozco.

—Vamos. Claro que me conoce. Haga memoria, señor Meissner.

—Oiga, estoy muy ocupado para perder el tiempo con extraños. Lo siento.

Congeló el ademán que hacía de colgar el teléfono con una sola palabra mágica.

—Auschwitz.

Y silencio largo y profundo después de oírla.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Nos vimos por primera vez, señor Meissner, hace más de sesenta años, el 1 de noviembre, una fecha que no se me olvidará.

—Lo lamento. Yo no sé quién es usted.

—Esa fecha, para usted, es una fecha cualquiera, pura rutina. Para mi madre y mi hermano, no. Llegamos en un tren, después de cuatro días de viaje, como bestias de carga, señor Meissner, y el tren ya olía a muerte, a miedo, que era el olor con el que me iba a familiarizar durante los cuatro años que compartí Auschwitz con usted.

—Entiendo. Eso es el pasado, señor Weis. Entiérrelo. Yo lo he hecho —contestó, gravemente.

—No es tan fácil, sabe. Usted era el verdugo, y nosotros, las víctimas.

—Ya me juzgaron.

—No, no le juzgaron. Todavía no.

Notó el estremecimiento de la mano de su interlocutor en el teléfono, un ligero temblor en la voz ante esa última frase suya, amenazadora.

—Bajamos de ese tren, aterrorizados, hambrientos, congelados, sucios y allí estaba usted, en el andén, con una vara en la mano, su gorra

de plato y sus botas relucientes, seleccionando el ganado. Se debía de sentir Dios, con ese inmenso poder sobre la vida y la muerte de las criaturas.

—No se puede cambiar el pasado, señor Weis.

—Ahora soy señor, entonces era un número en el antebrazo, marcado con hierro candente, como una simple res. Porque nos veían como ganado que iba al matadero.

No, miento, a los animales se les tenía mucha más consideración que a nosotros.

—Esta conversación es del todo inútil. Voy a colgar.

—No lo va a hacer porque va a escuchar todo lo que le tengo que decir. Usted, señor Meissner, mató ese día a mi madre y a mi hermano. Bajamos juntos del tren y aquel joven oficial alemán de ojos azules y sonrisa agradable cogió a mi madre por el hombro y le preguntó que escogiese a quién se llevaba de sus dos hijos. Ella entendió que al que eligiera le salvaba. Espantoso dilema, retorcido, el que ideaban sus enfermizas mentes para convertir a las víctimas en sus propios verdugos y hacerlos culpables de lo inevitable. Ella eligió a mi hermano y yo, durante todos estos años, no hay día que no me pregunte con dolor espantoso, por qué mi madre no quiso salvarme, aunque su decisión, involuntariamente, sí lo hizo. Y allí estaba usted, dueño y señor de las vidas, mandando a mi familia al horno crematorio mientras, caprichosamente, me salvaba la vida. Verdugo y salvador. ¿Tendría que estar agradecido de haberme salvado? No, señor Meissner, no, y usted esta noche va a lamentar mucho no haberme enviado también ese 1 de noviembre a la cámara de gas y al horno crematorio.

—Comprendo su resentimiento, pero no puedo hacer nada salvo decirle que lo siento.

—Usted no, pero yo sí.

—No le entiendo —la voz' de Herr Meissner estaba cada vez más alterada—.

¿Qué está insinuando?

—Durante esos cuatro años yo fui su ayudante, el carnicero de Auschwitz, quien llevaba a sus inocentes congéneres a ese espantoso matadero. Me acostumbré a los gritos, al insoportable rumor de los arañazos en las puertas de madera, al olor de la muerte cuando entraba para apilar los muertos desnudos en las vagonetas y llevarlos hasta el crematorio, al hedor de la carne quemada, a ese ensordecedor ruido del fuego triturando huesos, piel, a la columna de humo que salía las veinticuatro horas del campo de exterminio y se quedaba prendida en la garganta. Esa era la única forma, decían, de salir de allí: convertido en humo.

—Le diré una cosa. No estoy orgulloso de todo aquello. Es un episodio sombrío.

—Episodio sombrío, episodio sombrío. . Era aburrida su estancia en Auschwitz, Herr Günter Meissner. Se hartaba de quedarse con el botín de toda esa gente, con las ropas que clasificábamos, con el dinero confiscado, con los dientes de oro, porque además se enriquecían con la muerte. Por eso, de cuando en cuando, usted se perdía por Kanada, esa zona edénica del campo adonde iban las judías seleccionadas porque eran agraciadas y no realizaban trabajos más duros que clasificar las maletas de los que llegaban al campo y morían el primer día. Había que abrir esos equipajes y clasificar el contenido. Y usted iba a Kanada, como un ave de presa, cogía a la judía que más le gustaba, la violaba como si fuera una bestia, allí, delante de todos, sin que necesitara bajarse los pantalones. Simple carne de desahogo. Y violó, delante de mis

ojos, a una joven polaca porque se dio cuenta de que me gustaba, y luego, por esa misma razón, la seleccionó para la cámara de gas. Yo llevé a esa muchacha en la vagoneta hasta el horno crematorio, yo cerré la puerta metálica y hube de reprimir las lágrimas, la rabia. ¿Revive su memoria?

—Yo no violé a ninguna mujer.

—No, claro, porque no eran mujeres para usted sino bestias, y con las bestias todo era lícito. Una se mató, no pudo resistir el asco que sintió cuando la dejó tirada en el suelo y se arrastró hasta las alambradas, se cogió a ellas con su mano crispada hasta que la descarga de los diez mil voltios la mató.

—No me explique más. Lo sé. Pero por más que me hable, no sé quién es usted, no consigo identificarle. Quizá si le viera.

—Tampoco. El insomnio de todos estos años me ha lastrado, soy una piltrafa, sin energía. Pero sigamos. El tren de los niños. De eso sí se acuerda. Yo tuve que abrir los vagones y los niños y sus madres bajaron despavoridos. Muchos murieron pisoteados en las vías, pero a los que caían, usted, yo lo vi, los tomaba por los pies, como conejos, y los lanzaba con fuerza al interior del camión, por el aire. ¿Se acuerda? ¿No oye el chasquido de sus cráneos ni su llanto insoportable? La nieve quedó teñida de sangre.

—No lo recuerdo.

—Para mi desgracia, y la suya, me salvó la vida una segunda vez. Los *sonderkommandos*, los ayudantes de verdugo, con la doble condena de seguir vivos y ayudar a que los otros murieran, una existencia que era mucho peor que la muerte, mucho peor, repito, nos sublevamos hacia el final de la guerra. Sorprendimos a unos cuantos SS, ¿se acuerda?, que acabaron probando sus propios métodos, saliendo de Auschwitz por la

chimenea, pero nos aplastaron luego, claro. Nos aplastaron a sangre y fuego, nos capturaron, y mataron a dos de cada tres. Era difícil librarse de ese castigo, tenía yo muy pocas posibilidades de vivir. Usted era uno de los oficiales que se encargó de administrar la pena con gran deleite por su parte. Otra vez en sus manos la decisión de matar o dejar vivir, de ser Dios de vidas ajenas. Oí el ruido de sus botas junto a mi cabeza echada sobre el suelo helado del campo, el estampido de su Luger a pocos centímetros de mi cabeza, sentí la sangre y los sesos de mi vecino salpicándome en la frente, pero me libré, otra vez. ¿Por qué no me mató, Herr Meissner?

—No lo sé. Suerte, fruto de casualidades. Dese por afortunado.

—¿Afortunado? ¿Y mi vida? ¿Quién regenera mi infernal vida? ¿Quién borra mis enfermedades? ¿Quién anula los recuerdos espantosos?

—Yo los he borrado.

—Porque para usted no eran espantosos. Mataba bestias. Los judíos, los gitanos, los comunistas, los homosexuales, éramos bestias que no podían vivir.

—Bien, se ha desahogado. Espero que le haya servido para algo. ¿Es esta una sesión de terapia ordenada por su psiquiatra?

—No hemos acabado, señor Meissner. Esta conversación no habría tenido lugar si usted no hubiera cometido un terrible error. Salió en televisión vanagloriándose de su infame pasado de asesino y puso nombre y apellidos a aquel carnicero del campo de exterminio de Auschwitz al que conocíamos por *Cara de Ángel*. ¿Sabe lo que es para los que sobrevivieron a esa espantosa matanza verle a usted bronceado, en su mansión, desafiante, justificando aún ahora aquella carnicería?

—Fue una decisión política.

—¿Asesinar a los niños era una decisión política?

—No podíamos flaquear ante los niños que serían adultos en cinco o seis años y se convertirían en un peligro para Alemania. No había lugar para sentimentalismos.

—Mataba niños, Herr Meissner, y más si eran deformes, esos eran los primeros que ardían en las llamas, porque el Tercer Reich buscaba la perfección en todo, en la raza, pero también en la masacre, que era industrial. Y aquel campo era el ejemplo de la eficacia alemana. ¿No es cierto?

—Me ha robado buena parte de mi tiempo, señor Weis.

—No me llame señor. No sea hipócrita. Cíteme por el número que todavía llevo marcado en la muñeca: 33.435.

—¿Sabe una cosa? Lamento no haberle matado también. Sí, se lo digo en serio.

No debimos dejar a nadie vivo en Auschwitz. Fue una equivocación.

—Se olvidaron de nosotros en su precipitada huida ante la llegada de los rusos.

Eso fue lo que pasó con los valientes SS del campo de Auschwitz.

—Recibimos órdenes de evacuación.

—Quería preguntarle una cosa, Herr Meissner. ¿Qué piensa de las taras físicas y mentales?

—En aquella época ya sabe lo que pensaba. □Vaya pregunta!

—¿Y ahora?

—No soy tan joven para mantener mis ideas tan claras. Se cometieron excesos, seguro, pero eso es ineludible en cualquier guerra.

—Uno de sus nietos, Vilhelm creo que se llama, es moreno, ¿no es así?

—¿Qué quiere decir?

—A lo mejor es judío, ¿verdad?

—¿Está loco? ¿Qué diantre insinúa?

—Y cojea el muchacho, y es un poco retrasado mentalmente, tanto, que va a una escuela especial. Una paradoja para un nazi tener un nieto así. ¿Le quiere? ¿Le hubiera gaseado de encontrarnos en 1940?

—Voy a llamar a la policía, viejo demente. Hasta dudo de que realmente estuviera en Auschwitz —gritó cogiendo con fuerza el teléfono—. Usted es un puto paranoico.

—No le va a servir de nada llamar a la policía. Le he dicho mi nombre y además es auténtico. No me oculto. ¿Qué me puede pasar? Nada, al lado de lo que ya he pasado. Yo morí ese 1 de noviembre, cuando entré en su campo.

—Debió morir entonces —sentenció fríamente Günter Meissner.

—Durante años me he hecho la pregunta de por qué estaba vivo. Ahora, hoy, lo sé.

—¿Por qué está vivo? Usted es un saco de hiel. No creo ni que se soporte usted mismo. Suicídese.

—Su nieto pequeño, señor Meissner, no ha llegado.

No hubo respuesta hasta mucho más tarde.

—¿Cómo que no ha llegado? —la pregunta la hizo con voz temblorosa.

—Pregunte. Pregunte al servicio, o a su rubio hermano ario si está jugando con él en su habitación. Llame a su hijo, por si sabe algo de Vilhelm. Pero yo no lo haría, no perdería el tiempo.

—¿Qué está insinuando, viejo chiflado?

—Su nieto, señor Meissner, no volverá, porque le tengo yo, y no hay dinero en el mundo, maldito asesino, para comprar su vida. ¿Me oye, Meissner? ¿Me está oyendo? —la voz de Yehuda Weis adquirió un tono seco, abandonó definitivamente su temblor, se dotó de una energía justiciera—. Está condenado a muerte como lo estuvieron los miles de niños que pasaron por sus manos, como los miles de mujeres, ancianos, jóvenes que con un simple gesto mandaba al matadero. Ahora, maldito, es alguien de su sangre quien está en esa fila de los condenados y su muerte va a caer como si fuera ácido sobre su cabeza, le va a roer el corazón si lo tiene —aulló, gastando la voz que le quedaba.

—Llamaré a la policía, demente. ¡Eso es falso! ¡Usted no tiene a mi nieto! ¡Puto loco! ¿Qué se ha creído? No me va a molestar más porque le van a encerrar.

—No lo evitará. Nadie puede evitar su muerte. Nadie. Hasta el infierno, Günter Meissner. Hasta el infierno.

—¿Quién demonios eres? —gritó.

Yehuda Weis dejó el teléfono descolgado, oscilando, y volvió a la sala de estar.

Giró la ruedecilla del volumen del gramófono y la melodía de Glenn Miller se expandió con estruendo por toda su pequeña vivienda.

Günter Meissner escuchó claramente *Saratoga swing*. La música de Glenn Miller era degeneradamente americana, pero se escuchaba en el campo de forma clandestina entre los propios guardianes porque era agradable. Permaneció el antiguo oficial de las SS mudo, con el auricular aplastándole la oreja y la melodía empezó, como por arte de magia, a generar imágenes en su cerebro, a poner en marcha todo un mecanismo de recuerdos.

Yehuda Weis entró en su despacho y un disco de Glenn Miller giraba en el microsuro. *Saratoga swing*. El joven responsable del *sonderkommando 5* no sabía para qué lo había llamado esta vez el teniente de las SS.

—Desnúdate.

El adolescente judío giró la cabeza y permaneció quieto, como si no hubiera oído la orden. El teniente Meissner, con su inseparable fusta, permanecía sentado en una esquina, junto al disco clandestino que giraba y cuya melodía alegre sonaba lúgubre en aquel lugar.

—¿Estás mal del oído, muchacho? ¿No me has oído? Desnúdate.

Se desabrochó la camisa de rayas, se deslizó el pantalón por sus piernas delgadas, dejó la ropa bien doblada sobre el respaldo de una silla.

—Del todo, muchacho. Los calzoncillos también.

Se desnudaban por completo para cada una de las inspecciones médicas, estaban desnudos horas mientras los temibles galenos del campo con sus batas blancas y sus botas militares examinaban sus bocas, sus ojos, sus sexos y orificios anales para evaluar su futuro vital. Permaneció Yehuda Weis desnudo, en medio del despacho, mientras la orquesta de Glenn Miller continuaba interpretando *Saratoga swing*,

creando una atmósfera especial de sala de fiestas en aquel lugar tétrico y gris.

Temblaba de frío y vergüenza. La luz apagada del atardecer entraba por un ventanuco de cristal opaco y, a lo lejos, se oía el sórdido rumor de los hornos crematorios que no daban abasto en su tarea de reducir a cenizas los cadáveres.

—Me alegro de que aún conserves grasa, muchacho. Bien. Apoya ahora las manos en la mesa y abre las piernas, como para un registro, y agacha la cabeza —ordenó Günter Meissner mientras se incorporaba—. Relájate y no te dolerá, muchacho. Relájate —dijo, con la voz quebrada por la excitación.

El disco llegó a su fin y ahora solo se oía el rasgueo que hacía la aguja de diamante sobre los surcos sin música del vinilo. En los cinco minutos que había durado la pieza musical Yehuda Weis había recordado lo que sucedía siempre que sonaba la orquesta de Glenn Miller interpretando *Saratoga swing* en el despacho del teniente *Cara de Ángel* del campo de exterminio de Auschwitz. Las veces que había escuchado esa sosegada melodía que a él se le antojaba espantosa, no las recordaba, pero habían sido muchas, demasiadas. Alzó la muleta y descargó un fuerte golpe con ella sobre el disco que se partió en cuatro trozos. Luego, renqueante, fue al teléfono.

Al otro lado pudo oír el aliento de Günter Meissner, su familiar respiración entrecortada que no era de placer, entonces, sino de miedo.

—Sé quién eres —le oyó decir—. Maldito perro desagradecido.

Colgó.

Capítulo 17

El bosque de abetos era tupido y, en cuanto SE adentraron, la luz se extinguió.

Seguían el curso de un sendero que ya el día anterior había recorrido Karim en solitario. El niño marchaba delante, gimoteando, lento por culpa de su cojera, y su captor marchaba detrás, empujándole cuando se detenía agotado por la rapidez de la marcha, insensible a sus lloriqueos.

—¿Adonde me lleva, señor? ¿Qué va a hacer conmigo, señor?

—Haces demasiadas preguntas, chaval. Camina y no mires hacia atrás. [Camina!

La senda terminaba, pero Karim, entonces, le obligó a meterse entre la maleza.

Cruzaron un llano, despoblado de árboles, y alcanzaron un nuevo bosque de robustos pinos que alzaban, majestuosos, sus ramas buscando el sol.

—Alto. Hemos llegado.

Se detuvieron. Ese era el lugar. Estaban lejos de cualquier camino conocido, al final de una carretera secundaria. Reinaba el silencio solo interrumpido por el removerse de las ramas por el viento. Había bajado

la temperatura y el más joven de la dinastía Meissner tiritaba, aunque quizá no fuera por el frío.

—Y ahora te estás calladito y quieto.

—Pero ¿qué va a hacer conmigo, señor?

La cara de terror de un niño tenía algo de especial. Se vio reflejada en ella. La cara de terror cuando su padre llegaba de mal humor, hastiado del trabajo, hosco, vaciaba de un trago la botella y le zurraba una paliza porque se atrevía a respirar a su lado. El niño estaba a expensas de lo que quisiera hacer con él el adulto, en sus manos. Sacó su móvil Karim, marcó el número de los Meissner, que había memorizado en aquel teléfono robado, y esperó a que alguien descolgara un auricular quince kilómetros más al sur.

—Residencia de los Meissner, buenas noches.

—Con Günter Meissner.

—¿Quién le llama?

—Es su querido nieto, que quiere hablar con él.

Gertrud dijo «Un momento» y corrió a buscar, con el corazón palpitándole en el pecho, a Herr Meissner. Le encontró absorto en su despacho. Nunca le había visto tan enajenado. Hervía de rabia, de odio, de miedo, cuando Gertrud pasó dentro, no sin llamar antes a la puerta.

—Señor, señor, su nieto al teléfono.

Tomó el auricular y apenas le salió un *diga* de los labios, como si las palabras estuvieran pegadas a su garganta como una lapa.

—Tengo aquí a su nieto —dijo el sicario, siguiendo escrupulosamente el guión pactado con Yehuda Weis.

—No le toque un pelo, no le haga nada o se las verá conmigo, maldito cabrón!

—rugió, apretando el auricular.

—Vaya lenguaje que tiene tu abuelo!

—Pide todo lo que quieras, lo oyes, todo, pero devuélvele aquí ahora mismo sano y salvo y no se habla más del asunto.

—Lo siento. No estoy autorizado. Hay otros planes, ¿quiere hablar con el pequeño?

—Pásamelo.

Oyó la voz del sicario. No era alemán. Lo advirtió por el acento. Un maldito turco. No solo venían a robar el trabajo, sino que robaban a sus nietos. Oyó la voz del niño, inconfundible.

—Ten, mocoso. Dile algo a tu abuelo.

—Abuelo Günter! Abuelo! —lloriqueó—. Ven a buscarme, por favor, ven a buscarme. Tengo mucho miedo.

—No te preocupes y compórtate como un verdadero Meissner —por un instante le costaba mantener recia la voz, hablar con ese tono de seguridad que la grave situación requería—. Dentro de muy poco esto habrá acabado y estarás de nuevo con nosotros. No tengas miedo, pequeño. Vas a volver.

—Ven a buscarme! Ven a buscarme! —lloraba desesperado.

—Mi pequeño, claro que iré a buscarte. No te preocupes.

—Abuelo! Socorro! Aggg.

Ya no escuchó más la voz de su nieto, solo un jadeo animal, confuso, palabras que morían en los mismos labios sin que pudieran ser expulsadas y descifradas.

—¿Qué le está haciendo, maldita sea? ¡Deje que hable conmigo, maldita sea! —

auulló el anciano Herr Meissner, poniéndose en pie, mordiéndose con tal fuerza los labios que se hizo sangre.

El sicario cogió de nuevo el móvil.

—Claro que se lo voy a poner. ¿No lo oye? No habla muy claro su chico. Y se está poniendo rojo, a punto de estallar. Diría, señor Meissner, que su nieto se está ahogando.

—¡Déjele, asesino de mierda! —rugió, con los ojos fuera de las órbitas, alzándose, como si pudiera impresionar a su interlocutor al que no veía.

—Le dejaré cuando esté muerto. Le enviaré el cadáver de su nieto en una maleta, o quizá le quiere descuartizado. Adiós, Herr Meissner. Trabajo terminado. Su nieto tiene un cuello demasiado flaco.

Se quedó Günter Meissner con el teléfono en la mano y el silencio al otro lado. Se había cortado la comunicación. Colgó el auricular, llorando, gimiendo, y se derrumbó literalmente en la silla de su despacho con los hombros encogidos, la cabeza gacha y la mirada perdida. Gertrud, la criada, le encontró así, derrotado, cubierto de lágrimas, completamente roto.

—Llama su hijo por la otra línea, señor Meissner. Dice que es muy urgente.

—Dile que llame más tarde.

—Pero, señor...

—¡Más tarde! —aulló—. ¿Es usted sorda? ¡Maldita sea!

Fue al salir la asistente del despacho cuando Günter Meissner se levantó de la silla, cruzó los metros que le separaban de la puerta y la cerró por dentro dando dos vueltas a la cerradura, comprobando que quedaba atrancada y nadie iba a molestarle.

Luego extrajo una pequeña llave del bolsillo de su batín morado y abrió con ella uno de los cajones de su escritorio mientras volvía a sentarse. Tanteó con la mano abierta con la seguridad de hallarla. Debajo de los papeles, de algunos libros de contabilidad y carpetas con facturas, estaba lo que buscaba, un objeto metálico y frío que había hablado por última vez en 1945. La sopesó en su mano. Las Luger seguían siendo las pistolas más elegantes del mundo, tenían una línea sofisticada que las alejaba de las chatas españolas Star. Chupó el cañón y apretó el gatillo.

Casi a esa misma hora, cinco minutos después, para ser exactos, Yehuda Weis lo intuyó, como si las plantas de sus pies descalzos que recorrían por última vez el frío pasillo de su casa notaran la vibración de la muerte de su verdugo, su estertor cuando la bala le salió por la nuca y se estrelló contra la pared del salón dejando una pintura abstracta de sangre en el papel. Se había vestido, para la ocasión, con la ropa del campo, con la infamante camisa a rayas con el bordado amarillo de la estrella de David y los anchos pantalones que se sujetaba con una correa a su cintura porque quería que el acto tuviera la solemnidad de una ceremonia. Entró en el cuarto de baño, dejó las muletas apoyadas en el pasillo y con dificultad y, tras varios intentos fallidos, consiguió ponerse de pie sobre la tapadera del retrete y mantenerse en precario equilibrio.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta. Primero hicieron sonar el timbre, luego, al no contestar, comenzaron a aporrear la puerta con las

manos. El último ruido parecía el de un mazo de los que utilizan la policía para irrumpir en la casa de un sospechoso.

Se anudó la cadena del váter al cuello, dos veces, un doble collar metálico, se acercó con sus pies desnudos al borde de la taza y se dejó caer. Durante unos segundos su cuerpo se balanceó a un palmo del suelo, suspendido de la cisterna, y cuando esta, vencida por el peso que colgaba de ella, se separó de la pared y cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos e inundando el suelo de agua, Yehuda Weis ya no respiraba. El desplome de la cisterna coincidió con el desplome de la puerta. Los policías, cuatro, tres hombres y una mujer, entraron en tropel, se atropelaron entre ellos con las pistolas en la mano.

—¡Aquí está! ¡Rápido! Hay que reanimarle.

Pero nadie pudo reanimar a quien llevaba muerto desde hacía más de sesenta años. El cuerpo de Yehuda Weis se negó a volver a la vida de la que por fin se había liberado. Aflojaron el doble anillo de la cadena en su cuello, insuflaron aire en sus quietos pulmones, golpearon con fuerza su raquíctico pecho rompiendo una de sus costillas. Nada.

—Mejor que no lo vea —dijo la mujer policía a una chica llorosa, que se había quedado junto a la puerta destrozada, cuando quiso entrar en el interior del piso.

—Pero yo le entrevisté. Yo me siento en parte culpable de todo lo que ha pasado

—gimoteó, visiblemente afligida, la periodista de la cadena ZDF Eva Steiger.

—Llegamos tarde. Lo siento mucho.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gimió, llorando, estrellando su mano contra la pared—.

¡Qué mal me siento!

Cuando Karim fue a casa del viejo Yehuda Weis en busca del resto del dinero estipulado no le gustó lo que vio. Sobre la acera, junto a la portería de la modesta casa, había aparcado un coche celular con las luces destellantes azules funcionando.

Giró en redondo, volvió a paso apresurado a su coche, se alejó y bajó siete manzanas; junto a una cabina pública se detuvo y llamó desde ella a Fariza.

—Ah. ¿Eres tú? ¿Has visto las noticias? No hablan más que de ese pobre niño y el nazi de su abuelo.

—No veo las noticias, las protagonizo. Deja esa sucia bata blanca, deja de limpiar los culos de los alemanes y baja a la puerta del hospital en diez minutos exactos. Nos vamos a Estambul.

—¿Estás loco?

—¿No querías volver a Estambul para ver a no sé quién coño de parientes? Pues vamos a verlos.

—¿Y el equipaje?

—No hay tiempo.

—Pero. . . ¿Por qué tanta prisa? ¿De qué viviremos?

—Tengo dinero ahorrado. Te compraré ropa.

No las tenía todas consigo cuando se acercó en su coche al hospital. Redujo la velocidad y dirigió la vista hacia la escalinata. Ahora sabría si su chica le era fiel en los momentos en que más la necesitaba. Y la vio, bajar a saltos, los escalones, sin la bata blanca, los cabellos negros sueltos y una falda corta que descubría sus fuertes rodillas.

—No quiero faldas cortas cuando lleguemos a Turquía. ¿Me oyes?
—le reprochó, arrancando no bien ella se sentó a su lado, le echó los brazos al cuello y le dio un largo beso.

—¿Me pondrás un velo?

—Te pondré un velo.

Cuando llegaron al aeropuerto había anunciado en la pantalla un vuelo para Estambul que salía en media hora. Dejaron el coche en el parking y corrieron por el vestíbulo hasta el mostrador de Lufthansa.

—¿Estamos a tiempo de tomar el vuelo 454 destino a Estambul?
—preguntó un jadeante Karim.

—Lo voy a mirar —la muchacha alemana tecleó en su ordenador y cambió el aspecto de su pantalla—. Hay plazas. Pero no sé si lo van a coger si llevan equipaje.

Están embarcando ahora mismo.

—Dos sin equipaje. Rápido, señorita. No queremos perder ese vuelo. Tenemos que acudir al entierro de un familiar.

—Voy todo lo rápido que puedo, señor. El billete lo tiene que dar el ordenador.

Por la megafonía del aeropuerto llamaban a los últimos pasajeros del vuelo 454

con destino Estambul.

—Aquí lo tiene, señor. Que tengan buen viaje —le dijo, alargando los pasajes a aquel turco nervioso y brusco que casi se los arrancó de las manos.

Volaron con los billetes en la mano. Karim se impacientó con el guarda encargado de cachearle en los arcos detectores de metales.

—Se me escapa el vuelo —espetó.

—¿Por qué no vino antes? Vacíe los bolsillos.

Corrieron luego a la carrera hasta la puerta que indicaban las pantallas luminosas del aeropuerto. La 24 no parecía llegar nunca. Fariza jadeaba, sin soltar la mano de su novio.

—No puedo más. Me quedo en tierra. No puedo más.

Karim se volvió y tiró furiosamente de su brazo.

—Claro que puedes. No hemos llegado hasta aquí para perder este avión. Lucha, Fariza, lucha.

Llegaron cuando empezaban a retirar el *finger*. La empleada del aeropuerto que comprobó sus billetes llamó a la cabina para que volvieran a abrir la puerta que ya habían cerrado. Karim y Fariza irrumpieron en el avión y se dieron de bruces con las azafatas.

—Lo cogen por los pelos.

—Eso es porque somos afortunados —dijo un exultante Karim, buscando su asiento, cediendo, como un educado caballero, la ventanilla a su amada Fariza.

—Estás loco de atar. No me puedo creer lo que estamos haciendo. Pero yo también estoy loca como tú.

—Por eso me quieres. Adiós, Alemania.

—No sé por qué te sigo. Estás completamente loco.

Al mismo tiempo que se elevaba el avión sobre el cielo encapotado de Múnich y atravesaba el círculo de nubes para buscar el sol del sur, el niño Vilhelm Meissner, sucio, cansado, con las piernas arañadas,

cojeando más de la cuenta y con el cerco impreso de unas manos en su cuello, enfilaba el camino sin salida que llevaba hasta la verja de la mansión de los Meissner cinco horas después de haber sido secuestrado en ese preciso lugar. Era de noche, pero ya no tenía miedo. Nadie que volviera del otro lado del espejo podía temer ya nada.

San Cugat, invierno de 2005

Fin

